

~~807~~

56 SG

titu. 27640

2-6-56

Sig.: 56 SG

Tít.: Tierra de Segovia : dibujos y fi

Aut.: Ochoa, Silverio de

Cód.: 51035047



TIERRA DE SEGOVIA

(DIBUJOS Y FICCIONES.)



R-330

SILVERIO DE GONZA

TIERRA DE SEGOVIA

YACIMIENTOS Y FUENTES

de la provincia de Segovia



SEGOVIA

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD

de Segovia

1924

R^o 330

SILVERIO DE OCHOA.

TIERRA DE SEGOVIA

(DIBUJOS Y FICCIONES.)



SEGOVIA:

IMPRESA DE F. SANTIUSTE,
Potenda, 1 é Isabel la Católica 5.

1894.

.....
Es propiedad.
.....

*A las Excelentísimas Cor-
poraciones Municipal y Pro-
vincial de Segovia, en prenda del
mayor respeto y de la más profunda
consideración, dedica este libro*

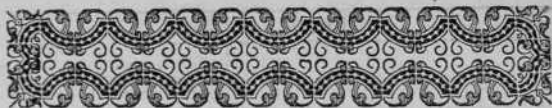
El Autor.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	
El Esquileo..	1
Pelea..	9
Egloga-Drama..	15
El mal año.	23
El tío Lobero.	31
El cuento.	37
Juan el Guarda.	43
La Virgen del Soto.	49
La nube de piedra..	55
Antonio de Pádua.	63
El tío Roque y su manía.	71
¡Presidiario!.	81
El cubierto de oro..	89
Luteria.	97
La cinta verde..	105
Escena.	111

	Páginas.
El deshielo.	117
La niebla.	123
La Catorcena.	127
La fiesta de San Roque.	135
Día de San Luís.	141
La noche de San Pedro.	147
San Frutos y los pajareros.	151
La Plaza del Alcázar.	161
En el <i>puesto</i>	167
La Procesión de Corpus.	179
Los cadetes nuevos.	183
Buñuelos y castañas.	189
Juego de luz.	193





EL ESQUILEO.

EN la falda de la montaña que en el llano nominase de *La mujer muerta*, á causa de semejar su cresta la forma de una matrona tendida en posición supina, álzase el *Rancho del Rocal*. Es un edificio muy grande y capaz para albergar en sus amplios encerraderos más de diez mil cabezas de ganado lanar. Parece por fuera una antigua y sombría casa de campo levantada allí entre peñascos, en terreno casi yermo, por singular é inexplicable antojo. Casi todo el año hállase abandonada tan vasta construcción, cerradas cuidadosamente sus puertas y ventanas, sirviendo sólo de vivienda al anciano guarda á quien está encomendada su custodia.

¡Qué diferencia ahora que en su interior vamos á penetrar; ahora que vinieron los alegres días del esquila, días en que todo el edificio retiembla con la animación, el bullicio y el incesante ir y venir de pastores, esquiladores y rebaños!

En tal época, un inmenso y estruendoso clamoreo, un aturdidor concierto de balidos, ladridos y gritos, óyese casi de continuo, turbando el silencio de aquellos campos. Llegan los rebaños sucios con el polvo del camino, rebosando lana, siguiendo al cencerro de los carneros *mansos*, y avivados por los pastores, que silban y gritan, corriendo siempre, arrojando, aquí, una piedra á un cordero que se retrasa, allí, el cayado á una oveja que se descarría. Todo aquel tropel va entrando por los corrales entre gran confusión: primero, el zagal con los mansos; después, el ganado que se oprime y estrecha al pasar por el hueco de la puerta, y luego, á lo último, los perros con sus anchos collares de largos pinchos y el rabadán con los pastores á sus órdenes.

El local del esquila ofrece un cuadro lleno de originalidad, de vida y de color. En toda su longitud véanse hasta cuatro hileras de hombres en mangas de camisa, atezados, sudorosos, pintada en sus facciones la rudeza y virilidad de los habi-

tantes de la sierra. Visten pantalón ajustado de paño pardo y polaina también de paño, de la que cuelgan, desabrochados, botoncillos metálicos; calzan abarcas y cubren sus muslos con zahones. Cada uno de aquellos hombres sujeta entre sus piernas una oveja ó un carnero, librándolos con la ancha tijera que diestramente manejan, de su sedoso y rico vellón. En los *baches*, están los *ligadores*, corriendo y atrapando á los asustados animales para tirarlos brutalmente al suelo boca arriba y atarles las patas y manos con sogas de esparto. Circulan en todas direcciones y á la voz de *¡moreno!* unos muchachuelos sucios y desarrapados, quienes acuden presurosos á donde los llaman para encubrir el tizeretazo dado á la res con el polvo de carbón que llevan entre las manos en un bote de hoja de lata. Los *apartadores* van sin cesar recogiendo y atando los vellones, que luego son transportados á la *lonja*, donde los apiladores se encargan de su colocación. Las escoberas andan de un lado para otro, barriendo la lana *caída*. Casi todas son jóvenes y fuertes, de facciones duras y tostadas por el aire purísimo de la montaña. Visten saya muy corta, tosco pañuelo anudado á la espalda y otro más fino ceñido á la cabeza. Su calzado es la abarca, que sujetan á la pierna con

estrecha cinta de piel, la cual, sube enlazándose y cruzándose hasta la rodilla.

Las reses esquiladas vándose reuniendo, movidas por su instinto, en el rincón más desierto del local; cuando su número es ya algo excesivo, un pastor con dos ó tres mansos las conduce á un co-bertizo, donde, al lado de inmensa cacerola me-diada de un líquido rojo, compuesto de aceite, agua y almazarrón, maneja el marco el pastor des-tinado á este servicio. Carneros, ovejas y corderos van pasando por estrecha abertura formada por una *telera* ó puertecilla de tablas, y la pared, re-cibiendo al paso, el distintivo ó sello de la *cabaña*.

El bullicioso rumor peculiar del esquileo no cesa un instante; óyense conversaciones en voz alta, cantares, gritos, todo mezclado; sobre este con-junto se destaca siempre una voz breve é imperiosa que pide *moreno*, el eterno concierto de lastimeros balidos, graves, agudos, prolongados ó secos y el chirrido continuado é incesante de las tijeras, pa-recido al ruido especial que pudiera producir una violenta granizada cayendo sobre un techo de vi-drio.

A la hora de comer, el capataz de la cuadrilla da un golpe con su cayado en una de las puertas que al local dan acceso. Todos los esquiladores, en-

tonces, abandonan el trabajo entre algazara y confusión. Hecha la comida, van volviendo poco á poco en pequeños grupos; al entrar, saludan al capatáz que los espera, diciendo: «Alabado sea Dios.»

Reanudada la faena, el más anciano entona la salve, un canto sencillo é imponente que á cien leguas trasciende á música antigua y venerable, de aquella que en los primeros siglos de la Iglesia acaso resonaba en las naves y cruceros del templo románico.

La cuadrilla con sus voces rudas y enérgicas repite á coro la estrofa que temblorosamente emite el viejo. Desde lejos, allá en el campo, siéntese el espíritu sobrecogido, suspenso y asombrado al oír canto tan sublime y hermoso, que tiene algo de salvaje, algo de lo agreste de aquellos riscos y peñascales.

Después de la salve se implora á Dios por los ausentes y presentes, por los navegantes y caminantes y por los parientes difuntos de los amos; el sordo murmullo de estos rezos se mezcla con gritos y exclamaciones, con el tijereteo y con el balar del ganado, á veces lejano cual un eco, otras potente, siempre triste y lastimero, como una queja interminable de la debilidad ante la fuerza y el dominio del hombre.

Si entre los días del esquila cuadra alguno festivo, no por eso la labor deja de continuar; pero cuando esto sucede, un padre cura es llamado al *Rancho* para celebrar la misa.

En un rellano de la escalera, que pone al local en comunicación con las habitaciones altas, está el oratorio que cierra y abre como un armario. Todo se halla ya preparado para el acto; se encendieron las velas del altarcillo; limpiáronse antes cuidadosamente los candeleros y la imagen de la virgen, y se tendió sobre el rellano vieja y raída alfombra. El monaguillo, uno de los chicos *moreneros*, luce contento su ropaje muy nuevo y planchado, corriendo por entre los esquiladores y las ovejas, á pique de ensuciarlo y arrugarlo. El trabajo no se interrumpe ni mucho menos con tales preparativos hasta el crítico instante en que el sacerdote da comienzo el santo sacrificio. Entonces, cesan los menores ruidos; algunos pastores llegan presurosos, golpeando el suelo con sus cayados. Toda aquella gente cae de rodillas; los esquiladores, sobre el vellón de la res que esquilan, y los demás oyentes, sobre los bisuntos y duros morrillos del suelo.

La misa, allí, en aquel salón inmenso donde por las grandes y anchas vidrieras penetran deslunbradores los rayos del sol; la muchedumbre cam-

pesina y pastoril, típica y original en extremo, contrita y postrada de hinojos; vibrando en el aire siempre, el plañidero balido de la numerosa familia lanar, que, sin duda, recuerda apenada los días tibios y apacibles deslizados en la dehesa extremeña, y las noches serenas, pasadas entre las redes de la majada, velado el sueño por vigilante y fiero mastín; la misa en semejantes condiciones de sencillez y de primitiva rusticidad, hace, sin querer, venir á la mente algo de lo que rodeaba al que vió la luz en Belén, en establo humilde, aspirando el olor caliente y húmedo del ganado.

Terminada la faena del esquila vanse los esquiladores á otro *Rancho* ó á sus pueblos, y la paz y el silencio vuelven á reinar en el antiguo edificio. Cesan los gritos, los balidos, el rumor del tijereteo y el ronco ladrar de los mastines.

Nada turba ya la quietud misteriosa de aquellos campos.





PELEA.

EN tiempo de esquila, la *cocina de pastores* es, de los locales del *Rancho*, uno de los más dignos de describirse.

Constitúyelo una casita pequeña, de piedra, situada en el corral más grande y espacioso. Dentro, véanse á lo largo de dos de sus costados, anchos tableros donde cada pastor tiene su sitio para dormir después de las faenas del día. En medio, arranca del techo, hacia abajo, la chimenea de campana á la que está sujeta fuerte cadena, destinada á sostener la caldereta, en la cual se condimenta el *frite ó cochifrito*. De las paredes, ennegrecidas por el humo, cuelgan aquí y acullá, zurrone, zahone y

zamarras y por los tableros, hállanse esparcidos en desorden, mantas y camastros. Debajo de la caldereta arde casi siempre humosa fogata de pino, y alrededor, á cierta distancia, hállanse algunas piedras irregulares, sin labrar, donde los viejos rabadanes ó jefes de rebaño, acostumbran á sentarse por la noche para referir á los *compañeros* y *zagales*, cuentos y consejas, mientras esperan llegue el momento de dar comienzo á la cena.

Rondando y husmeando por las inmediaciones de aquel sencillo albergue pastoril, suelen andar los perros, gruñendo y rascándose el cuello, oprimido por el ancho y férreo collar, de puntas aguzadas, torcidas algunas quizá por la poderosa boca del lobo.

Día hay en que llegan á juntarse en el corral diez y seis ó veinte mastines; entonces suele haber entre ellos terribles escenas de lucha, sangrientas batallas.

Se abalanzan unos contra otros, de frente, dando al aire ronco y breve ladrido, acometiéndose con grande pujanza y brío, erizado el pelo del lomo, tiasas las recortadas orejas y brilládoles los ojos con iracunda y colérica mirada.

Por la mañana, como almuerzo, dásele á cada mastín media paneta de trigo, y á la tarde, otro

tanto. Es su diario alimento, con el que se conservan fuertes, sanos y bravos.

Estaba la noche tormentosa. Se oía, de cuando en cuando, resonar el bramido del trueno en las vertientes y barrancos de la sierra, y, los relámpagos, con su resplandor vívido y azulado, rasgaban la negrura del cielo, haciendo vislumbrar por un instante, de fantástico modo, el rudo y áspero contorno de la montaña de *La mujer muerta*.

A aquellas horas estaba el *Rancho* silencioso. Los rebaños, recogidos en los encerraderos, dormían apretados, y los perros, en el corral, hechos una rosca junto á un esquinazo ó arrimados á los muros, al parecer, también dormían.

En la *cocina de pastores* hallábanse estos fumando y charlando de pié ó recostados en los tableros; el guiso de la caldereta hervía con borbor continuado y rumoroso... En un rincón, uno de los zagales cortaba con su tosca navaja largas rebanadas de pan, para hacer la «sopa de sebo» alimento casi único del pastor que trashuma con su ganado á las lozanas dehesas de Extremadura.

Entre los rabadanes hablábase de perros, encomiando cada cual los suyos, discutiendo sobre cuales eran mejores para la guarda de rebaños y caza

del lobo. Sentados en las piedras, alrededor del fuego, destacando sus faces morenas, rudas y afeitadas, crugiéndoles á cualquier movimiento los gruesos zahones, creeríase al verles, á no estar en Castilla y bajotechado, tratábase de una de aquellas asambleas que al aire libre celebraban en las selvas americanas los indios *apaches* ó *paunies*, ceremonia tan bien descrita por el capitán Maine Reid y Gustavo Aimard.

El rabadán Anselmo, anciano musculoso, robusto, atezado y de expresión enérgica, tomó la palabra al tiempo que un trueno ensordecedor hacía temblar el suelo.

—¡Alabado sea Dios!--exclamó santiguándose,—si esto nos coje en la sierra ¿eh? muchachos... Andaríamos presto y sin parar tras las borregas asustadas, y el que más y el que menos de nosotros estaría temiendo una desgracia: que se nos descarriara ó se nos despeñara un *retazo* por algún barranco...

—Oiga usted, tío Anselmo—dijo el zagalillo que cortaba el pan,—¿qué nos iba usted á contar del perro *Pelea*, el abuelo, según usted, del *Cuatrojos*, el que está en su rebaño?

—Tienes razón, chicuelo; iba á empezar á contaros una hazaña de mi pobre y antiguo compañero.... Oid bien todos para que sepais quien fué el

mejor mastín, el perro más valiente que ha habido por estas serranías y por las dehesas de Ciudad Real: el bravo *Pelea*.

Era grande cual un ternero, con el pelo obscuro y largo como el de una cabra ó una oveja *churrera*, la cabeza *anchota* y con los dientes tan afilados como las puntas de su carlanca. A poco que le molestasen, gruñía y enseñaba los colmillos, aun á nosotros los pastores del rebaño. Tenía un genio tan vivo que, en cierta ocasión, yendo de camino, á un perdiguero que le ladró, de un solo mordisco le puso las tripas al descubierto, y si no llegó pronto, á fé que lo destroza y se lo traga. Ahora escuchad la hazaña de *Pelea*.

«Una noche de invierno, allá en Extremadura, dormía yo en el chozo con los compañeros, cuando sentí que me movían y me andaban en la cara; era el perro, que lamiéndome y empujándome, hacía por despertarme. Barrunté pronto lo que esto significaba; de seguro no andaría muy lejos el lobo. Salí del chozo envuelto en la manta, con la escopeta al brazo y *Pelea* delante, silencioso y con el pelo encrespado. Me escondí entre las ovejas poniendo el oído y la vista alerta... *Pelea*, arrastrándose, se fué á ocultar junto á la red de la majada, por la parte de adentro, en el sitio hacia donde debía de venir la

alimaña... No tardé en oír un aullido y, de allí á poco, distinguí el brillo de los ojos del lobo. Después vi á *Pelea* revolverse y saltar gruñendo fuera de la red. Cuando corrí á su lado ya venía él á buscarme, sacudiéndose y ladrando de contento...

Dejó tendidas en el suelo dos bestias, grandes como potrancas; las *golpé* con la culata de mi carabina y ni se movieron; estaban muertas, abierta la boca y con las patas tiesas. Al otro día, cuando las desollamos para aprovechar la piel, vimos tenían el pecho y el corazón deshecho á dentelladas. »

El zagal que cortaba el pan para las sopas, terminó su tarea. Al poco rato cenaban los pastores, de pié, según su costumbre, sirviéndose de la cuchara de cuerno y la navaja, que sacaron del zurrón. Luego, se acomodaron en los tableros, arropándose en las mantas.

Al paso que la llama de la fogata íbase apagando y los rabadanes, compañeros, zagales y arreadores conciliaban el sueño, cansados del traquin y faena del día, la tormenta que formada en la laguna de Gredos amenazara descargar sobre el *Rancho* y sus cercanías, cambiaba de dirección, transponiendo los picos y crestas del Guadarrama, hacia Madrid, por el puerto de Pasapán.



ÉGLOGA-DRAMA.

ACABABA de salir el sol por entre los altos lomos de la sierra; estaba la mañana fresca. Los esquiladores, envueltos en sus gruesas mantas, iban entrando soñolientos en el *Rancho*, hablando entre sí, mientras chupaban, casi todos, sendos cigarros negruzcos, saboreando aún el aguardiente que tomaron en la taberna del cercano pueblo, en cuyos pajares y corralillos por la noche descansarían del trabajo.

No tardó este en dar comienzo con el ardor de siempre. Dentro de los *baches*, los ligadores arrojábanse briosos sobre los carneros para, con rapi-

dez, tumbarlos y atarles luego las patas y manos por bajo de la pezuña, de modo que no pudieran moverse. Honorio, el capataz, les daba prisa, golpeando los mugrientos borrillos del suelo con su cayada nudosa, junto á un grupo de esquiladores, los cuales, impacientes (era la faena á destajo), esperaban una res *legada* que poder llevarse á sus puestos respectivos. En un ángulo del esquileo bromeaban algunos velloneros y escoberas, quienes esperaban también ocasión de desempeñar su oficio.

Entre estas últimas estaba la Nicolasa; era la tal una chicarrona fuerte, angulosa, mas que medianamente morena, con los dientes muy blancos y los ojos pequeñuelos y vivarachos. Como todos los que en la tarea tomaban parte activa, tenía la vestimenta por demás sucia y reluciente con la mugre del ganado, la cual este desprende en tan grande abundancia, que hasta en el aire parece que anda disuelta.

El vellonero Francisco, socarrón si los hay, ya algo viejo, separado un tanto del grupo, hacía reír á la Nicolasa con sus dichos picantes. Intrigábala el tuno con malicia para que le dijera cual de los esquiladores presentes era su preferido; la chica ¡qué si quieres! se reía á más y mejor sin soltar

prenda, esquivando los brazos y manos que intentaba pellizcar el vellonero.

—Oye mi consejo—concluyó por decirle este con sorna;—ajúntate conmigo, que ellos son tós unos bribones.

Al mismo tiempo quiso abrazar á la muchacha, quien hurtando el busto con presteza, propinó al atrevido unos cuantos escobazos con la ancha y fuerte escoba de tomillo, mientras le decía altiva con su voz hombruna:

—Arre allá, asqueroso. Pa usted estoy yo... corriendito. ¡Habrà tío!

—
Era aquel día muy fatigosa la tarea. Los carneros moruecos, que son muy duros de pelar, se revolvían, pateando furiosos y balando sordamente, entre las piernas de los esquiladores, quienes, sudando á mares, bregaban con ellos á brazo partido, apostrafándolos iracundos. La mayoría manejaba con destreza los relucientes y afilados tijerones. El alboroto y ruido que la operación producía, eran cual nunca atronadores. Juraban unos, renegaban los otros, corrían estos tras las reses que se les escapaban botando; los que ya les echaran mano, forcejeaban desesperados por llevarlas á sus puestos, bien agarrados á las patas traseras

de aquellas, las cuales, al sentirse impulsadas de tan brusco modo, sacudíanse violentamente, llenas de terror, pugnando por volverse á escapar.

Cantaban algunos esquiladores para distraer el trabajo. Era uno de ellos Romualdo, sin disputa el más diestro de la cuadrilla. Por encargo especial pelaba un carnero *manso*, el cual le habían encomendado por ser acaso el mejor de la *cabaña*. *Tiraba* la tijera Romualdo con sin igual soltura y esquilaba el manso con acabada maestría. Como si manejara fino cincel, iba haciendo aparecer en sus lomos una serie de delgados relieves, paralelos y curvilíneos que, partiendo del espinazo, bajaban por los costados hasta esconderse en el vientre.

La Nicolasa, que barria allí cerca la lana *caída*, miraba con frecuencia al esquilador; á veces encontrábanse sus ojos con los de él, sonriendo entonces contenta. También ella canturreaba coplas á media voz, las cuales, eran así como respuestas á las que entonaba Romualdo.

Estaba ya este «descalzando» al manso, ó sea dándole los últimos toques, cuando la muchacha, que poco á poco, barre que barre, habíasele ido aproximando, se incorporó de pronto y mirando entusiasmada al carnero, dijo con mucho aquél y retintín:

—Si está mu feo hombre, tú que te crés....

—Anda que más fea eres tú—contestó el esquilador en igual tono de zumba;—te valiera más no holgazanear tanto.

Ella se puso seria de pronto.

—Oye—murmuró casi á su oído, dándole otra vez á la escoba—ten ojo con ese, ya sabes tú quien; se lo come la invidia; me figuro te va á jugar una mala pasá.

Romualdo, que en tal instante acababa el esquileo del manso, le propinó, según costumbre, un buen manotazo en el lomo, que hizo al animal enderezarse y huir galopando; después, enderezándose él también, al tiempo que con la mano mugrienta se limpiaba el sudor de la frente, dijo á la escobera con tranquilo acento, envolviéndola en una mirada dulce y serena:

—No tengas cudiao; riete.

En la *peguera*, el anciano pastor Gervas (diminutivo de Gervasio), marcaba á las reses que otros dos pastores le iban poniendo delante; untaba bien primero el marco en la pintura de almazarrón contenida en un caldero que entre sus gruesas piernas sujetaba; luego, con fuerza, señalaba aquel en el anca izquierda del animal, pues así correspondía á la carnerada de moruecos. Las reses de los otros

rebaños llevaban la marca en otros sitios de su cuerpo. Una talanquera y unas tablas clavadas á varios postes carcomidos, madriguera de enormes moscones y de algún avispero, separaban la «peguera» de otro corralillo, en el fondo del cual, estaba el horno, negro, humoso, donde la pez se derretía cuando se *empegaba* con pez; extendidas por el tal corralejo había varias toscas pilillas de piedra; en ellas los esquiladores remojaban sus tijeras para afilarlas, ó las lavaban, frotándolas con un puñado de lana.

Como va dicho, señalaba el pastor Gervas, sin darse punto de reposo á las reses que delante iban-le situando, pringándose de lo lindo, cada vez más, en el líquido rojo y oleaginoso, cuando, en esto, unas grandes voces y exclamaciones lanzadas por los compañeros que en la faena le auxiliaban, llamaron su atención; al hacerse cargo de lo que tal griterío causaba, se retrató en su semblante, curtido y enérgico, el asombro al par que la cólera; irguió su cuerpo fortachón y musculoso; blandió con ira el férreo marco, al parecer, tinto en sangre, y exclamó indignado:

—¡Dios, que barbariá!

El brusco movimiento con que acompañó á estas palabras hizo volcar la caldereta que contenía la

roja y espesa pintura, la cual, vertiose toda por el suelo.

No era para menos el enfado del tío Gervas. El mejor manso de la carnerada, el encomendado á Romualdo para que lo esquilase, juzgándole en justicia como el más «maestro» de los esquiladores que formaban la cuadrilla, se apareció en la *pegue-ra* todo ensangrentado, lleno de picaduras y rasguños, que no parecía sino que habían intentado hacer jigote con su piel.

Cogió el manso el tío Gervas por las patas, y con toda la rapidez que sus años le permitían, fué se con él, no parando hasta que dió con Romualdo en el esquileo.

—Torpón, mal esquilaor, mía como has puesto á este probe—dijo furibundo,—al amo voy á icirselo agora mesmo.

Romualdo, al pronto, se quedó absorto, clavada la vista en el animal, sin saber que decir, como tonto; luego palideció hasta ponerse lívido; fulguraron sus ojos, contrajo los labios, unió las cejas con profunda arruga, y rechinó los dientes. Después, voló como una exhalación donde otro esquilador se hallaba muy atareado cortando los «ventrales» á una borrega.

—Toma, invidioso, cobarde—gritó roncamente

cuando llegó á su lado, al mismo tiempo que le tiraba un avance con la tijera que en la diestra mano llevaba; pero el otro, percatándose de la acción, esquivó rápido el cuerpo.

La Nicolasa apareció allí entonces, corriendo loca, exhalando gritos de espanto. Sin darse cuenta, afanosa de evitar el acto criminal que iba á cometer Romualdo, se abrazó á el, con tan mala suerte, que ella misma se clavó en el pecho las tijeras que blandía el esquilador, el cual, iniciara una nueva y ruda acometida.

Cayó exánime la escobera sobre el empedrado mugriento.....

—¡Jesús!—exclamó—me has matao.

Varios esquiladores y pastores sujetaron á Romualdo, en tanto que otros se llevaban á la escobera al obscuro departamento donde se almacena la lana, para en él depositarla sobre unos cuantos vellones.





EL MAL AÑO.

MIENTRAS duraba la faena del esquila, después de terminados los trabajos del día, luego que los esquiladores, cantando alegres, salían del *Rancho* hacia el vecino pueblo, donde dormían, el mayoral de la cabaña y algunos rabadanes, acostumbraban á ir á pasar un rato á la despensa de pastores.

Cuando allí llegaban, ya anochecido, estaba el viejo despensero esperándoles, sentado en el saco de cebada que habia junto á la tinaja del vino.

Era la despensa un cuarto reducido, cuyas paredes estaban llenas de letreros y rúbricas hechas con almazarron, mostrándose en una de aquellas, la que miraba á poniente, una ventanucha de cristales pe-

queños sujetos con tirillas de plomo. La mitad del local destinábase á guardar el pan fresco que traía todos los días de la ciudad el panadero, en dos borricos; las panetas amontonadas tras el muro de tablas, alto como de vara y media, dejaban sitio suficiente para el camastro del tío Miguel, el despensero. Frente á la puerta de entrada hallábase el cajón de la sal, la que se da al ganado, y en otro rincón de la despensa, estaba una mesilla de pino, súcia y coja y, sobre ella, un libro usado y grisiento, en el cual el tío Miguel llevaba las cuentas; al lado de la mesa, una silla desvencijada, y cerca de la tinaja, en el suelo, los pucheretes ó *modorros* donde se vierte y mide el vino antes de echarlo en las botas y pellejuelos de los pastores.

Cuando el mayoral y los rabadanes penetraban en la despensa, ya se sabía, el tío Miguel se levantaba, siempre con su cigarro en la boca, y después de saludarles á su modo, con algo así como un gruñido, les daba calmosamente pedazos de pan que cortaba con su navaja de chapas de cuerno, y luego les servía vino en los *modorros*, con mucha seriedad y parsimonia. A continuación, iniciábase entre todos, animado coloquio, hablándose, generalmente, sobre el valor probable de la corta de lana, de la terrible decadencia de la ganadería, que de

año en año se acentuaba de alarmante modo, y de otras mil cosas relacionadas, la mayor parte, con la industria lanera.

Si hacía mal tiempo y el viento y el agua azotaban los cristales del ventanuco, entonces, el tío Miguel, después de salir al corral cercano para mirar el aspecto del cielo, volvía, meneando la cabeza y murmurando sordamente.... «Así, lloviendo y venteando estuvo aquel endemoniado año, de triste memoria;» nadie mejor que él lo recordaba.... Quieras que no, aunque no se le hiciera gran caso, empezaba á relatar con voz temblona las desgracias, los apuros, la crisis tremenda por que entonces pasó la *cabaña*, á causa de la epidemia del *grippe*, que atacó al ganado como nunca se había conocido.

Aquel año apareció el mes de Mayo, el mes del esquileo, hermoso y templado, cosa no muy común en la sierra. Daba gozo ver los pastos en los *cuarteles* de la montaña. En el de *Peña el Oso*, había hierba hasta dejarlo de sobra. Todo auguraba una magnífica temporada de *Rancho*. Por otra parte, las noticias de la Mancha no podían ser más excelentes. El ganado vendría con mucho sebo y buena manta de lana, y como el tiempo estaba seco, con el polvo del camino aumentaría el peso del

vellón. Las *crias*, sabíase eran numerosas, tanto, que hubiera necesidad de matar algunas docenas de recentales, en bien de la salud de sus madres, allá por el tiempo de la paridera. Sería un buen año para la *cabaña* y para los pastores, quienes traerían sus *retacillos*, los que el amo dejaba pastar gratis en las dehesas, reventando de gordos.

Pero ¡quien lo había de presumir! Las cosas de este mundo son así; cuando se espera un bien, suele venir un mal. La mortífera epidemia andaba en el aire acechando una ocasión para caer de golpe, como una nube de piedra ó un nublado de esos que todo lo arrasan, sobre el ganado.

Ya los rebaños en camino, empezó á declararse en ellos la enfermedad. A las reses contagiadas se les inflamaban rápidamente las pezuñas y la boca, quedándose poco á poco rezagadas, hasta que caían, vidriando los ojos y balando tristemente. Los pastores las levantaban, animándolas con la voz; traíanse los carneros mansos, haciéndoles trotar para que agitasen sus grandes cencerros, todo por ver si se decidían á seguirlos, como de costumbre; se les daban gritos y hasta pegábanlos, sin duelo, con los cayados..... y nada, los animales concluían por morirse, rechinando los dientes, después de ir renqueando dificultosamente algunas

horas, cayendo aquí y allá. Después de muertos se los desollaba, echándose las pieles sobre las yeguas y caballos *hateros*, dejándose el *cordel* sembrado con sus cuerpos, á merced de los perros, los buitres y los lobos.

Era un dolor presenciar la llegada de los rebaños al *Rancho*, casi sin poder sostenerse, enflaquecidos y extenuados. Los mansos venían como siempre, delante, con la cabeza baja á causa del peso de los cencerros, los cuales no llevaban con sus sonos la alegría á aquellos campos; no eran la nota viva, animada, monótona y dulce á un tiempo, de otras veces, que se escuchaba con placer, aspirando el aroma suave de la mejorana y el cantueso en los días de primavera; aquellos sonos semejabán fúnebres tañidos, toques de agonía..... Después de los mansos venía el rebaño, andando despacio, vacilante, cansado y hambriento, y luego el *rezago*, arrastrándose sobre sus pezuñas hinchadas y baboseando. Los pastores, roncos de gritar y fatigados de correr sin descanso de un lado para otro, llegaban macilentos, tristes, derrengados. Todos traían á la espalda una oveja ó un cordero agonizante..... No les abandonaban hasta que morían.

Los caballos *hateros* y los perros venían los úl-

timos, aquellos agobiados con el peso que traían encima, y estos, con el rabo entre piernas, foscos y con la lengua fuera, á causa del calor.

Cuando se comenzó á esquilarse, ¡qué diferencia de otros años!

Nada de las graciosas y picarescas coplas acostumbradas; nada de pullas ni dichos intencionados ó picantes. Si después de comer los esquiladores entonaban la salve, lo hacían despacio, balbucientes, así como con miedo de que se les oyese, con dejos lastimeros, lúgubres, de modo que aquel canto grandioso, valiente y varonil, casi resultaba un canto funerario. El balar de las ovejas parecía como nunca melancólico, quejumbroso, dolorido....

¡Vaya un año terrible! El *grippe*, el mal contagioso, daba de firme, sin duelo, matando, matando siempre. Las gentes de los pueblecillos cercanos, y los tratantes y chalanés de la ciudad, acudían en gran número para llevarse á bajo precio, casi de balde, el ganado enfermo. Había quien por una peseta compraba un cordero espirando.

La gente del *Rancho* no paraba, no descansaba en todo el día, trajinaba sin cesar, cuidando y curando como podía á las reses, transportándolas en brazos á las próximas praderas y cercados, donde hacíanlas comer casi á la fuerza para que no pere-

ciesen de hambre. A las que morían arrancábanles la piel, y allí, en el mismo sitio donde la muerte las sorprendiera, abandonaban su cuerpo. Entonces era de ver cómo los perros, los mismos que antes protegieran su vida guardándolas del lobo, se abalanzaban á ellas para devorarlas. Se les dejaba se hartasen con aquella carne que nadie había de comer. Después de bien satisfechos, se tumbaban á la larga, unos cerca de otros, en buena armonía.... Los buitres, esas aves negras, repugnantes, corpulentas, de corvo pico, cuello pelado y garras poderosas, acechaban el momento propicio de darse ellas también un buen hartazgo..... Había para todos.... Se colocaban rodeando los restos de la oveja ó del cordero y tragaban vorazmente, de prisa, desgarrando con su fuerte pico, tiras de carnesangrienta; luego, una vez ahitos, ibanse volando trabajosa y torpemente á dormir sobre las rocas más altas de los alrededores.

En el local donde se esquilaban las pieles de las reses degolladas para el consumo diario de esquiladores, velloneros y demás gente del *Rancho*, estaban las *peladeras* cortando lana día y noche. Hubo necesidad de aumentar el número de mujeres que á este oficio se dedicaban. Aun así, era grande el trabajo. Daba pena verlas sentadas en un banco

largo y estrecho, siempre corta que corta en la piel extendida sobre sus rodillas, no hablando más que para lamentarse de lo penoso de la tarea que amenazaba no terminar nunca. El grupo aquel, solía animarse, sin embargo, cuando el tío Mansito, un hombrecillo viejo, zumbon y alegre, que también *pelaba* lana, como ellas, especie de *factotum*, que para todo servía y en todo se le utilizaba, referíalas con su vocecilla atiplada, algún chascarrillo de los muchos picantes que él guardaba en su caletre. El mayoral iba ocho ó diez veces, durante el día, por el cuarto de las peladeras, y siempre tenía que reñirlas; allí se trabajaba poco y mal. «Al fin, mujeres; sólo el diablo podía con ellas.»

¡Que año aquel! Como si todo fuera poco, el día tercero de esquileo descargó sobre el *Rancho* un nublado espantoso. Jamás se oyó tan imponente el bramido del trueno ni se vieron en aquellos contornos relámpagos tan frecuentes y deslumbradores. Pasó el nublado y un viento fortísimo del Norte, mezclado con agua nieve, comenzó á azotar furiosamente las carcomidas paredes del vasto y antiguo edificio. Este temporal duró más de seis días. Si se prolonga, no queda ni una res en pié. La que no hubiera muerto del *grippe*, hubiese muerto de hambre y de frío.



El Tío Lobero.

LAS cumbres altas y escarpadas, casi siempre cubiertas de nieve; los desfiladeros peligrosos sembrados de grandes rocas de todas las formas imaginables; los ventisqueros inabordables, los abismos, barrancos y escabrosas pendientes que forman esas robustas montañas que desde Navarra á Guadarrama reciben nombres como Peña Lara, Peña Citoras, Peña el Oso, Siete Picos, y tantos otros como diversas generaciones han ido dándoles en el curso de los tiempos; toda esa salvaje serranía, cuajada en unas partes de inmenso y tupido bosque de pinos, árida, estéril y desolada

en otras, cual si la muerte hubiera extendido por allí su mano descarnada; todo ese conjunto de moles enriscadas, picudas, erupción gigantesca de la llanura, tiene, además de sus águilas *quebrantabuesos*, sus grandes buitres de cuello pelado, sus cuervos negros y graznadores, sus *picapinos*, obreros incansables de canto lúgubre; tiene, decimos, un sér humano que en determinada época lo recorre en todas direcciones, ágil y animoso, sin que la sima profunda le intimide al bordearla, ni la peña que escala trabajoso le asuste, ni la noche negra y tormentosa con sus relámpagos y truenos espantables y aturdidores, ni la ráfaga que en el ventisquero engendrada, hiela y mata con su hálito, sean motivo á que desista de su correría original, tenaz y caprichosa.

Este hombre que saltando y trepando por las cumbres de la sierra, anda cual otros por bien cuidado y llano camino, es un cazador incansable del dañino cuadrúpedo, eterna pesadilla del pastor cuidadoso, motivo siempre de coraje y furia para el vigilante perro de ganado.

Transcurrido el 15 de Mayo, cuando ya las flores bordan la arboleda y la campiña, cuando la alondra y la pajarota saltan entre los tomillós, y el lagarto asoma su cabeza verdosa á la puerta de su

cueva, el tío Lobero abandona sus cabras y su casucha de la aldea serrana, echándose al hombro la raída manta y la vieja escopeta, después de guardar en el zurrón, á la espalda sujeto, un pan y una tortilla y de llenar la bota con tres ó cuatro cuartillos de buen vino del Puerto.

Olfateando como un sabueso, mirando atentamente á un lado y á otro, ó examinando el suelo con cuidado, descubre una huella, una señal, un indicio que le pone en la tortuosa senda que conduce adonde está la lobada.

Escalando aquí, trepando allá, dando rodeos, caminando por sitios casi inaccesibles, saltando brioso por las agudas peñas, á pesar de sus sesenta años cumplidos, encarámándose por los riscos, camina el tío Lobero, sin temor de equivocarse, confiado en su pericia.

El jamás investigó si antes de la salida del sol, en día claro, por tal ó cual lugar, se desprende ligero y ténue vapor que denuncia el cubil de la fiera; no hace caso de especie semejante; está seguro de su instinto y suficiencia para esta clase de caza; sabe á ciegas los parajes donde está el lobo..... ¡como que lleva ya muertos doscientos diez y siete, entre grandes y chicos!

Cuando descubre una guarida, allá se mete sin en-

comendarse á Dios ni al diablo, dejando á un lado la escopeta y el zurrón, si le estorban, armado sólo de la navaja que sacó de entre la polaina. La loba huye aullando; sino, con él tendrá que habérselas. Luego, coge uno á uno los cachorros y los envuelve en la manta ó en la capa vieja, que suele llevar para este objeto.

Con los cinco, seis ó siete lobeznos que *escabritó*, como él dice, baja contento á la falda de la serraña, para ir á enseñarlos á los ganaderos, que le gratifican, no siempre como merece.

Cuando termina su visita á las ganaderías, después de proveerse de vino y echar en el zurrón otro pan fresco y otra tortilla de cuatro ó cinco huevos, con lo cual tiene para alimentarse unos días, emprende una nueva excursión en busca de lobas y lobeznos, sin que nada le arredre.

Duerme á la intemperie, donde le coge; algunas noches, muy raras, las pasa con leñadores del pinar ó con pastores que suelen convidarle á participar de su cena.

Hasta San Antonio no cesa el tío Lobero en sus cacerías; en esa época ya los lobatos siguen á la madre: ya saben saltar por los riscos y esconderse en las quebraduras de las rocas. El cogerlos vivos hácese entonces por demás difícil y penoso.

Alguien creerá que el tío Lobero es un sér que tiene poco de real, y, sin embargo, no es así. El tío Lobero habita en Miraflores de la Sierra, cuando no anda á caza de alimañas, como él dice. Es de los pocos que quedan, tal vez el único dedicado á trabajo tan ingrato, pues el oficio no es lucrativo como en otros tiempos.

El tío Lobero es pequeño de cuerpo, de color tostado, musculoso y fuerte; en sus facciones salientes vése la decisión, así como en su mirada penetrante, no exenta de malicia. Es campechano, tutea á todo el mundo, pues para él, *hombre libre de las montañas*, no deben de ser gran cosa diferencias ni categorías sociales. Al hablar es algo socarrón y cuando refiere sus hazañas, emplea una serie de términos bastante originales y disparatados.

A juzgar por el vigor y fortaleza que muestra, aun ha de dar mucha guerra al lobo y al lobato que, siempre en acecho de corderos, potros y chotos, corretea incansable por las escabrosidades y escarpaduras de Guadarrama y Navacerrada.

(Mayo de 1888.)





EL CUENTO.

.....■.....

SE abren paso las primeras luces del día trabajosamente, á través de la neblina que envuelve las escarpadas montañas de la sierra. El mochuelo se retira á su escondrijo y el *engaña pastores* vuela silencioso y torpe, pegado á la tierra, en busca de la quebrada roca donde anida. Unas cuantas golondrinas, pocas, pues ya muchas emigraron á más cálidos climas, surcan piando los aires.

Acaso dan el último adiós á aquellos agrestes parajes, donde en el pasado verano se deslizó su vida, alegre y dichosa. Multitud de pajarillos, reunidos en bandos, revuelan y picotean en los ras-

trojos. De lo alto, rodando por las vertientes abruptas, llega fría como hielo, la brisa, fiel compañera de la aurora. A su empuje, murmuran sordamente los altos pinos y se extremece el chaparral; silba ténue entre los matujos de tomillo, y salta vertiginosa de barranco en barranco, de colina en colina, de arboleda en arboleda, de peña en peña. Atraviesa la aldea, bebe en los riachuelos y se pierde en la llanura lejana.....

Asoma el sol, el sol melancólico de Octubre, sobre las cimas escuetas de los altos cerros, velado por la blanca niebla, que absorbiendo sus rayos, hácele semejar colosal moneda de oro viejo. Así le parece, al menos, al rabadán *Tormentas*, de tal modo apodado por su genio vivaz, retozón y bullanguero, el cual, ginete en una yegua torda, como un oso hirsuta, va camino del *Rancho* al frente de un retazo de ovejas que tras él conducen los *compañeros* y el zagalillo, cual bien ordenada tropa.

—¿No es verdad, Pepejo?—dice *Tormentas* al compañero, que lleva tras sí al carnero castrado, guía fiel del retazo, engañándole con migajas de de pan—¿no es verdad qué si el sol qué ves fuera de oro y tú lo apañaras por arte del demónico, no ibas ogaño á Extremaura ni en jamás tampoco?

—A fé que has acertao, hombre, que ya va uno

cansaille destes trotes, pero peor fuera no verlo. Pastor soy y pastor he de morir.

Es la hora del mediodía.

En los vastos encerraderos del *Rancho* fuéronse acomodando los retazos del ganado que por distintas cañadas allí llegaron durante toda la mañana, bulliciosos y polvorientos, en unión de los perros, yeguas y potrancos pertenecientes á la *cabaña*. Los rebaños, que en la época estival se dividieran en varias agrupaciones (retazos) para con holgura pastorear en diversos campos y *cuarteles* de la serranía, vuelven á organizarse dentro de los encerraderos ó en los amplios corralónés, con objeto de proceder al *cuento* de cabezas (cual se dice entre gente pastoril), antes de trashumar á la región extremeña.

Comunican los encerraderos unos con otros y estos con los corrales, por medio de talanqueras, ó sean, rústicos artificios hechos con unas tablas de ripia. Merced á las excitaciones de varios pastores, por una de aquellas, entreabierta, van saliendo á un corralón las reses una á una ó de dos en dos, veloces, medio espantadas algunas, botando otras como corzas. El señor mayoral y un raba-

dán las cuentan cuidadosos. De cuando en cuando: ¡cincuenta! gritan los dos casi á un tiempo ó con mínimo intervalo. Entonces, un zagal, que los observa atento, repite con voz ruda y breve el mismo número, y graba fina línea con la punta de su navaja en uno de los mugrientos zahones de piel de becerro que recubren sus muslos. Todos los que tal operación contemplan guardan religioso silencio, el cual, hácese de todo punto necesario para no equivocar el *cuento*.

¡Cincuenta!

¡Cincuenta!

Mientras se lleva á cabo la suma de cabezas de que consta el rebaño, no se oye más que la pronunciación enérgica de ese número, la cual se destaca fuertemente sobre el ruido característico que originan el pateo atropellado, continuo y sordo de las reses que corren empujándose; sus balidos más ó menos intensos, plañideros, roncós ó agudos; el tintineo de las esquilas, el grave son de los cencerros, el grito gutural, el agudo silbido y el manoteo en los zahones con que los pastores, que andan de acá para allá por los encerraderos, avivan la salida del ganado.

Una vez contado el rebaño, se suman las rayas que grabó el zagal de que va hecho mérito, añá-

diéndose al número resultante, el pico, si es que existe. A seguida monta á caballo el rabadán, mientras los compañeros llaman á los *mansos* y á los perros, que acuden sacudiendo estos sus carlancas, sonando aquellos sus cencerros. En el caballo *hatero* se carga un saco con panes, la caldereta con su tripode, un talego lleno de sal, la vasija donde va el sebo para hacer las sopas y, por último, las mantas de la gente y algún otro avío. Echa á andar el rabadán; síguele el mansero con los mansos, y tras de ellos marcha todo el rebaño, al que arrear los compañeros y el zagal, armando no pequeña algarabía.

—¡Buen viaje!—dicen afectuosos los que se quedan.

—Quedar con Dios, y hasta otro año—contestan á gritos los que se van.

Así, uno tras otro, salen clamorosos del *Rancho* los rebaños, no sin que antes se separen de ellos las reses cojas ó enfermas que no están en disposición de emprender el largo camino de Extremadura.

Si la tarde está clara y serena vese á los rebaños trepar por la ríscosa cañada que conduce al

puerto de *Pasapán*, envueltos entre nubes de polvo. Semejan á lo lejos grandes y movedizas manchas grisáceas..... Va poco á poco extinguiéndose el rumor de su marcha, rumor especialísimo que con nada se confunde, bronco y metálico á la vez, del que siempre sobresale agudísimo silbido.....

Ya el sol se ocultó en el ocaso.

La noche se acerca. Sus enlutados velos ocultan poco á poco valles y colinas, barrancos y laderas, cerros y montañas. Desaparecieron los ruidos anegados en la sombra. No llega ya á los oídos su clamor.....

Todo es en la sierra, quietud, silencio, reposo solemne.





JUAN EL GUARDA.

LAS habitaciones espaciosas, los amplios encerraderos y corrales, el gran salón del esquila, la obscura lonja, donde se conservan apiladas y prensadas las cortas de lana, los locales todos, en una palabra, que constituyen el *Rancho*, luego de marchar los ganados al pastoreo de verano, libres ya de su rico vellón, quédanse silenciosos y mudos, cerrados sus portones y puertas, sirviendo sólo de morada al guarda que allí habita constantemente.

El tío Juán, que así se llama, es hombre crédulo y supersticioso como ninguno. Cree formalmente en brujas y trasgos, duendes y quimeras.

Su mirada es siempre temerosa: en sus ojillos azulados nótase, por lo común, un algo indefinido impreso por el miedo. Anda calmosamente; sus movimientos son tardos y premiosa su palabra.

Las supersticiones de que es víctima, generales á los habitantes de la serranía, se han acentuado en él, haciéndose más vivas, á causa, sin duda, de la soledad en que mora. El tío Juan carece de familia. Con ser tan extenso el *Rancho*, vive en una cocina vieja, ahumada, reducida y obscura, que en otros tiempos sirvió para hacer la comida, los días de esquila, á *recibidores*, *apiladores* y *velloneros*. Un saco de paja donde duerme; un par de mantas raídas y agujereadas; otro par de sillas de madera, cojas y sucias; un pucherete y una sartén herrumbrosa; un arcón apolillado en que guarda su ropa; una mesilla antigua, llena de mugre, con restos de preciosa moldura; un escopetón enmohecido con la culata partida y una bandolera de piel de cabra con placa de latón: hé aquí el sencillo ajuar del tío Juan.

Como el *Rancho* se alza solitario en una colina al pie de altísima y escabrosa montaña, azótanle sin cesar los vientos, las lluvias y las nieves. En verano, cuando hay nublado, resuena fragoroso por allí el trueno, y más de una vez el rayo pene-

tra en su recinto. El tío Juan, en esta época, trabaja algo, contra su costumbre, ayudando á recoger el excremento que dejó el ganado durante su estancia en el *Rancho*, y como esa basura es abono del mejor, véndela bien. Con el producto que le dá se recompone la vestimenta ó se hace prendas nuevas y compra tocino, que, en torreznos tostados y sabrosos, en unión de la sopa de ajo coloradilla y picantita, es su cotidiano alimento, á más de algun gazapo ó lebratillo que se aprisiona en los lazos traidores que suele tender por los corrales.

El largo y crudo invierno lo pasa el tío Juan calentándose lo mejor que puede, holgando y durmiendo meses enteros en el interior de la cocina que le sirve de habitación. Por entonces es cuando se siente presa de los terrores y alucinaciones que le hacen vislumbrar á cada instante aparecidos y brujas.

Esas noches de Enero, horribles en la sierra segoviana, noches en que el vasto edificio retiembla á los embates del vendaval, en que la nieve espesa y endurecida como granizo, agitándose furiosa en alas de la ventisca, repiquetea en las paredes con cierto ruido apagado, que tiene algo de fúnebre; en que las tejas golpean las unas sobre las otras

con extraño traqueteo; tales noches, el tío Juan pásalas temblando de frío y de miedo. El seco crujir de las puertas, el chirrido de goznes y visagras, el batir de alguna ventana que se abrió, el estruendo causado por la tabla que cae botando en el suelo y dejando al descubierto el hueco ó boquete que tapaba, y, sobre todo, los silbidos roncós, agudos ó ténues que forman los diabólicos y misteriosos conciertos oídos tan sólo en los caserones destartados, música rara y caprichosa que motiva el vibrar de agujerillos, roturas, resquebrajaduras, intersticios y resquicios, los cuales, pitan cada uno á su manera, obedientes al soplo poderoso del aéreo é invisible ejecutante..... Todos esos ruidos, sonidos y golpeteos parécenle al viejo guarda, no cosa de este mundo, sino producidos por brujas y trasgos, duendes y zánganos que, en baile infernal, recorren alborotados los departamentos y rincones del edificio.

El tío Juan se aterroriza y exalta con semejante medrosa algarabía, llegando á tales extremos que cree, á lo mejor, divisar una forma negra y monstruosa que se le aparece repentina envuelta en densa humareda; vé otras veces un caballo gigantesco, el cual, llevando encima horrible visión, entra por una pared y sale por la opuesta á todo

galope. Una noche de luna—según el cuenta—llamaron á la puerta, gritando una voz al mismo tiempo:

—Abra usted tío Juán, que le traigo una torta y unas truchas.

Tanto llamaron, que abrió una ventana para averiguar quien podría ser el portador de tales presentes... No más sacar fuera la cabeza, sintió, sin ver á nadie, varias burlonas y destempladas risillas y lo que es peor, unos atroces picotazos en la cara y en el cuello, de los que pudo librarse gracias á haber hecho la señal de la cruz.

Entonces huyeron asustados los duendes, pues á creer al buen hombre, duendes eran, graznando como bandada de cuervos.

.....

El aullido del lobo óyele con frecuencia el tío Juán en las heladas é interminables noches de la invernada, sobre todo, cuando una gruesa alfombra de nieve lleva ya muchos días cubriendo la montaña, la colina y la llanura que, ondulante, piérdese de vista hacia el Oeste.

—

Era una tarde de Enero crudísima. Había en el suelo cerca de una vara de nieve y el cierzo soplabá que era un gusto.

Calentábase el tío Juan en su cocina, arropado en su capa, con la vista fija en la roja llama que culebreaba deslumbrante bajo la espaciosa chimenea de campana, cuando llegó á sus oídos el gutural aullido del lobo y á seguida unos fuertes golpes en la puerta principal del edificio. Asomóse el guarda á un ventanuco y vió una escena extraña.

Un corzo, chorreando sangre por diversas desgarraduras que tenía en el lomo y el vientre, pugnaba con los cuernos y las manos, dando rápidos saltos y ágiles volteretas, por abrirse paso á través del grueso portón. La lobada, que le persiguiera de cerca, acosaba al animal á dentelladas, cada una de las cuales llevábase un pedazo de su carne. Pronto el corzo, después de un salto prodigioso, cayó muerto para ser devorado en pocos minutos por la lobada hambrienta.

El tío Juan escuchó horribles gritos, rugiente vocerío, algarabía infernal. Según él, la manada de lobos, por encanto convirtióse en feroz y repugnante patulea de brujas que con brasas por ojos, pezañas y cuerpo de macho de cabra, entre humo y llamaradas azules, bailaron, al son de ronca pandera, endemoniada danza alrededor de unos pocos huesos, restos únicos que del animal quedarán.



LA VIRGEN DEL SOTO.

EL mes de Mayo toca á su fin. Las flores de la primavera alcanzaron su mayor grado de perfume y esplendor. Las opacidades, las turbulencias, los vientos arremolinados henchidos de humedad, que imperaran como dueños y señores en los comienzos de la poética estación, dejaron paso á un ambiente tibio, aromoso, oxigenado; las gotas de rocío que antes se escarchaban en los pétalos de las flores tempranas, esmáltanlos ahora dándoles vida y frescura. Las rosas silvestres y las madreselvas asoman, ya confiadas y sin temor, por entre los racimos de zarzamoras. Las caducas encinas, los álamos enhiestos, los fresnos vigor-

sos y el espeso chaparro, desplegaron todas sus galas.

Los regatillos deslizanse silenciosos, brillando como cintas niqueladas por entre la hierba que por doquier crece á sus anchas, mezclada con «chiribitas» blancas y azules y rojas amapolas; los pájaros cantan sin descanso, mientras revolotean de un lado para otro, y los chotillos y potrancos de la vacada y yeguada que por ser época de ello, pastorean en tales sitios encantadores, brincan y corretean, dando al aire mugidos y relinchos de alegría y contento.

El pueblecillo serrano, dueño de aquellos lugares, celebra su acostumbrada fiesta anual en honor á la Virgen del Soto, su patrona. La imagen venerada es pequeñita y tosca; el vestido que lleva puesto es de sencilla tela azul, galoneada con estrecha cinta de plata. En las orejas luce bonitos pendientes de piedras falsas y en el pecho sostiene su joya más valiosa: un gran medallón con unas cuantas perlas que circundan el busto del Redentor. Pero si sus alhajas y ropaje son pobres, en cambio los arbustos y plantas silvestres dieron sus flores para que se la hicieran coronas y ramos preciosos.

Después de la función religiosa, la imagen es

llevada en procesión á su ermita, que está en lo más espeso é intrincado del monte. La campana de la iglesia del pueblo despide con vertiginoso volteo á aquella su huésped celestial. En sus sones agudos y vibrantes no hay los tonos alegres que tuvieron el día anterior, cuando anunciaron la llegada al templo humilde de la Reina de los Cielos.

La procesión va andando despacio por entre la arboleda. Por llevar á la imagen disputan y regañan los mozos todos del lugar, que, aquel día, lucen la camisa más fina, el chaleco más adornado y las abarcas mejores y más nuevas. El cura, metido en su casullón, que le viene ancho, descubierta la calva cabeza, canta religiosas preces en unión del sacristán, un hombro corpulento que, con su voz aguardentosa no deja oír la débil y cascada del sacerdote. El mozo que, allá delante, conduce el pendón, pónelo tan alto, haciendo gala de su pulso y musculatura, que la cruz sobresale por encima de los fresnos y encinas..... Los gallardeos de la tela, que mueve la brisa, producen el terror en los pajarillos que juguetean por entre el ramaje. Es de ver lo serio y finchado que va el otro mozo que lleva la manga; no parece sino, al contemplar su aspecto algo fiero y receloso, que custodia ó guarda inapreciable tesoro.

La multitud que sigue á la procesión es varia y pintoresca. Dominan en ella los colores rojo y gualdo que las zagalas escogen para sus manteos y pañuelos, y la blancura de las limpias camisas que llevan los hombres. Luego, en segundo término, véanse otros matices más apagados, como el pardo de las capas, calzones y chaquetas y el negro de los sombreros..... El sol centellea sobre todo aquel conjunto, rico en colorido; arranca vividos destellos de las piedras falsas de la virgencita, de la casulla del cura, de los botoncillos metálicos con que los aldeanos adornan su ropaje y de las gruesas agujas y clavillos que ostentan las mujeres en sus rodetes.

Ya se acerca la comitiva á la pequeña ermita medio escondida entre el follaje; ya el esquiloncillo en gozo deshecho, repicotea como diciendo: «Ya llegó, ya llegó,» mientras dos ó tres chicuelos encienden á toda prisa las velas del altar y esparcen á brazadas por el suelo cantueso, tomillo y madre-selva.

El pendón entra el primero en la ermita, inclinándose mucho para pasar por la puerta baja y no muy ancha; viene después la manga, que también hace su reverencia al entrar, y luego la insignia y detrás, la imagen y el sacerdote y, en fin, la mul-

titud que se estrecha, se empuja y se codea al penetrar en el recinto cual impetuoso torrente. El gaitero y tamborilero tocan hasta más no poder, subidos encima de un banco colocado en la parte trasera de la iglesilla; las plañideras notas de la dulzaina y el redoble marcial del tamboril, que en su toque semejan algo así como la Marcha de Infantes, despiertan el entusiasmo y la alegría en aquella muchedumbre campesina. A las mozas las bailan los pies; alguna, sin poderlo remediar, hace una pequeña cabriola, corriendo luego asustada y ruborosa á esconderse entre las otras, seguida por la severa mirada del padre cura.

Terminada la ceremonia religiosa que se celebró, ya metida la imagen en su hornacina; oído el sermón que trabajosamente pronunció el anciano ministro del Señor, entre toses, pausas y carraspecs infinitos, extiéndese la aldeana multitud por los alrededores de la ermita, y allí, á la sombra de la arboleda, «despacha» regocijada los *asaos* y ensaladas que trajo para merendar, mientras que el vinillo de Ribera, acre y flojo en demasía, refresca los gaznates.

La gaita y el tamboril no tardan en llamar á los mozos y mozas, que corren ansiosos á bailotear en la cercana pradera, y hasta la noche dura la fies-

ta, á la cual suelen acudir muchas gentes del contorno.

La virgencita no irá en mucho tiempo al pueblecillo á visitar á los pobres serranos que, en cambio, cuando unos, cuando otros, no dejarán de ir á prosternarse de hinojos ante ella para pedirla, á más del remedio á sus males, la salud de la vaca enferma del bazo, la de la borrica atacada del muermo, una lluvia benéfica ó unos días de sol para sus terruños, que es mucha y grande la fé que aquellos sencillos aldeanos tienen en su patrona, la Virgen del Soto.





La nube de piedra.

DA gloria ver los sembrados en toda la campiña que se extiende bajo las montañas abruptas y oscuras de la sierra. Está ya la cebada en sazón. Amarillean sus espigas, brillando al sol con áureos reflejos, balanceándose cadenciosamente si un soplo de aire va á besarlas y á susurrarlas no se que habla suave, que misteriosos rumores. Los trigos, verdes aún, flamean sus hojas estrechas y larguiruchas y se mecen también con acompasado movimiento cuando la brisa les roza con sus alas de seda. Crespas cabelleras adornadas con blancas florecillas semejan los grupos de algarrobos que

entre los surcos pardos de la tierra se muestran. Aquí y allá un garbanzal tan ameno que solaza mirarlo, esconde los tiernos capullos que en su interior guardan, aún en germen, el rugoso y preciado grano. En las huertas, atestados de hoja, árboles varios se embriagan con los ardores de un sol ya estival. Por la verdura de los campos «rojea» descarada la amapola; en el soto derrama su dulce aroma la madre selva que aparece vergonzosa mezclada con sencillas rosas silvestres entre espinos y zarzales y junto á las peñas tapizadas de musgo, brotan esbeltos lirios y manojillos de jacintos blancos y violados.

—

Está el cielo muy azul y en los aires reina completa calma; cae el sol sobre la tierra en raudales de fuego.

—Mirai, mirai bien chicos, á la laguna de Gredos; mirai como de ella sale una nube más renegra que el carbón ¿véisla?

—Si que la vemos padre—contestan á estas palabras un par de mozos atezados, más bien bajos que altos, delgados, fuertes y nerviosos, tipo general á los habitantes de la sierra de Guadarrama.

—Será milagro que no tengamos nublao, y

apuesto á que no tarda en venirse pa acá el maldito. Si como barrunto trae piedra, válganos la Virgen del Seto.

El tío Cenceño, que era el que así hablaba, tenía en el pueblo fama de muy ducho en las predicciones del temporal. Recostado contra una gruesa y secular encina que junto á la iglesia se alzaba arrogante, miraba al cielo, inquieto, sudando á mares, pues el calor que hacia era mucho. Al buen hombre y á sus hijos que con él conversaban, fuéronse uniendo poco á poco los vecinos del pueblo que no estaban de faena en el campo y gran número de mujeres y niños.

Las frases que el tío Cenceño prefería en baja voz, sobre la marcha del nublado, eran repetidas miedosamente por cuantos le rodeaban.

¿Qué sería de ellos, pobres labradores, si un pedrisco arrasaba la campiña, hermosa y lozana cual nunca se había conocido?

Al solo pensamiento de semejante catástrofe muchos pechos se oprimieron y suspiraron doloridos; expresiones y gritos de terror salieron de los labios de aquella sencilla gente, no siendo poca la que, penetrando en la iglesia, se postró de rodillas y pidió, fervorosa y humillada, amparo y protección al Dios que todo lo puede.

Se encapotaba el cielo rápidamente. Ningún ruido interrumpía el profundo silencio que por todas partes reinaba. Los pájaros ocultos en la arbolada, dormitaban ó se escarbaban el plumaje con el pico. Tan sólo algún grillo, asomado á la entrada de su cuevecilla, se atrevía á romper tal quietud con el rozar levisimo de sus élitros endebles.

Un trueno sordo, algo lejano, dejóse oír hacia el Sur donde, entre altas montañas, está la laguna, en el país conocida con el nombre de Gredos. Toda aquella parte sumiase en profundas negruras. Sombras como de crepúsculo que fenece inundaban el espacio á paso de gigante. Otro segundo trueno más cercano y ruidoso, retembló en el cielo, precedido del resplandor rojizo de un relámpago, al cual inmediatamente siguieron varias exhalaciones que rasgaron la tenebrosa nube en distintos sentidos. Comenzó á escucharse cierto rumor leve, extraño, un ruido especial, semejante al que produjera un tren deslizándose por honda y apartada sima. Un golpe violento de aire cálido voló por la tierra, estremeciendo la arboleda, formando olas é inmensos remolinos de polvo en las cañadas y caminos. Por la carretera que en un buen trecho faldea la serraña, uno de esos remolinos, volteando rápido, elevándose hasta la misma nube, corrió como im-

pulsado por fuerza loca, cayó á un barranco, salvó un puente, bebió en las aguas que en la hondonada rujen, para luego subir y desaparecer tras un cerro, como un fantasma, al tiempo que un nuevo relámpago delumbrador fulguraba un instante, y que un trueno tumultuoso, potente, estallaba en el espacio.

En seguida unos granizos tamaños como avellanas, comenzaron á caer chocando en la tierra con apagado, fatídico ruido, botando en los cantos con sonoro chasquido. La nube descargó de allí á un segundo con violencia espantosa, horrible; veíase todo blanco, blanco; ni á dos pasos de distancia se distinguían los objetos; el torrente de piedra se precipitó devastador, castañeteando clamoroso entre el ensordecedor retemblar de los truenos y la roja lumbre del continuo relampagueo. Vibraba la tierra cual si la agitase un terremoto; pareció en aquellos momentos que iba á abrirse, á resquebrajarse, á hacerse añicos.....

Pasaron unos minutos; fué cediendo la violencia del espantable meteoro; se desprendió de la nube el último granizo y un rayo de sol surgió repentino, alegre, para huir al instante como aterrado por lo que vislumbró.

Continuando su marcha desastrosa alejóse hacia

el Norte la nube de piedra, ruiendo cual debe de rujir hambriento mónstruo que va saciando su voraz apetito.

En el pueblo todo es lágrimas, sollozos, desesperación. Agobiados por el dolor, los infelices campesinos, corren unos frenéticos hacia sus tierras, poco antes tan lozanas, convertidas ahora en mar de hielo, destrozadas, muertas; otros, los más, rompen en ayes desgarradores, abrazándose á sus mujeres y á sus hijos, quienes también llenan el aire con sus lamentos.

La cosecha, su única riqueza, el sostén de su vida mezquina, está perdida; el trabajo y el sudor de tantos meses fué destruído en un momento. ¡Horrendo es el porvenir que les aguarda! Los amos de los campos pedirán sus rentas y no tendrán con qué pagarlas. Llegará el invierno, el crudo invierno de la sierra, y ya el fisco les habrá embargado sus ajuares..... La leña que traerán del monte para calentarse será preciso irla á vender á bajo precio, para no morir de hambre; aun así, muchos días los hijos pedirán pan y..... daránles sólo besos y lágrimas.

En la iglesia del pueblo el cura guía con triste

voz, arrodillado ante el altar mayor, padrenuestros y avemarías que son contestados entre sollozos por buen número de aquellas pobres gentes, las cuales poco á poco van penetrando en el templo, ansiosas de buscar un consuelo al acerbo dolor que las abruma.

No lejos de allí, el tío Cenceño, subido á un peñasco, muestra furioso á la nube que se aleja sus puños por el trabajo encallecidos, mascullando horrores y echando centellas por los ojos.





ANTONIO DE PADUA.

VAYA y que no fué poco el alboroto y algarrabía que en el Rocal se armó la mañana aquella brillante y esplendorosa, cuando el tío Zancas el sacristán, temblando de emoción, entre serio y sonriente, poseído de la importancia grande del acto que iba á realizar, cogió con mano vacilante el badajo de la campana nueva y..... primero con golpecillos desiguales, semejantes á esas tentaciones de risa que asoman al rostro cosquilleando en los labios, bailoteando por todo el cuerpo; con sonos ya más francos y rápidos luego, alocadamente después, anunció al vecindario, repiqueteando á más y mejor, que *Antonio de Pádua*

la campana fundida de nuevo, era toda una señora campana, bien entonada, clamorosa y alegre como unas Pascuas!

El magistral repique lanzado á los cuatro vientos y con la debida solemnidad por el tío Zancas que, rígido cual una momia, sin pestañear, coloreaba de puro gozo, fué recibido entre jubilosa greguería de los chicuelos, quienes, tirando por el alto sus boinas y sombreretes, deshaciéndose en piruetas y brincos, silbaban aturdidamente, metiéndose los dedos en la boca ó gritaban hasta desgañitarse. Los hombres y mujeres también armaron no pequeña batahola, asaetando miradas, en las cuales entreveíase algún vislumbre de admiración, en la chata y cetrina faz del sacris, el que, en tales instantes supremos, maldito si se cambiaba por el Gobernador de la provincia ni aun tan siquiera por el señor Obispo de la Diócesis, personajes á quien el tío Zancas, salvo el señor rey de las Españas, equiparaba á los mas altos, encumbrados y omniscientes habidos y por haber en las cinco partes del mundo.

Rin, trin, trin, riquiritrin..... tanto el hombre se entusiasmó, tanto y tanto llegó á repicar, que el señor cura, luego de enviarle varios recados de los cuales el sacris ni se dió cuenta, hubo de subir á la torre y sujetarle fuertemente las mu-

ñecas, mientras le vociferaba en los oídos con cara de risa: «¡Basta, hombre, basta!»

Antonio de Pádua, la campana nueva, se había fundido con el metal de otra llamada «Trifina» la cual llegó á estar tan cascajosa y sorda que daba no se qué oirla. Todos los días el señor cura aguantaba á pié firme las interpelaciones de vecinos y vecinas encaminadas á rogarle sustituyese la tal campana con otra nuevecita y sonora. Estos deseos del vecindario, avivávalos muy mucho un resquemorcillo que tenía su origen en otra campana de penetrante son, por demás ufana y finchadota, recientemente colocada en la iglesia del cercano pueblecillo de Navares, el que está en la misma falda de la montaña nombrada de «la mujer muerta». Los domingos, sobre todo, llegaba á cólera el resquemor latente en el vecindario rocalés..... Ni que lo hiciera el propio diablo; no más, «Trifina» comenzaba á cascajear con apagado y gangoso golpeteo, semejante á tosecilla senil, ronca y angustiada, de manera que daba lástima y compasión oirla, pues no parecía sino que cada choque de su badajo quebraba ó rajaba cruelmente su mohosa y decrepita armazón; la otra, la campana de Navares, reventando

de orgullo, pomposamente, daba también su toque, el cual llegaba sino había añublo ó nevasca, limpio, brioso, socarrón y burlesco. Sus poderosos *tam, tam*, eran, no cabía duda, otros tantos impudentes y procaces insultos al otro bronce achacoso y desabrido.

¿Quién podía oír aquello con calma? ¿Qué paciencia—señor cura—era capaz de resistir chacota semejante, tan pronunciado y repetido sarcasmo, risa tan odiosa? Porque, era la cosa clara como la luz del sol: la campana de Navares se burlaba, se reía cínicamente de la rocalesa, la cascada y vieja «Trifina»

Un día, un domingo, después de misa, todo el vecindario del Rocal, y sino todo la mayor parte, rodeó al sacerdote, no más salió del templo, en actitud resuelta.

—Señor cura: en nombre de todos los presentes—dijo un caracterizado rocalés—he acordado decir á usted que, ó ponemos de seguía una campana nueva en la torre que se oiga en seis leguas á la rionda, ó no dejamos un navareño vivo.

El padre discurrió que, puestas así las cosas, el mejor día iba á haber una trifulca de todos los demonios entre los habitantes de los dos pueblos. Luego, mirándolo bien ¡que cogollo! si hacía fal-

ta una campana nueva. Eran hasta una vergüenza y un desacato aquellos toques de la «Trifina» parecidos á trasteo de latas abolladas, origen á las veces, de ocurrencias bien contrarias á la idea ó deseo santo que inspirar debían en los feligreses. A Zancas, el sacris, en más de una ocasión habia tenido que librarlo de las insultantes pullas ó dichos burlescos con que solía obsequiarle el vecindario. Un anochecer, al dar el toque de oraciones, todos los chicos y aun algunos que no lo eran, regaláronle los oídos con una silba descomunal y con gritos de «¡que baile el sacris!» y—esto no debía mentarse—pero hasta hubo quien dijo: «¡que baile el cura!» Como se vé, el asunto tomaba un cariz que ¡vamos! no era para desatendido. Eso de «¡que baile el cura!» poco á poco; el cura vería ¡ea! vería de solicitar á quien correspondiese, como Dios manda, con mucho brío y mucho ánimo, una campana para la iglesia del Rocal que dejase tamañita á la de Navares.

Saber el vecindario esta decisión del padre de almas, y rodear su casa, baila que tē baila, mozas y mozos, al son del tamboril y la dulzaina, grita que te grita la chiquillería, todo fué uno. La manifestación se verificó al rayar del alba, pues la escarada de los sembrados y aradeo de los barbechos,

no permitía otra cosa. Asistieron también al acto los hombres de peso en la localidad, tales como el señor alcalde, el médico, el juez de paz, el maestro, etc. Hubo quien dió vivas al cura, calurosos y de verdad y quien dió mueras á los navareños, sobre todo á la tal y la cual de su campana, la muy...

Costó trabajo, vaya si costó, subir á la torre al *Antonio de Pádua*, el bronce sonoro, así bautizado por su Ilustrísima, el señor Obispo de la Diócesis.

Atóse á un grueso cuartón de roble que en el vecino monte se cortó exprofeso, una buena polea, de la ciudad hecha venir al efecto; luego polea y cuartón se ascendieron á lo alto de la torre, donde el madero fué sujeto convenientemente con sogas y cadenas. La llegada del carro en el que la campana venía, se celebró con aclamaciones y gritos de júbilo partidos del vecindario todo del Rocal, que se apretaba en el atrio de la iglesilla, clamoroso é impaciente. Entre grande alboroto se bajó la campana del carro y, en seguida, los mozos más robustos y de empuje, previo el indispensable escupitajo en las callosas manos, trabáronla en la maroma que de la polea colgaba y de allí á poco

comenzaron á tirar de ella bruscamente..... Las mujeres, que como buenas serranas no desdeñan jamás cualquier trabajo corporal, por rudo que sea, tiraban á su vez de otra cuerda destinada á impedir rozasen con las paredes de la torre los bordes de la campana..... Después de colocada, ya va dicho, el tío Zancas, el buen sacris, repicó con furia, con ardor..... para que lo oyeran bien los vecinos de Navares.

—¡Ánda, anda, que rabien!—murmuraba aquel fiel intérprete del sentimiento popular, dale que le darás al badajo, y «¡que rabien!» decíanse también unos á otros los rocaleses, retozándoles la alegría por todo el cuerpo, locos de contento.

Hasta que el señor cura, que también para sí—esto en secreto—habíase dicho: «¡que rabien!» tuvo que intervenir, sujetando por las muñecas al traspuerto sacris, gritándole en los oídos con cara de risa: «¡Basta, hombre, basta!» Porque, ciertamente, ya la cosa pasaba de castaño obscuro y además, cual puede suponerse, el señor sacerdote no era hombre dado á ensañamientos.





EL TÍO ROQUE Y SU MANÍA.

PABLETE bajaba hacia el molino, de prisa, montado en el asno más corretón y fuerte de los que le estaban encomendados para llevar harina al horno. Eran doce los tales animales, vivarachos casi todos y jóvenes, siempre con ganas de retozo y juego, y obedientes á la voz de Pablete, quien, poco paciente, pronto sustituía al grito enérgico y breve, tremendo varetazo que obligaba á andar á los borricos, de lado, más de veinte varas de camino, si iban cargados con los costales, y si de vacío, á fé que no se sabe, ni puede saberse, hasta donde alcanzaba el poder singular de la vara del mozo, porque mozo era y garrido; al menos, así asegurábanlo en sus paliques las muchachas del barrio de San Lorenzo, donde el molino estaba y donde habitaba Pablete.

Y no se crea que el tal era ningún Adonis por lo bien parecido, ni Hércules por lo forzudo, ni Apolo por lo tierno, enamorado y sensible. Nada de eso. Era pequeño de cuerpo, regordete, musculoso, duro, que no parecía sino que lo habían encallecido á varadas como el hacia con la tropa asnal que tan á maravilla manejaba. Tenía negros los ojos, negro el pelo, que siempre llevaba cortado á punta de tijera, negras las cejas, pobladas de modo que parecían matorrales espesos sembrados en la lisura de su frente ancha y cuadrada. Vestía pantalón de campana; bailábanle los pies en holgadas alpargatas, y el busto cubríalo con blanca camisa de lienzo grueso, un chaleco de pana gris, muy adornado con botoncillos de metal, negras cordonaduras entrelazadas y otras zarandajas, y una blusilla azul llena de pliegues, abierta por delante. Todas estas prendas blanqueaban con el polvillo espeso de harina á ellas adherido.

Bajaba hacia el molino Pablete cariacontecido y mustio. No lanzaba al aire como otras veces alegres y picarescas coplas, de las que él sabía, que no eran pocas. Los asnos, viendo el poco caso que de ellos hacía el mozo, caminaban como querían, cada uno por su lado, solazándose y brincando á su gusto. El camino por donde iban era estre-

chuco, y á los bordes crecía la hierba verde y lozana, en la que pacían los borricos con fruición, según andaban y correteaban. Esto, que en otras ocasiones costábales algunos varetazos, sin previo aviso, no era ahora notado ni visto en apariencia..... Pablete, á horcajadas sobre las recias ancas de *Rondeño*, baja la cabeza, la blanca boina echada atrás y la vara sujeta al cinto, no reparaba—decimos—en la indisciplina y excesos de los asnos. Pensaba, dándolo vueltas y más vueltas, en la Doloritas y en su padre.....

—¡Canijas!—decíase para sus adentros—¡Canijas!, que casualiá que yo ande despepitao por esa chica, y que el tío Roque sea quien la mantiene; si no fuea por eso, ya le diría al mochila rota si soy yo capaz de enviarle una quantá bien dáa al lucero del alba..... ¡Qué yo no pueo ser valiente porque no me tocó la quinta, ni he andao en las guerras, ni he probao el pan de munición! Pues que iga, que iga Juanote, el hijo del Alcalde de barrio, y Pedrón el del molino del Amparo, y *Campanilla* el municipal; que vengan é igan á qué saben las gofetás que les han regalao estas manos, por mor de la Dolores, que por mor de esa eslabazá había de ser!..... ¡Canijas y qué barbariá la del tío Roque! Decirme á mi que no soy dino de la chica ni que con ella me

pueo casar porque entoavía él no sabe si soy valiente ó si dejo de serlo; que no me he probao en la melicia como él, ni he comío el rancho, ni sé cómo suena al oído una pelailla de fusil! ¡Rediós y que manera de iscurrir!.... Como si no hubiea más valientes que los que van á guerrear porque lo mandan.....

Así iba Pablete razonando, cuando unas voces descompuestas y desafortadas distrajeron su pensamiento. Era el tío Rana el hortelano, que ponía el grito en el cielo, porque los borricos que el mozo conducía tan á la descuidada, habiáanse metido er su huerta y estaban pisoteando y arrancando, muy á su gusto, lechugas, repollos, zanahorias y cebollinos.



Había comenzado la otoñada con abundantes, fecundas y copiosas lluvias; el río Eresma, que en verano apenas si merece el nombre de arroyo, iba ahora crecido, turbio, metiendo bulla y muy orgulloso, como chicuelo que, de pronto, por arte mágica se viese convertido en hombre hecho y derecho.

Un poco más arriba del caz del molino, llamado de la Chorrera, hallábanse cierta mañana en que

el sol habíase dignado enviar algunos tibios resplandores á la pequeña barriada de San Lorenzo y á las otras fronteras y aun acaso á toda la ciudad, hallábanse, decimos, trasteando y fregoteando en blancas y diversas ropas, una media docena de lavanderas, entre las que estaba la mejor moza del barrio que traía tan á mal traer al enamorado Pablete: la hermosa y tierna Doloritas.

Junto al agua, en sitio donde la corriente era bastante rápida, arrodillada sobre su banquillo de madera de pino, Doloritas cantaba, jabonaba y golpeteaba una sábana sobre la ancha y lisa piedra que delante tenía, de prisa, sin dar paz á las manos que, aunque ásperas y morenas, eran pequeñas y de linda forma. En este trajín estaba, cuando sintió que la tiraban del pañuelico que le cubría la cabeza. Volvióse y vió á Pablete detrás de ella, todo caviloso, hosco y serio, de tal modo, que no se quedó poco suspensa Doloritas al observarle de aquella traza.

—¡Jesús y qué cara de sepultura te traes hombre! ¿Viés á hacer testamento, ú á qué?—dijole al mozo luego de mirarle atentamente con aire no poco asustado. De allí á un rato, Pablete, después de dar una larga chupada en el cigarrillo que sostenía entre los dedos:

—Mira Doloritas—dijo—si estoy así tan enfurruñado y de morro, mis motivos tengo. Ayer estuve con tu padre pa icirle por última vez si consentía en nuestro casamiento y ¡canijas! la de siempre. Me contestó con la cantinela que tú sabes: que naidé que no fuea un valiente bien probao se llevaría á su chica; que no sabía si yo lo era ú no y que en cuanto que lo supiera, me diría sí, ú lo otro..... Ya ves tú, Doloritas, que si á cualisquier cristiano le icen esto una vez, dos y veinte, llegará á pensar que tu padre ó está tocao de la cabeza ó no quié que tú te cases con un pobretón como yo..... ¡Canijas! Doloritas, que ya estoy por hacer una barbaría pa que se vea que no soy ningún lilaila y que tengo valentía pa partir por el eje de una varáa al más guapo.....

Dolores, que echaba la postrer jabonadura á la sábana que lavaba, ya más blanca que la nieve, rompió á reir al escuchar estas frases del mozo.

—¡Demónico! Pues no te da á ti poco fuerte, hombre; no estás poco enfureció! Mira; lo que otras veces te ije, te digo hoy: mi padre, como es ya viejo, tié sus manías; le ha dao ahora por eso de la valentía y hay que ejarle hasta que se le pase, que apuesto que no tardará.

—Dios te oiga, resosona, eslabazá, que si no... ¡canijas! que hago *una*, que por to el mundo ha de saberse si Pablete es un valiente ú que.

Y al decir esto el mozo, cogió por un hombro á Doloritas y apretóselo tanto á modo de caricia, que ella lanzó un grito de dolor.

La muchacha, en venganza, envióle tal rociada, que entrándole el agua por el cogote le llegó hasta la cintura.

El tío Roque, el padre de Doloritas, poseía una casa mucho menor que el palacio del Ayuntamiento y un poco mayor que un puesto de avellanas de los que en la plazuela del barrio se instalaban el día del «santo» de la parroquia.

Era dueño, asimismo, de un par de buyecillos y una borrica y no dejaba de haber quien decía que en la Caja de Ahorros de la ciudad, figuraban algunos cientos de reales impuestos á su nombre.

El caso es que vivía con cierto desahogo; que hacía *matanza* todos los años y que su hija acostumbrada á vestir mejor que ninguna de las de su clase.

El tío Roque concluyó pronto su labor en las tierras, la mañana aquella en que Pablete refería sus penas á Doloritas, orilla del río; se dirigió,

pues, el hombre, á casa, en busca de *los garbanzos* y el vaso de lo tinto. Distraído iba, echando no sé qué cuentas con los dedos y silbando á ratos algo parecido á dianas y retretas de caballería, cuando al pasar por el puente que estaba algo más arriba del caz del molino, acertó á ver á su hija en parla con Pablete. Entonces llamó á gritos á la chica, y no sólo la llamó sinó que acompañó á su nombre palabras tales como *desvergonzá y descastaota*.

Pero, que si quieres; parte por el ruido que el agua hacía al chocar y retorcerse entre las peñas, y parte también por lo animado é interesante del amoroso coloquio que el mozo y la moza sostenían, á juzgar por sus ademanes, movimientos y risotadas, acaeció, que las voces del tío Roque perdiéronse en el vacío, lo cual fué motivo á que, montando en cólera, dirigierase el hombre con ademán airado hácia las rocas que al otro lado del río daban frente á donde Pablete y Doloritas se encontraban.

—¡Chica, endina,—volvió á gritar iracundo el tío Roque—á casa presto, si no quiés dir por los cabezones!

Para decir esto, se encaramó á un peñasco puntiagudo, cuya base lamian las ondas turbias y espumosas de la corriente, por allí muy honda y

arremolinada.... Ver á padre Doloritas y verle resbalar y caer al río dando vueltas y traspiés, todo fué uno. La muchacha dió un grito de terror, cruzando las manos sobre el pecho y á pique estuvo ella también de deslizarse al río. Pablete, haciéndose en seguida cargo de lo que pasaba, quitóse la blusa, el chaleco y las alpargatas en un santiamén y se echó al agua.... Nadando con vigor, sorteando denodadamente las rocas, luchando á brazo partido con la acelerada marcha de las aguas, dirigióse todo lo de prisa que pudo hacia el remolino donde el tío Roque se estaba per momentos ahogando. Doloritas, mientras tante, pálida como una muerta, llena de espanto y de horror, frenética, daba gritos desgarradores que partían el alma.

Las pocas lavanderas que por allí había, unas cuantas mujeres y chicuelos y varios carreteros que por el puente pasaban, advertidos del caso ellos y ellas, empezaron también á vociferar y á correr en todas direcciones; los carreteros, para prestar auxilio á los que estaban en peligro y los demás, para poner en fundada alarma y conmoción al vecindario todo de la barriada.

—
Un sábado, ocho días despues de la fiesta de la parroquia, que aquel año celebróse con gran pompa

y esplendidez, Doloritas dió su mano á Pablete. El barrio todo se alegró del casorio, porque si la moza era nombrada y estimada por su belleza y buenas prendas, el mozo también lo era, que á honrado, trabajador y listo, pocos le aventajaban. Sólo unos cuantos donceles presumidos, que sin resultado hicieran la corte á la muchacha, y unos pocos despreciables murmuradores y malas lenguas de oficio, renegaron del matrimonio.

El tío Roque, milagrosamente salvado de la muerte por el arrojado Pablete, que, en pocas estuvo si paga con la vida su acto heróico; en la cena de boda, el tío Roque, cuentan que con vibrante voz y acento viril y enérgico á pesar de sus años, proclamó con suma nobleza, que después de él, que *hizo* la Guerra Civil, llegando por sus actos valerosos hasta alcanzar los galones de sargento, no había en el barrio de San Lorenzo otro hombre más cabal y valiente que Pablete, ni chica más guapa ni hacendosa que su hija Doloritas.

Los convidados, entre los que estaba el tío *Rana* el hortelano, creyéronlo de buena fé y levantándose y chocando los vasos, llenos hasta verterse de sabroso vino del Puerto, brindaron alegremente por la salud de los novios y por la del labrador más rico y más *tocao* del barrio, el sin par tío Roque.



¡PRESIDIARIO!

LA casucha donde vive el tío Corcova, como la mayoría de las de Canchales, está hecha con adobes, de modo por demás primitivo y sencillo. Tan vieja es ya, tanto han trabajado en ella las lluvias, los hielos y los vientos, que sólo por un milagro se conserva en pie. El mejor día, cuando menos se piense, viénese abajo y, seguramente, de entre sus escombros habrá que sacar al tío Corcova hecho polvo.

El buen hombre es cestero. Siempre con sus mimbres, entrelazándolos y recortándolos de diverso modo, en la boca su cigarro de papel tamaño como un cigarro puro, gruñendo y canturreando, pásase monotonamente la vida.

No se trata con nadie. Con el alba comienza su

trabajo y al anochecer lo deja. El sólo se hace su comida, que suele consistir en unas sopas y unas legumbres cocidas. Con una hogaza tiene pan para la semana, y con un traje de grueso paño de Bernandos, lo menos para una media docena de años. Sin auxilio de nadie remienda su ropa y clavetea y recompone sus fuertes zapatos.

El tío Corcova vive, hasta cierto punto, feliz y contento.

Tiene sus manías. Una de ellas es su aversión al vino; otra, la mayor, su odio á los chicos.

Si alguna vez al pasar cerca de la taberna, un convecino, de los que allí nunca faltan, le ofrece un vaso de lo de *Ribera*, que de otro no hay en el pueblo, lo rechaza con gesto de horror y aprieta el paso.

Su odio á los chicos es más bien temor, y grande. Algunos de estos al salir de la escuela suelen ir á tirar cantos á las ventanas de su casucha, mientras que con sus vocecillas agudas dicenle á gritos: ¡*Presidiario, presidiario!*.....

El tío Corcova, entonces, palidece, contrae sus rudas facciones, tiembla de pies á cabeza, rechina los dientes, y á veces se retuerce los brazos con desesperación.

Vino un invierno, hace ya bastante años, como suelen venir todos los inviernos, seguidos de su imponente comitiva de frios, hielos y nieves. En los pueblos de la sierra la gente vegetaba más que vivía, consumiendo sus ahorrillos miserables del último verano, para devorar unas malas patatas cocidas con sal, y unos mendrugos de pan duro de centeno. La leña escaseaba. Las *suertes* de ramaje al pueblo concedidas á nada llegaban, y como la Guardia civil andaba con el ojo alerta vigilando el cercano pinar, nadie osaba traer para casa ni un tocón ni un arbolillo de los que el monte tenía de sobra.

En Canchales, pueblecillo de unos ochenta vecinos, encaramado en una colina, estribo de altísima, escueta y escarpada montaña, se celebró un día del invierno antedicho, el sorteo de quintos, porque así tocó entonces. A pesar de la ventisca helada del Norte que soplabá con furia, llevando en su seno copillos de nieve endurecidos, los mozos sorteables, juntos con sus padres, madres y hermanos, habían asaltado la casa Ayuntamiento, donde, debido á tal causa, reinaba una completa confusión y un tremendo griterío.

Corcovilla, hijo del tío Corcova, que también fué Corcovilla en sus tiempos, transformación que

el Corcovilla actual sufriría á su vez andando los años como la sufrieran distintas generaciones de Corcovas; Corcovilla, decimos, natural de Canchales y de veinte años de edad, había sacado el número **1** en el sorteo.

Mientras su familia se encaminaba á casa llorando y lamentándose, el mozo, en unión de los otros que como él *cayeron* soldados, se metió en la taberna para comenzar el *copeo* que había de ahuyentar la tristeza y la pena que ya, tenaz, escarabajaba *adrento*, en lo más hondo.....

Llegó la noche, y Corcovilla y sus compañeros aun continuaban sus libaciones. Chupando y rechupando delgados y negruzcos puros de á cuarto, rugosos, contraídos y casi apolillados; tañendo uno de los quintos mugrienta y desvencijada guitarra, con más parches que clavijas y más clavijas que cuerdas; cantando por turno con enronquecida voz coplas y coplas, entonando todos á coro al final de cada una picaresco estribillo, con la cabeza vacilante é insegura, salieron los mozos de la taberna dispuestos á *correrla*, á pasar la «noche de quintas» según antiguo uso, haciendo estropicios, destrozando cuanto á mano hallasen, entre gritos, voces y silbidos.

De ese modo y manera recorrieron todas las ca-

llejuelas del pueblo hasta que fueron á parar, sin saber cómo, frente á la casa del tío *Buendía*, honrado *gabarrero* (leñero), el cual era padre de una moza que la fama justamente pregonaba como la más guapa del lugar y sus cercanías. Por ella muchos labios suspiraban y muchos cantares se componían; pero sin resultado, que era la chica desdeñosa y *despegá* como ella sola.

Corcovilla, que estaba por demás beodo, concibió un proyecto disparatado. Era este, asaltar la casa rompiendo una ventana y..... dar un susto á la chica. Dicho y hecho; los otros mozos aceptaron la idea con bastante entusiasmo, pues era cosa corriente dar sustos en «noche de quintas.» La ventana, que estaba á poca altura del suelo, cedió sin esfuerzo..... Corcovilla entró en la casa. Una vez dentro, quiso orientarse, más no había aún andado tres pasos tentando la pared, cuando héte aquí que se abre una puerta y aparece el tío *Buendía*, en paños menores, hecho un basilisco, con una tea encendida en la mano izquierda y en la derecha un grueso y nudoso garrote.

—Fuera de aquí presto, bruto, si no quieres salir á estacazos,—le increpó duramente, presa de la mayor indignación.

La Petra, así la moza se nombraba, medio cubier-

ta con un refajo, temblando de miedo, se agarraba á su padre demudada, lívida. Pintábase en sus facciones el más vivo y profundo terror.

Corcovilla sintió que se le iba la cabeza. Bamboleándose y riendo estúpidamente, avanzó hacia donde la moza y su padre estaban. El tío *Buendía*, entonces, le sacudió un fuerte garrotazo en un hombro, que por poco lo balda..... Corcovilla, loco, frenético, balbuciendo un horrible juramento, sacó una navaja de un bolsillo de su chaqueta y la hundió en el pecho del tío *Buendía*.....

Lanzando un grito desgarrador, abrazada á su padre, cayó la Petra con él al suelo; y el mozo, queriendo huir, se tiró por la ventana, tan torpemente, que se abrió la cabeza contra un pedrusco de los que en la calle había, quedando allí tendido, sin movimiento. Los otros quintos corrieron despavoridos en todas direcciones, dando tumbos y traspiés; habían visto lo ocurrido, y aunque su embriaguez era mucha, no por eso dejaron de comprender que acababan de ser cómplices de una mala acción.

—

Cuando Corcovilla volvió á Canchales, después de cumplir larga condena en una prisión del Estado, lleno de arrugas el rostro y de canas la cabeza,

el tío *Buendía* vivía aún, aunque cargado de años. De la puñalada había curado, por fortuna, casi de milagro.

Corcovilla, hondamente arrepentido de su delito, cometido en un raptó de locura, fué á pedirle perdón postrado de rodillas, perdón que el viejo gabarrero le concedió de buen grado.

Es desde entonces Corcovilla el *tío Corcora*, el buen cestero que honradamente vive dedicado á su oficio, el cual aprendió en el Presidio.

Pesaroso de su falta, horrorizado de ella, huye de la taberna y tiembla y palidece cuando los chicos traviesos al salir de la escuela le tiran cantos á las ventanas de su casucha, gritándole implacables:

¡Presidiario, presidiario!





EL CUBIERTO DE ORO.

ALGO antes de anochecer había terminado aquel día la tarea en el molinillo de papel. Jeromo descansaba arriba, en la cocina, de su trabajo, esperando á que «madre» que había ido por agua á la fuente, viniese para darle la merienda.

Cuando la buena mujer, á quien en el barrio nombraban *señá Rosa*, con su cántaro en la cadera, de prisa y corriendo, llegó á la casuca del molinillo, estaba hecha una sopa, pues llovía que era un gusto con esa calma y copiosidad propias de las lluvias de otoño. En la mano que le dejaba libre el cántaro traía un papel encarnado que le diera en la fuente una vecina, la cual, á su vez, lo había recibido de

manos del ciego *Tortas*, que andaba repartiéndolos por el barrio.

—¡Hola, hijo!—exclamó alegre la *señá* Rosa al tiempo que penetraba en la cocinilla,—mira, mira cómo vengo de calá..... ¡Maldecío tiempo!

Luego, agarrando el cántaro por el asa, le volcó en la panzuda tinajilla que estaba cercana al fogón.

Jeromo no había contestado al saludo que le hiciera su madre. Se encontraba abstraído, triste; sentado en una banqueta de madera de las que en el país usa la gente pobre, con los codos apoyados en las rodillas, echada la gorra hacia atrás, daba las postreras chupadas á la colilla negruzca de un cigarro de papel, cuya lumbre llegábale casi á los labios. Su madre que le vió en esa traza, después de observarle breves instantes, suspiró hondamente. Creyó sospechar el motivo de la preocupación de su hijo. Se llegó á él con paso tardo y le puso cariñosamente una mano en el hombro.....

—Dí, Jeromo—le preguntó con alguna ansiedad,—¿cómo está el General? ¿va tirando? ¿ha resistido bien hoy la faena?

—No, madre—contestó Jeromo con pesadumbre;—el mulo se nos muere de viejo; hoy no ha dado ni ocho vueltas seguidas á la máquina; luego tam-

bién, cada vez se le hace mayor esa matadura que le ha salido en el lomo y que con nada se le remedia.

Al acabar de decir tales palabras, Jeromo miró á su madre, fijándose entonces en el papel colorado que esta conservaba aún entre sus dedos rugosos y curtidos. Pidióla el tal papelucho con una seña, y luego, con gesto distraído, á la escasa y vacilante llama de la ramera de pino que ardía chisporroteando en el hogar, lo leyó todo poco á poco, quedándose después algo caviloso y meditabundo. Sus facciones pronunciadas y morenas fueron luego animándose, y la mirada, antes un si es no es apagada de sus ojos grises, comenzó á hacerse viva é intensa....

—¿Y por qué no? vaya,—murmuró de pronto—¿no es verdad, madre,—continuó levantando la voz,—que si yo fuera esta noche á eso, al teatro.... me podría tocar nada menos que un cubierto de oro que va á rifar un jugador de manos? Vaya, madre, ¿á que sí? ¿á que voy á la función y la traigo para cenar, si usted me espera, un tenedor y una cuchara de oro reluciente?

La *señá* Rosa, que se había puesto á mondar unas patatas, sintió que se la venían las lágrimas á los ojos. ¡Era mucho hijo aquel! De nada se asus-

taba, *ná* le encogía..... Dado caso que el General se muriese, habría que parar el molinillo y vender la maquinaria; estaban *empeñaos hasta el alma*..... y el hijo aquel *bendeció* pensaba aún en tratarla como á reina..... Se fué á él, le abrazó y le besó ruidosamente en los carrillos, llorando, y en seguida desapareció para volver al instante con algunos perros grandes que dió á Jeromo diciéndole: «Anda, hijo; toma lo último que hay en casa y que Dios te dé buena suerte. No ha de ser tu madre quien te quite esa fe que tú tienes.» Jeromo, conmovido, se echó las monedas al bolsillo y se marchó, siguiéndole con los ojos la buena mujer, que no más perderle de vista, púsose á rezar fervorosamente, suspirando al par que reanudaba su labor de mondar patatas para la cena.

Un gatazo ceniciento penetró ligero y silencioso por el ventanillo que daba luz á la cocina, yéndose, acto seguido, á maullar zalamero y á restregarse el lomo, enhiesto el rabo, en las mismas faldas y manteos, aun húmedos, de la *señá* Rosa.

En el relój de la catedral sonaron las diez, las once, y Jeromo no parecía. Su madre, sentada junto al hogar, en el que había un buen rescoldo de bolas de corteza de las que venden en las tenerías,

entrelazaba puntos y más puntos en la media azul que tenía entre manos, subiendo y bajando las agujas, dando, de tiempo en tiempo, un brusco tirón al hilo, que, haciendo saltar al ovillo caído en el suelo, era causa para que el gato, que se calentaba junto al rescoldo, se volviese rápido, brincase y lo parase con sus uñas afiladas, lanzando relámpagos por los ojos.

La *señá* Rosa intentaba castigarlo propinándole un trastazo con el badil, pero nunca dábase el caso de que lo recibiera el felino malandrín, pues en un periquete, antes que el badil anduviese por el aire, ya estaba él oculto tras la tinajilla del agua.

Afuera llovía sin cesar, pero no apaciblemente como al anochecer. De cuando en cuando, violentas ráfagas de viento entraban por la chimenea con ruido sordo, soplando el rescoldo y esparciendo la ceniza..... La *señá* Rosa oyó la primera campanada de las doce en el instante mismo en que sus labios trémulos de anciana concluían de murmurar una oración.

Jeromo no llegaba; se asomó al ventanillo.....
«¡Jesús y qué noche!»

Una idea comenzó luego á escarabajearla en el caletre. ¿Cómo estaría el General? Vamos á verlo —dijóse de allí á un rato de pensar en ello. Cogió

el velón, colgado en la chimenea, y se fué abajo, al cobertizo del corralillo, que era la cuadra del mulo.... General estaba tumbado á la larga, de costado, con las patas rígidas, enseñando los pocos y averiados dientes que le quedaran y con los ojos vueltos y vidriosos. La *señá* Rosa le llamó á gritos, le empujó, le pegó, y nada..... General había muerto.

Gran pena y desconsuelo acometió á la mujer. «¡Qué desgracia, señor, qué desgracia!»—exclamó cruzando las manos y llorando á lágrima viva. Al mismo tiempo sonaron en la puerta de la calle grandes golpes precipitados..... Era Jeromo. La *señá* Rosa fué á abrirle, toda hiposa, gimiendo y limpiándose los ojos con la punta de su delantal.

—Todo sea por Dios, hombre—dijo no más ver al hijo aquél de sus entrañas.—¿Sabes? Se ha muerto el General.....

—Pues mire usted, madre, peor fuera no verlo—contestó á esto Jeromo, saliéndosele la alegría por todo el cuerpo, retozándole la risa en los gruesos labios.

Se desprendió de la manta en que venía embozado, con una brusca sacudida de sus brazos, y, al tiempo que tiraba la gorra por el alto, acción que aterrando al gato hizole salir disparado y bufando

de la cocina, sacó de un bolsillo del chaquetón un estuche, y del estuche una cuchara y un tenedor que se llevaban los ojos con su destello áureo y deslumbrante.

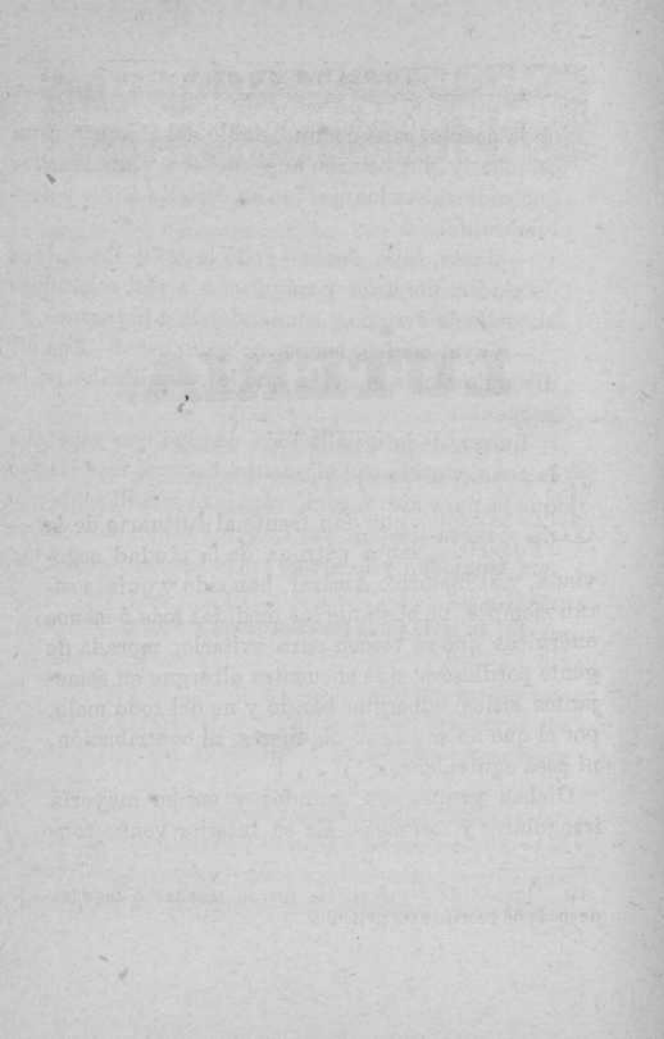
—¡Jesús, hijo, Jesús—gritó la *señá* Rosa, loca de placer, llorando y riéndose á la vez, echándose al cuello de Jeromo y comiéndoselo á besucones.

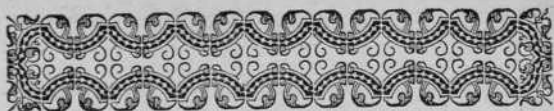
—Vaya, madre, bueno..... quite usted—dijo él, disimulando la emoción que le cosquilleaba en la garganta.

Luego, de la mesilla baja de pino que esperaba la cena, vestida con el mantel bastote, más blanco que la pura nieve, cogió rápido el sencillo cubierto de madera de boj que «madre» usaba siempre en sus comidas, y lo arrojó entre las ascuas del hogar

En su sitio puso tembloroso el cubierto de oro.







LUTERIA.

.....■.....

LAS cavernas que dan frente al santuario de la Fuencisla, santa patrona de la ciudad segoviana, y al histórico Alcázar, han sido y quizás serán siempre, no obstante las medidas más ó menos enérgicas que se tomen para evitarlo, morada de gente pordiosera, que encuentra albergue en semejantes sitios; albergue barato y no del todo malo, por el que no se pagan alquileres, ni contribución, ni cosa equivalente. (1)

Dichas grutas son grandes y en su mayoría irregulares y tortuosas. En su interior vense con-

(1) Algunas de estas cuevas fueron tapadas ó cegadas después de escrito este artículo.

fundidos en extraña amalgama el blanco amarillento de la roca caliza que las forma, con el pardo de las delgadas vetas que serpentean por sus concavidades, sin orden ni dirección fija, y con los negros manchones producidos por el humo de las hogueras que dentro de ellas encienden sus moradores con leña hurtada ó dada de limosna.

En una de esas cavernas, en la cual, menudas filtraciones formaran á través de la piedra calcárea, estalactitas finas y primorosas y pisolitas redondas ó elípticas que por su apariencia y suavidad nada tenían que envidiar á las más hermosas perlas, vivía Luteria.

Contaba ésta como unos quince años; era alta, delgadilla, un tanto desgarbada y paliducha; su cabello rubio y lacio desaparecía bajo un pañuelo descolorido, deshilachado por los bordes, que anudaba bajo la barba; de sus ojos, castaños y vivos, partía generalmente una mirada burlona, picante, dura á veces y descarada, y por los pliegues de su boca de labios finos, algo grande, solían escaparse así como relámpagos de un desdén helado que estremecía; el pecho, escaso, cubrialo con otro pañuelo sujeto á la espalda, por cuyas largas desgarraduras, que no eran pocas, salía á luz la tela bastaza de su camisa, rojos pedazos del justillo de

bayeta que envolvía su cuerpo, y algún vislumbre de su nitida piel de muchacha enfermiza.

De la cintura caíale hasta media pierna un manto amarillo, apenas oculto por una obscura saya en la que, en caprichoso desorden, había remiendos de colores diversos y de distintas formas además de algunos rotos que pedían á gritos una aguja que los cosiese.

No usaba Luteria ni medias ni zapatos, por la sencilla razón de que no solía tenerlos. Sin embargo, para los tiempos de lluvias y nieves guardaba unas botas grandes, destrozadas, que daba lástima verlas, torcidas y rotas, de tal modo, que el aire y el agua debían de penetrar en ellas á sus anchas por sus infinitos tragaluces, los cuales ponían al descubierto gran parte de los dedos de la chicuela, callosos, deformes, ennegrecidos por la intemperie, sucios por el polvo y los barro.

En un rincón de su gruta tenía Luteria rastrojo y hierba secos, donde dormía envuelta en una manta ó cobertor raído y delgado, que la diera de limosna en la ciudad un alma generosa, un día de Enero, crudo y helado, de ventisca y asperura.

Era Luteria viva como las *aguanieves*, que andaban ligeras y graciosas revoloteando y picotean-

do por las orillas del cercano arroyo. Gustábala corretear por el monte, saltar por las peñas y andar chapoteando por el agua, riéndose sin ton ni son cuando espantaba á las ranas, que cantaban gravemente, en primavera y en verano, junto á los remansos, ó cuando, deslizándose en el limo de los cantos, se tambaleaba ó se caía, llegándole entonces el agua á los muslos, si no se revolcaba en ella con todo el cuerpo.

Un deseo, un solo deseo vivísimo tenía esta niña andrajosa, inquieta y poco sufrida, que, en medio de su miseria, vivía contenta, aunque solitaria á causa de sus instintos de independenciam y libertad, y de su carácter altivo y desdeñoso como el de una princesa. Su mayor deseo, decimos, su aspiración del momento, su sueño dorado era viajar en el tren.

Todos los días sentíalo correr bullicioso, estremeciendo la tierra por allí cerca, en una curva, al otro lado del cerro, por encima del quebrado valle-zuelo, angosto y ameno de Tejadilla.

Solía Luteria ir á la curva, ya entrada la noche, á acechar el paso del tren correo de Galicia. ¡Era tan largo; llevaba tantos coches! Se extasiaba al ver cómo el tren, deslizándose cuesta abajo, aparecía con su farol rojo, llegaba veloz y se ocultaba luego

tumultuoso en un desmonte, vibrando sordo, entre negra humareda, remolinos de vapor y grandes llamaradas, desparramando en la vía carbones encendidos y chispas deslumbrantes; veía Luteria también, absorta, entre los resplandores que se escapaban por las ventanillas de los coches, rostros de hombre y de mujer, serios ó alegres, taciturnos ó animados, apacibles, enérgicos, vigorosos ó vagos y marchitos, todos huyendo rápidos, algunos iluminados intensamente, destacándose con fuerza.

Un día, por la mañana, Luteria, con gran sorpresa y cierto espanto, contempló cómo un hombre de traje azul y gorra con galón de oro, de pie sobre el estribo de uno de los coches del tren mixto que bajaba desalado por la curva, iba con la mayor frescura agarrado á un asidero de los que llevan aquellos junto á las portezuelas. Aquel hombre, al pasar, la miró distraído, y luego desapareció con el tren.

Quedóse la muchacha un tanto cavilosa. «¡Vaya con el hombre! por fuerza había saltado al coche desde la vía ¡Y ella que creía esto tan difícil!»

¿Por qué iba en el estribo de pie, y no dentro, y sentado en los asientos? Sin duda el muy pícaro había subido al tren de ese modo para ir de balde adonde le viniese bien, para ver tierras, casi vo-

lando como los pájaros. ¿Y por qué ella no había de hacer lo mismo, realizando así su ansia ardiente, su sueño de todos los días?

Luteria echó á andar hacia su albergue, preocupada, triturando con sus menudos dientes una corteza de pan duro, dispuesta á volver por la noche á la curva y subir al tren, como seguramente lo había hecho el hombre de traje azul y gorra galoneada.

Llegó la noche, una noche de primavera, tibia, poética. Los grillos y las *perrillas* daban al aire sus cantos monotonos y chillones; el grito lúgubre del sapo y el charlido de las ranas oíanse también, alternando con el gorjeo metálico y el trino sonoro y brillante de los *silbaroncos* (ruiseñores), que velaban entre las ramas de los álamos, cubiertos ya de hoja tierna y espesa.

De su covacha salió Luteria, de prisa, más pálida que nunca, inquieta y nerviosa. La luna comenzaba entonces, asomando por el horizonte, á enviar á la tierra algunos destellos débiles que casi se ahogaban en las sombras. Silenciosa, luchando por reprimir la inquietud que agitaba su corazón, caminaba la mendiga con paso inseguro, vacilante unas veces, otras ligero y breve. Llegó á la cima

del cerro, y desde allí se volvió para mirar displaciente el Alcázar, que estaba cerca, recortando el cielo con sus torres robustas y sus techos puntiagudos. La Catedral, más lejos, á la derecha, mostraba su mole obscura, lanzando á lo alto, briosa, su torre fuertísima, rematada por caprichoso é impropio adorno, que surgía altivo sobre la media naranja, y su delgado pararrayos, casi imperceptible. La ciudad descansaba tranquila bajo la tutela de sus edificios grandiosos y vetustos, confiada entre los lienzos de su muralla que á trechos la guarda aún, con poca diferencia, como en los tiempos viejos.

Un silbido agudo y penetrante llegó á los oídos de Luteria; el tren venia hacia donde ella estaba, con su paso sordo de coloso.....

Dábala el corazón unos golpetazos precipitados, frenéticos, en lo hondo del pecho..... Dominando como pudo su emoción echó á correr, arrastrada en alas de su deseo ardoroso de todos los días, haciendo flamear, en tal carrera, sus harapos de mendiga.

Enfiló el tren la curva, apartando las sombras con su ojo rojizo y brillante, entre resplandores fugaces y rugidos ahogados, estremeciéndolo todo bajo sus plantas férreas. Torcido, crujiendo, se precipitaba delirante cuesta abajo.....

Llegó Luteria á la via loca de ansiedad, toda sudorosa y jadeante, agitada, pero ya sin miedo, fogosa la mirada, contenta, aspirando el aire á bocanadas, con dos rosas en las mejillas, caído sobre los hombros el pañuelo de la cabeza, suelto y enmarañado el rubio cabello, provocativa, muy bella. Sin darse cuenta, siempre bajo la atracción poderosa de su deseo ardiente, de un salto se arrojó al tren. Quiso agarrarse, asir algo y sólo encontró la nada.... Entonces vaciló, dió un grito horrible de agonía y cayó entre las ruedas, que pasaron sin detenerse, brutalmente, unas después de otras, por encima de su cuerpecillo delicado de niña enfermucha.

El tren, aullando furioso, mordiendo colérico sus frenos, que pretendían contenerle, desapareció vibrando, tensos sus músculos de hierro, devorando el espacio.....

Según iba apagándose el sordo rumor de su carrera, los sapos y las ranas, los ruiseñores y los grillos que, asustados, cesaran en sus cantos, volvían á reanudarlos levemente, poco á poco, con algo de temor; en tanto que la luna, caminando por su senda misteriosa y azulada, inundaba la tierra con sus melancólicos y pálidos rayos.





La cinta verde.

ANTOÑUELA está loca de contenta; no cabe en sí de gozo. ¡Tiene, es poseedora de una cinta verde de seda con flecos y dibujos primorosos en negro y dorado!

¡Y de quién había de ser la idea de hacer dueña á Antoñuela de un tesoro semejante!... De Perico, ni más ni menos que de Perico, un chicarrón grandazo, con una cara de bobalicón que daba gozo mirarle.

¡Y vaya si quería el muchacho á Antoñuela! (Porque claro está que eran novios).

Cuando iba á arar Perico con su pareja de bueyes gordos y lucidos, siempre pasaba por delante

de la casa de Antoñuela, quien salía á la puerta, colorada como una guinda, riéndose locamente, mostrando sus dientes más blancos que un cachito de nieve.

Perico se quedaba parado delante de la muchacha sin saber qué hacer y casi llorando de gozo.

—Anda, sosón,—decíale Antoñuela dándole manotazos en las archas espaldas.

El mozo recibía aquellas caricias bamboleándose de gusto, vacilando sobre sus robustas piernas como si estuviera beodo.

—¡Antoñuela!—exclamaba arrobado, con su voz de bajo profundo—; y de allí á poco se marchaba con sus bueyes, canturreando algo que el diablo que lo entendiera.

Llegó el día de San Antonio, y al bueno de Perico, que había ido á la capital á buscar estiércol, se le ocurrió comprar en un comercio la cinta verde, que le costó dos pesetas, después de mucho regateo y muchas idas y venidas.

Cuando Antoñuela vió aquella tira de tela, parecióle lindísima, y bailó y cantó de gozo, concluyendo por llamar bruto á su novio.

—Oye, Perico; te habrás gastado un capitalazo.

El soltó una especie de berrido, que quiso ser una reconvención cariñosa.

—Cállate—la dijo en voz baja, mientras la apretaba un brazo, de modo tan bestial, que la muchacha lanzó un grito de dolor.

—¡Bárbaro!—gritó ella con toda su alma.—Y le atizó un pellizco tremendo.

Cuando Antoñuela fué el domingo al baile de tamboril, con su cinta verde en la cabeza, no se cambiaba ni por la reina de Inglaterra, ni por la emperatriz de todas las Rusias, ni aun por la sobrina del Juez Municipal, que la fama pregonaba como la más rica moza del pueblo.

Tocaba el gaitero inflando los carrillos, todo sudoroso, y el tamborilero daba á los palillos sin descanso.

Las zagalas y zagales brincoteaban á más y mejor, bailando en rueda, sofocados y jadeantes.

La tarde estaba hermosa y tibia, alumbrando el sol con sus dorados rayos aquella escena campestre y pintoresca.

Antoñuela y Perico más contentos que unas castañuelas se divertían en grande. Ella iba, cual va dicho, con su cinta verde en el moño, vistiendo el clásico manteo colorado y pañolón de seda, el cual dejaba entrever el magnífico busto de la moza; y él, con su vara atravesada en la faja, en mangas de

camisa, sobre la que llevaba un chaleco sembrado de botones metálicos, lucía en la cabeza crespada y despeinada un pañuelo de colores chillones doblado y anudado atrás por encima del cogote.

Estaba Perico echando un vaso de limonada en compañía de unos amigos, cuando Antoñuela, toda dolorida, fuese corriendo á comunicarle una mala nueva.

¡Había perdido la cinta verde!

Al decir ésto lloraba la muchacha como una Magdalena. Perico no esperó á que concluyese de contarle el suceso. Se fué solícito á buscar la cinta por todas partes.....

De pronto ¡Virgen santísima, lo qué vió!

Un pelele, un presumido que en el pueblo se las echaba de Tenorio, tenía la famosa cinta en la mano. Unos cuantos amigos que había á su alrededor, le bromeaban y él se contoneaba, reventando de vanidad.

—¿De veras te la ha regalado Antoñuela?—dijole uno.

—¿Pues qué os habéis figurado, brutos?—contestó el tal con énfasis.

A Perico que oyó esto, se le pasó algo así como un relámpago de sangre por los ojos; rugió como un tigre, y sacando una navaja que llevaba oculta

en la cintura, le asestó al presumido tan tremenda puñalada, que, partiéndole el corazón, ni un ¡ay! le dió tiempo á proferir.

¡Pobre Antoñuela! Todavía llora á su novio, á su pobre y enamorado Perico..... el cual está en presidio para toda su vida.

¡Maldita cinta verde!





ESCENA.

DESUSADO aspecto ofrecía la Plaza Mayor de la vetusta ciudad segoviana una tarde hermosa y cálida de Junio. Las gentes, que en gran número en ella sin cesar desembocaban, luego de escoger sitio de su agrado, poníanse á mirar fijas, hablando entre sí, la gruesa maroma tendida á lo ancho de la plaza entre dos altos balcones. Acudía toda aquella muchedumbre á contemplar el espectáculo ofrecido por el acróbata italiano *Luigi Parma* en infinidad de prospectos que abundantemente se repartieran horas antes por la población. Según los tales, *il signore Parma* andaría por la cuerda, hacia adelante, hacia atrás, con los pies metidos en cestos, embutido en un saco de lona, etc., etc.

Pausadamente dió las cuatro el reloj de la catedral. Esta era la hora en que el espectáculo debía dar comienzo. De la multitud partió prolongado murmullo, semejante al que produce extensa ola rodando lenta por anchurosa playa. Todos los ojos claváronse en el adornado balcón por donde el acróbata iba á aparecer. Pasaron unos cuantos minutos.....

Un sol abrasador derramaba á torrentes sobre la plaza sus rayos deslumbrantes, los cuales se quebraban chisporroteando en los vidrios menudos de los ventanales, arrancando destellos de los balconajes y de las cruces y veletas que coronaban las torres de la catedral, cuya piedra amarilla parecía iba á encenderse de un momento á otro á su ígneo contacto. Aleteaban miles de abanicos dentro de aéreas sombrillas de colores vivos, que inquietas cobijaban, en los huecos de los viejos caserones, graciosos bustos de muchachas, quienes sonreían medio sofocadas, hablando gárrulas.

Los minutos que á la hora de las cuatro excedieron, pasaron ya de diez y aun de quince y, nada, el esperado volatinero no tenía á bien exhibirse. Se impacientó la muchedumbre que la plaza ocupaba. Gran parte de ella recibía de lleno sobre sus hombros la oleada candente que el sol, hecho una

brasa, arrojaba sin duelo. Los murmullos fueron tomando cuerpo; de la conversación más ó menos viva se pasó á la protesta vehemente, y de ésta, al vocerío y á la silba.

Apareció por fin el acróbata, saludando con las manos y haciendo reverencias, en el balcón engalanado con rojas grimpolas y banderolas, al cual estaba sujeto uno de los extremos de la cuerda. El silencio se restableció en la multitud y el *signore Parma* emprendió su ruta peligrosa sonriendo, el balancín en las manos, al aire la negra cabellera, vestido con ajustada ropilla azul turquí sembrada de menudos y brilladores espejuelos.

—
Era el acróbata un guapo mozo; esbelto, atlético, de correctas líneas, oscuros y rasgados ojos, negro y rizado el bigote cual su espesa y ondeada cabellera, respiraba fuerza y vigor.

Rompió á andar sobre la maroma, de prisa, con firmeza y maestría; palmas y bravos hasta él subieron entonces estruendosos. Sin embargo, al poco rato, vaciló, se tambaleó horriblemente.... De la multitud partió un grito unánime de ansiedad y espanto al que siguió un aplauso rápido, alegre y entusiástico. El acróbata había recobrado el aplomo y ahora marchaba otra vez con firmeza,

seguro de sí mismo, aún más de prisa que antes....

Mirándole ansiosa guardó silencio la muchedumbre.

Cesaron los abanicos en su vivaz aleteo; tan sólo unos cuantos vencejos osaron romper un instante tal quietud, cruzando los aires desesperados, locos, como queriendo alcanzarse, piando rabiosos.

—

Junto á las entreabiertas maderas de un balcón, (aquella tarde acaso el único solitario entre todos los que á la Plaza Mayor dan frente) mientras el *signore Parma* efectúa sus arriesgados equilibrios, un hombre joven y una mujer más joven todavía, muy linda por cierto, sostienen animado é íntimo coloquio.

—No sabes tú bien—dice ella con acento melancólico—lo mucho que me quiere; creo cometería una mala acción si le abandonase.

—¡Bah!—contesta su acompañante con ironía;—aún estás á tiempo, Rosina; míralo bien; con él, debes de saberlo, te espera sólo una vida obscura. Seguirás correteando de pueblo en pueblo para nada, para ganar una miseria, sin contar con que el mejor día, más pronto ó más tarde, se romperá el bautismo tu Luigi, y entonces.... no será de envi-

diar tu suerte. Conmigo, en cambio, tendrás una vida cómoda y tranquila; mi fama de clown listo y excéntrico me da á ganar bastante; tú, con los juegos malabares que sabes y otros que yo haré te enseñen, cobrarás un sueldo en la compañía; ¿lo oyes bien, Rosina? ¿dudas aún?

La joven que, atenta, había estado escuchando semejantes razones, por toda respuesta se echó en brazos del que así la hablaba.

De pronto se quedó horriblemente pálida.

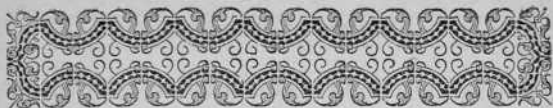
Por entre las maderas del balcón que un golpe de viento abriera, vió al acróbata casi encima de ella mirándola fijo, desencajado el semblante, extraviados los ojos.

Rosina, quiso huir, dió un grito, el cual fué ahogado por otro inmenso, monstraoso; grito formidable de horror y de agonía que á una lanzaron cientos de pechos angustiados.

El acróbata, como herido de un rayo, cayó desde la maroma desplomado como una masa inerte. Antes de caer, la multitud oyó salir de su garganta, á modo de rugido, una exclamación, una palabra que emitió con voz aguda, estridente, espantosa:

¡Maledizione!





EL DESHIELO.

.....

HOMBRES y mujeres, en mayor número éstas que aquéllos, corrían hacia el puente de la casa de Moneda, retratada la ansiedad en el semblante.

Quedábanse desiertos los barrios que junto al río se extendían. De la ciudad bajaban por enriscadas veredas, atajos de más suaves caminos, no pocas gentes, las cuales, según corrían saltando aquí y allá, hablábanse á gritos. Las palabras emitidas por los que al puente iban llegando eran cuidadosamente recogidas por los últimos que las escuchaban, quienes á su vez repetíanlas en la misma forma, es decir, á voces, á cuantos venían detrás de ellos.

—Dicen que es un molinero que se ha tirado al río—exclamaba uno.

—Buena es ésa—decía una vieja artesana;—han sido dos los que se han ahogado..... marío y mujer; lo acabo de oír.

—¿Está usted tocá, tía Rosenda?—contestaba otra mujer pelirroja, robustota y colorada.—Quien se ha ahogado ha sido un soldado de artillería que le daban acientes; lo ha dicho Tomasón el alguacil.

—¡Mentirosonas!—gritó una tercera.—Quien se ha tirado al río fué una marquesa de las Rusias que ayer vino de Ingalaterra, y que dicen estaba desesperá por amoríos.

—Oiga: esa pa quien se la trague—repuso un chicuelo de mirada traviesa, vivo como una lagartija, el cual pasó en aquel momento junto á la mujer dando brincos.

—¡Granuja, descastao!; anda, ven...—prorrumpió la aludida amenazándole furiosa.

El chico, volviéndose, la hizo una mueca, lanzó un silbido y luego se perdió entre unos árboles.

—
Vase llenando el puente con la multitud que se aprieta y estruja contra uno de los pretilos, el que

mira á la presa del molino harinero. Según llegan las gentes, páranse asombradas.

Ante su vista se desarrolla, imponente y hermoso, un espectáculo digno de las regiones polares, por demás extraño y desusado en castellana tierra.

El grueso hielo formado la noche anterior en la superficie del río Eresma, minado y corroído por los rayos del sol que sobre él se derraman, bruñendo poderosamente su planicie esmerilada, llena de reflejos deslumbradores cual si estuviese sembrada de diamantes; toda aquella masa de agua sólida, rendida ante el valiente empuje del sol, se cuarteja, se resquebraja, se divide en témpanos, los cuales, movidos por la corriente, se acometen despedazándose con saña.

Unos se hunden en el fondo cenagoso del río, para volver luego saltando á la superficie; otros, clavándose de canto en el fango, quieren oponerse á la fuerza de la corriente y se bambolean y fracasan. Las aguas se alborotan, se alzan y caen mezcladas con espumas sobre los trozos de hielo. Aliados contra éstos luchan victoriosos el sol y el río. Cruje la masa helada, se fragmenta con ruido seco como de huesos que se quiebran; sus flotantes pedazos pugnan por asaltar las orillas. Algunos se encaraman por ellas tronzándose; los más, al in-

tentar imitarlos, son detenidos por el tronco de un árbol que vibra al sentir su mordedura ó por una roca que los hace chirriar de rabia.

Algunas lavanderas que, merced á varias roturas que abrieran en los hielos, cercanas al vertedero de la presa, entregábanse poco antes á su ingrata y dura faena, huyeron horrorizadas, abandonando los banquillos, los jabones y las prendas de ropa en que fregoteaban. Por no retirarse pronto de la orilla, una de ellas se hirió en una mano al querer rechazar un témpano que se la vino encima.

La muchedumbre se acrecienta por instantes; desparrámase por la alameda en que el puente desemboca, dando gritos de asombro, corriendo aquí y allá ó aquietándose extática. Donde el espectáculo adquiere mayor grandeza es en el plano inclinado que forma la presa ó pesquera. Por tal rampa, hecha con pedruscos y maderos amontonados, se precipitan los trozos de hielo en tremenda balumba, rebotando, crujiendo, volteando y desnuzándose, cayendo cual monstruosa y formidable nube de piedra sobre el río que, por bajo de la presa, algo mermado su caudal por el caz del molino, reanuda briosamente su marcha. Las aguas ascienden súbitas, formando enormes gotas y chorros que se lanzan á lo alto deshaciéndose en el

aire, ó se revuelven en oleadas fangosas, las cuales, estréllanse en las peñas de la orilla, en los pilares robustos del puente y en los témpanos que la corriente arroja atronando por la rampa.

Lanza de pronto la multitud que en el puente y sus cercanías se apiña y estrecha, un espantable grito de angustia y horror...

Un cadáver asoma, medio sumergido, al borde de la presa, donde se detiene sujeto por un obstáculo invisible... Aquel cuerpo sin vida, es el de una mujer rubia y elegantemente ataviada... Pasan breves instantes... Un gran trozo de hielo llega silencioso hasta el cadáver y le empuja con brutal fiereza, haciéndole rodar vertiginosamente por la rampa; y detrás cae el témpano, el cual aparece luego solo, balanceando en las turbias espumas que flotan bajo la presa, sobre el hervor de las revueltas aguas.





LA NIEBLA.

COMPÁRALA la poesía á flotante gasa, á blancos cendales... Quiérela el que es dado á la melancolía y adórala el que nació en país montañoso donde la niebla de continuo flota, tupida ó transparente, sobre el valle y la colina eternamente verdes; donde vésela siempre enroscada en la alta cumbre, como dormida, sin que muchas veces sea bastante la fuerza de los vientos para disiparla ó esparcirla; donde revolando vaporosa en el ambiente, transforma el rayo brillante del sol en claridad dorada, ténue, misteriosa, á cuyo influjo surgen cantos tiernísimos y arrulladores, músicas que, haciendo entornar los ojos, transportan los sentidos y deleitan el corazón; donde brota es-

pontánea dulce melodía en el lenguaje; donde los castañares al mover su hojarasca murmuran quejas y suspiros; donde el bullidor arroyo canta y sonríe, donde hermosas flores esparcen aromas delicados y suaves.....

Adoran la blanca niebla todos aquellos que vieron la luz en esas poéticas regiones, porque les trae á la mente el recuerdo de los sitios encantadores donde su infancia se deslizó venturosa.

Sólo ella pudo inspirar al incomparable poeta orensano, Curros Enríquez, el canto exquisito, esencia de la más honda melancolía, de la *morriña* más desconsoladora, titulado *N'a morte d'a miña nay*:

Malenconía, musa d'os doentes,
d'ó meu espírito noiva feiticeira;
deixa que hoxe n'ó teu colo dorma
sono de pedra.

Ved á la niebla allá á lo lejos, sobre la llanura, quieta, en acecho, oprimida por la ola ofuscadora y caliente del sol; aguarda vigilante el vespertino crepúsculo para entonces, cautelosa, como reptil gigantesco é informe que persigue una presa, inundar el campo, caer sobre el valle, envolver el case-

rio, é invadir la vetusta ciudad segoviana que la espera erguida, á pié firme, orgullosa y altiva..... Ya está cerca; ya llegan sus avanzadas junto á los fuertes muros del grandioso Alcázar..... Se detienen un momento, pero, en seguida, cual si obedeciesen á una orden ó á una señal, asáltanle valerosas, salvan los muros, se encaraman por las almenas, torreones y adarves y prosiguen impertérritas su camino, deteniéndose tan sólo el tiempo necesario para arrollar los obstáculos que se le oponen, para entrar audaces por calles y callejuelas, para envolverlo, para ocultarlo todo con su tejido maravilloso de vesículas impalpables y microscópicas..... Desaparecieron entre sus amplios girones la catedral, las torres de los templos y luego, poco á poco, el caserío..... Todo lo igualó borrándolo, haciéndolo invisible aun á la mirada más sagaz y avizora..... Dominó ya la ciudad, la hundió en lo profundo de su oleada inmensa, y sin detenerse continuó avanzando magestuosa hacia la sierra, á la cual también invadirá impávida, sin que la atemoricen sus riscos y quebraduras, ni sus vertientes inaccesibles y gigantescas, ni sus abismos, ni sus cumbres que al cielo desafían.

.....

Terrible, espantable es la niebla en los mares.

El buque en ella perdido camina indeciso, sin rumbo, temiendo á cada instante un abordaje, el arrecife, el escollo..... La niebla, entonces, sólo inspira terror; su blancura antójasole á los ojos azorados, blancura de sudario, vestidura sarcástica de la muerte.





LA CATORCENA.

SEGÚN refiere Colmenares, historiador ilustre de Segovia, en Septiembre de 1410, el sacristán de la iglesia de San Facundo, que andaba muy necesitado de dineros, pidió cierta cantidad en préstamo á un médico judío llamado D. Mayr, el cual accedió gustoso á dársela siempre que en prenda le entregase una hostia consagrada. Echando á un lado escrúpulos, el sacristán, si es que los tuvo, se avino á ello y entregó al judío la hostia á cambio del dinero que le prometiera, ocurriendo esto en la callejuela que aún hoy se nombra del Mal Consejo.

Según el historiador referido «gozoso el judío del suceso avisó á los de su nación y congregados en su sinagoga, con horribles execraciones echaron

la Santísima hostia en un baño ó caldera de agua herbiente; ciego desatino, pues con él confesaban ellos mismos misteriosa deidad en lo que perseguían. Acreditóse bien en el suceso, pues elevada la hostia en el aire mostraba querer reducir aquellos ánimos obstinados, con excusar milagrosamente aquel oprobio, quien ya humilde padeció tantos por lo mismo. Tembló la fábrica de la sinagoga, rompiéndose los arcos y pilares, cuyas roturas permanecieron hasta que en nuestros días se renovó aquella fábrica. Amedrentada y atónita aquella canalla vil, procuraron coger la hostia; y temiendo más la pena que la culpa, por consejo de todos, la llevaron algunos al convento de Santa Cruz; y llamando al prior con temeroso secreto le refirieron el milagro y entregaron la hostia de cuya vista y presencia temblaban temerosos y no arrepentidos.»

En memoria de tal sacrilegio instituyóse la función de desagravio llamada «*catorcena*» por haber sido catorce las parroquias de la ciudad donde se celebraba, y aunque hoy hállanse éstas reducidas á cinco, sigue, no obstante, haciéndose aquella función todos los años, generalmente, en las iglesias que, obedeciendo á un turno establecido, corresponde efectuarla, á causa de haber formado parte de las catorce parroquias antedi-

chas; siendo ocioso advertir que tanto la fiesta religiosa como la profana que suele acompañarla, revisten mayor ó menor importancia y atractivo, segun es la recaudación de fondos que para costearlas se lleva á cabo entre los feligreses de la parroquia, existente ó suprimida, donde la catorcena se celebra.

El patrón tradicional para los festejos nocturnos que acompañan á las funciones religiosas es invariablemente: 1.º Iluminación de la torre y fachada principal de la iglesia con vasos ó faroles de colores. 2.º Disparo de cohetes. 3.º Músicas y bailes populares, y 4.º Repique casi continuado de campanas.

Los balcones de la mayor parte de los edificios que forman la parroquia, también se iluminan con más ó menos gusto y primor, y hasta hace pocos años jamás faltaba un vecino «rancio» que no nos obsequiase con el característico espectáculo de *los invisibles*.....

¿Te acuerdas lector? ¿Te olvidaste ya del gozo intenso qué nos producía cuando éramos niños aquel juego inocente?

Estupendas corridas de toros, donde toreros, diestros, banderilleros, piqueros y caballos volaban por los aires y aun se sostenían en ellos, ha-

ciendo caso omiso de aquella ley que descubrió Newton; caballeros con enormes levitones y chisteras enormes en compañía de damas con miriñaque y papalina, los cuales andaban, se saludaban y danzaban grotescamente; figuras y tipos estrambóticos; fieras y mónstruos horrorosos.... Esto y mucho más representaban los cuadros disolventes, sombras chinescas ó lo que fueran, que el pueblo de Segovia llamaba, y supongo seguirá llamando, aunque impropriamente, *invisibles*.

Los chicos, que no sabíamos entonces lo que eran fantoches ni otras invenciones que hacen las delicias de la infantil generación actual, nos embobábamos, mejor dicho, nos entusiasmábamos hasta el punto de saludar con gritos, con exclamaciones y con aplausos ruidosos los más nimios incidentes de aquel espectáculo sencillísimo al aire libre, que un vecino bonachón nos proporcionaba gratuitamente desde una ventana de su casa.

¡Tiempos benditos aquéllos de la infancia en los cuales pudimos ver la práctica, ya casi expirante, de bellos usos tradicionales que hoy, si no han desaparecido, están á punto de desaparecer!

Los altarcillos en que los chicuelos pedían el «ochavito para la cruz», las carreras de caballos en la fiesta de San Antón, los «engañados» la

vispera de Reyes, las máscaras y las alcaldesas en Zamarramala el día de Santa Agueda, las alegres y numerosas comparsas en Carnaval y «*los invisibles*» en las Catorcenas... dime, lector amigo que ya peinas barbas, ¿no es verdad qué todo eso lo recuerdas vivamente entre hondos suspiros?

Es la catorcena, como toda tradición, *sangre* de viejos usos que al circular por nuestras venas, conviértese en base sobre la cual fabricamos algo de esas hermosas aspiraciones, de esos nobles y generosos deseos que hoy vibran en la moderna sociedad.

¡Destruir lo viejo, porque es viejo!... Nunca. Pondríamonos al nivel de esos pueblos salvajes y canibalescos, los cuales, hacían morir á sus ancianos, porque ya no *servían*, porque sus brazos débiles y temblorosos, reducidos por la acumulación de los años casi á la impotencia, no tenían fuerzas para embrazar la rodela ó el escudo ó para disparar contra el enemigo de la tribu el sibilante dardo.

De las viejas ideas brotaron las nuevas. Sin aquéllas nunca éstas habrían nacido.

Por eso, aparte de otras consideraciones de un orden más elevado, debemos respetar, y no sólo res-

petar sino amar á las catorcenas, pues tales fiestas significan mucho para la unión, base de la fuerza, de los hijos de Segovia.

La catorcena es un lazo que encadena los corazones de los buenos segovianos. Los hace palpar todos al unísono.

El barrio de San Millán celebra su catorcena. Funciones religiosas, bailes, músicas, cohetes, iluminaciones, constituyen su fiesta, la fiesta tradicional. En la casa del modesto obrero, y obreros son la mayoría de los vecinos del barrio, todo es alegría y dicha los días de catorcena. La floreada colcha, recién lavada y planchada, engalana el balcón. Se mata un cordero ó se compran en el *puesto* unas libras de carne; éstas y aquél ásanse á fuego lento en la cocina, bajo la campanuda chimenea, con no poco gozo de los chicuelos, que riendo y brincando se relamen de gusto.

Llega la hora de la comida ó de la cena; la alegría retoza en los labios; el vaso de vino corre de mano en mano, lleno hasta los bordes. Los estómagos se hartan; se ha comido bien, gracias á Dios, y se ha bebido mejor. El placer se graba en los semblantes y se escapa por las bocas en gritos agudos y francas risotadas. Pero el tamboril y la

dulzaina suenan en la Plazuela... A ella, pues; no hay que desoir su regocijado llamamiento. Hay que reir más, hay que gozar, hay que bailar hasta rendirse, hay que echar canas al aire, pelillos á la mar... ó al arroyo que por allí atraviesa.

La rueda de bailadores, vibrante, ruidosa, rebo-sando vida, moviéndose entre clamores mil indes-criptibles, gira, gira siempre bajo el azul intenso del cielo, inundada de luz ó entre los resplandores de la nocturna iluminación.

En la torre de la iglesia no cesa el campaneó. Las campanas son, por decirlo así, la nota aturdi-dora de la catorcena. Voltean de día, voltean de noche; sus voces sonoras llenan la ciudad; éntranse por todas partes, nada las detiene; su metálico y bullicioso clamor, es el grito más potente de la fiesta. Condénsase en él todo el alborozo que es-talla en el barrio.

—

Caminan impasibles los años. Nada interrumpe su paso uniforme. A las veces quisiera la voluntad movida del deseo, verlos desaparecer en vuelo ver-tiginoso; otras, quisiera detenerlos, clavarlos, anu-larlos.

Pero ellos andan, andan siempre sin cesar. Tráennos la luz, tráennos la sombra, las dichas, los

infortunios, los duelos y las alegrías; crean las dudas ó las resuelven; secan el cuerpo, marchitan el alma. A través de las batallas de la vida conducen-nos poco á poco al sepulcro.


¿Quiénes verán otra catorcena en el barrio de San Millán?

Dentro de catorce años, ¿cuántos habremos caído?

Los que vivais para entonces, bien podéis estrecharos fuertemente las manos..... Brindad, sí, por vuestra salud; pero dejad también una lágrima en el fondo de la copa y dedicadla á aquellos que fueron vuestros padres, vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros amigos que ya no existen en la tierra.

Y ¡por Dios! seguid celebrando la rancia tradición segoviana.

Septiembre de 1893.





LA FIESTA DE SAN ROQUE.

INFLANDO los carrillos, casi congestionado, el dulzainero no cesa un instante de entonar aires populares, acompañado del sordo y bien marcado tromp-troporropotromp del tamboril, el indispensable tamboril que lleva el compás del bailoteo.

Coloradas y sudorosas las muchachas, mueven su cuerpo indolentes, arqueando las caderas, extendidos los brazos; ellos, los mozos, en mangas de camisa, se mueven con más soltura, saltan, brincan que es un primor, sudando á mares, pero sin dar muestras de cansancio. El corro de bailadores va agrandándose; ocupaba hace poco media plazuela; ahora ya la llena toda... Ya la rebasa é interrumpe el tránsito por la calle frontera; plañe la dulzaina

cada vez con más ahinco; el que la toca lucha brioso, á pique de reventarse, por dominar el barullo alegre, aturdidor que de la multitud brota... Por el puente del cercano Clamores afluyen compactos grupos de gentes de la ciudad, que vienen á contemplar ó á participar de la fiesta del barrio. Trom, tro-po-rropotropomp... El tamborilero no descansa ni un instante y toca con tal furia que, ó va á quebrar los palillos ó raja, de seguro, los tensos pergaminos del ruidoso instrumento... Cientos de chicuelos, mientras se deshacen en piruetas, ó tiran las gorras por alto, se desgañitan, gritando á más y mejor y el mozo requiebra á la moza con quien danza, con ruda y sonora voz, saliéndosele el gozo por la cara tostada y risueña...

Ella se ríe como loca y le regala un guantazo, si se arrima mucho, ó traspasa los límites del requiebro.

Un nubarrón de polvo surge cual densa humareda del suelo removido por miles de piés... El sol, un sol abrasador, coruscante, dora ligeramente la nube aquella, la traspasa y se hunde en la multitud, haciendo resaltar los colores vivos de los pañuelos y sayas de las muchachas y la blancura de las camisas de los mozos... Titila en los ojos, que brillan rebosando ventura; resplandece en el

aljófar de los clavillos y arracadas que ellas ostentan en el pecho anhelante y en las orejas, cuya epidermis transparenta la sangre fuertemente agitada. Un cabrilleo vívido de abanicos y un vaiven de sombrillas abiertas denuncia á la señorita, á la modista, á la menestrala, que se apiñan cerca del corro, á lo largo de la calle, escuchando frases más ó menos discretas, ó el parlucheo entrecortado del novio, ó el picante dicho de la amiga maliciosa.

Ventanas y balcones adórnanse con diversidad de colgaduras... Va á venir la procesión de San Roque. Ya aparece el pendón de la parroquia (1) ondulando y cabeceando; tras él la enhiesta manga, rematada por bonita cruz, que brilla al sol como si fuera de diamante; luego, varios devotos muy majos y satisfechos, quienes tremolan encendidos hachones; después, una charanga que toca aturdidora; más atrás, San Roque con su ancho sombrero, su larga capa, su báculo, la calabaza y el can. Tres sacerdotes escoltan á la imagen, luciendo plateadas casullas, y cierra el cortejo la música hospiciana.

Cesa el baile; un grito parte estridente de va-

(1) La de San Millán.

rios grupos infantiles: ¡ «Viva San Roque!» Se repite el grito cinco, seis veces.... La dulzaina entona «solemne» con el mayor brío posible, acompañada del tambor, la marcha real.

—¡Viva San Roque!—repite la chiquillería estrepitosamente, ahuecando las manos en torno de la boca.

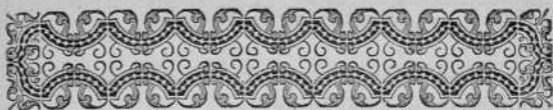
Tromp, troporropotromp... El tamboril redobla con furia... Comienza á preludiar la dulzaina aires de jota, con modulación como entrecortada y saltarina al principio, juguetona luego; después ya más sostenida y desembarazada, siempre gangosa, plañidera. Vuélvese á reanudar el bailoteo, interrumpido con motivo del paso de la procesión; se organiza el corro rápidamente; sus dos extremos se buscan extendiéndose... hasta que se encuentran y se engarzan.

La procesión desapareció ya tras la esquina, poco á poco... Como va á anoecer se trae la leña de piño que ha de formar la clásica hoguera que ha de iluminar el baile nocturno.

Ya es de noche; en el centro de la plazuela llama chisporroteando la fogata; su luz ilumina las casas cercanas con vivo y rojo fulgor, y los movimientos de los bailarines, también por ella iluminados, adquieren fantástica apariencia.

A lo lejos, aquella clamorosa multitud, temblando en el resplandor poderoso de la deslumbrante llamarada, ofrece á la vista un extraño cuadro... Los chicuelos que de cuando en cuando, agitándose en pronunciada contorsión, salvan de un salto la fogata haciéndola vomitar haces de chispas, semejan diablillos ébrios escapados de infernal aquelarre.





El día de San Luis.



ALBOREA.

En la estación férrea el guarda aguja da su toque de aviso, y á poco, óyese sorda trepidación que va en aumento rápidamente... El tren aparece. Es el tren de recreo, el que trae la primera tanda de madrileños, de expedicionarios que van á la Granja.

El andén de la estación, tan silencioso y solitario hacía unos instantes, conviértese de pronto en un infierno.

Los coches del tren vomítan animados grupos de gentes, las cuales, con las señales del insomnio en el rostro, bullen, corren, se agitan, buscan precipitadas la puerta de salida... Al otro lado del

andén espéranles los grandes ómnibus que han de conducirlos al Real Sitio.

Llénanse éstos como por encanto; restallan sus trallas los cocheros, y los carruajes pónense en movimiento... Uno en pos de otro van desapareciendo entre nubes de polvo.

La estación vuelve á quedar silenciosa hasta la llegada de otro tren.

Trasladémonos ahora á la carretera de San Ildefonso.

Desusado bullir se nota en ella.

Pasa un lujoso coche y tras de él otro carruaje, el cual, no merece tal nombre, pero que, no obstante, rueda, aunque trabajosamente, crujiendo su madera apolillada, llevado por dos viejas mulas huesudas y famélicas que resuellan ansiosas, sacudiéndose las moscas.

En pòs de éste vehículo, va un carro de los llamados de violín, abarrotado de campesinos y campesinas, en mangas de camisa aquéllos, luciendo éstas sobre sus hombros floreado pañuelo de vivos colores.

Ved ahora el tardo carro de bueyes; anda tan despacio que déjalo atrás hasta los peones; que también á pie va gente á la Granja y no poca... ¿Pues y la de á caballo? ¡Ah! la de á caballo es sin duda la más característica de la que transi-

ta por el camino referido el día de San Luis; forma grupos tan vistosos, tan alegres, tan puramente segovianos, que los ojos se clavan en ellos regocijados; toda esta gente de á caballo y la que los carros conduce es, en su mayoría, del país; labradores y labradoras quienes, aún no ha muchos días entregados á las faenas de la recolección, soñaban con ir *al Sitio* á ver *correr las fuentes*, fiesta siempre maravillosa para el campesino de esta tierra.

Son las cinco de la tarde.

La Infanta Isabel, luciendo sencillo vestido de vivo color, sale de palacio; algunas damas y autoridades la acompañan; siguenla varios guardas de los jardines con su uniforme pardo de vivos encarnados y su ancho sombrero gris... Va á dar comienzo el espectáculo. La charanga del Regimiento de Asturias entona alegre jota al tiempo mismo en que los chorros de *La Carrera de Caballos* brotan súbitamente rasgando el espacio, espumosos, soberbios; el bronceado de las figuras brilla al humedecerse, humea; al agitarse el agua de los estanques se riza, forma encajes y bordados caprichosos y el ambiente se penetra de frescura... La multitud, hecha «toda ojos» lo aspira con deleite.

Pero avancemos de prisa, mezclados con la muchedumbre.

Junto á los encantados campesinos cogidos de las manos, ved á la familia mesocrática, la madrileña de *pour sang*, y á su lado el comerciante, el gomoso almibarado, el militar, el sacerdote, la hermana de la caridad; todos confundidos, revueltos, se extienden por los caminos y avenidas que conducen á las demás fuentes que *van á correr...*

El Canastillo, Las Ocho Calles con sus estatuas recién doradas, *La Fama*, exhiben una tras otra sus magníficos y artísticos juegos de agua, la cual, escapada de sus férreas prisiones tubulares, donde yacía quieta y oprimida, traspasa los aires fiera, sibilante y espumosa. Pero su libertad no dura mucho; la mano que se la dió vuelve presto á aprisionarla.

Poco á poco vase disolviendo la multitud; cada cual busca el vehículo que ha de tornarle á sus lares. A las nueve de la noche ya no quedan en La Granja más que unos pocos *Luisés* rezagados, los menos por gusto, y los más, por aquello de que «á la fuerza ahorcan», pues el coche, la tartana, ó lo que fuere, partió sin ellos y claro es que se quedaron de *á pie*.

La carretera de Segovia toma en la noche de San Luis un aspecto animadísimo y original.

Toda la gente que por la mañana y parte de la tarde fué llegando á San Ildefonso, á distintas horas, quiere regresar á Segovia casi á un tiempo. Como está mandado que todo vehículo lleve una luz llénase la carretera de puntos luminosos. Vénse venir éstos á lo lejos, unos intensos, otros más débiles, fijos en apariencia, ó movibles...

Unense ó se separan, avanzan ó se detienen, suben y bajan, desaparecen y aparecen súbitos, tiemblan, centellean; los hay blanquecinos, amarillos y rojos... El conjunto que forman es fantástico; parece ¿qué se yo? algo así como un desfile de menudas estrellas.

El farol resplandeciente del carruaje de lujo se confunde con el mortecino del coche de alquiler, con el empingorotado del ómnibus, con el humildísimo de hoja de lata, de vidrios no siempre enteros y sanos, polvoriento y humoso, y, por último, con la vela de sebo, el velón y el arábigo candil, que aturdido, apagándose á cada instante, pide á voces el clavo de la chimenea de campana, su lugar propio, de donde fué desprendido.

Felipe de Anjou, cuando influido por el recuerdo de Versalles decidió construir las bellas fuentes de La Granja y trazar sus edénicos jardines, quizá no pensó en que andando el tiempo serían estos invadidos por la masa popular, cuyas alegres y ruidosas carcajadas darían al traste con su misterioso silencio llamado del buen tono, con su ostentosa apacibilidad aristocrática, con el cierto no se qué, el cual aún en ellos se nota, que hace venir á la mente la cortesanía etiquetera del fenecido absolutismo.





LA NOCHE DE SAN PEDRO.

Todo el mundo cena de prisa y corriendo, En las casas ricas y en las pobres, el «bello sexo» arregla cuidadosamente sus tocados y vestidos. Préndese la señorita sobre su cabellera recogida, el artístico sombrero de paja adornado con flores, pájaros, cintas y lazos colosales, y la menestrala y la modista rodean su cabeza con la española y graciosa mantilla, ó prescindiendo de todo adorno sujetan entre sus rizos alguna rosa encarnada ó blanca como ampo de nieve. «Todo Segovia» se prepara á invadir la Plaza Mayor, á tomar sus avenidas, á estrecharse en los balcones, en las ventanas, en todos aquellos sitios, donde pueda á su sabor contemplar los fuegos de artificio.

En la fachada del Ayuntamiento, enciéndense á toda prisa los vasitos de colores, verdes, encarnados ó azules, mientras ruidosos instrumentos, anunciadores perpétuos é incansables de estupendos panoramas, de rifas, de espectáculos notables, al precio de 15 ó de 10 céntimos la entrada, refuerzan sus sonos y broncos golpes, que resuenan sordamente en la cercana Catedral, muda, silenciosa, impassible ó resignada con estas vivas y espontáneas manifestaciones de la farsa «lucrativa» que se exhibe con atavios de oropel, con pinturas extravagantes ó terroríficas y bufas peroraciones, dichas en grave y convincente tono por infatigables y gárrulos charlatanes.

Al otro lado, por los tenderetes, no alcanza el barullo esas monstruosas proporciones. Tiene ésto una explicación: por mucho que los feriantes alboroten, no llegan ni con mucho á donde llega el desconcierto aturdidor que forman un organillo, un bombo, unos platillos, un tambor y una campana.

Ya la fachada del Ayuntamiento está por completo iluminada; ya la charanga hospiciiana «arrastra» un wals chillón, instalada en su *tradicional* palco despintado, cubierto de arcos de ramaje, de los que cuelgan farolillos de rizado papel de colo-

res; ya está la acera de los Soportales intransitable, con la gente que pasea por ella apiñada y con la que sentada en sillas, se hacina al pie de los pilares del Municipio, ó donde buenamente puede. El pueblo, se amontona en el suelo, en cualquier parte ó se empuja y codea por los alrededores del palco de la música.

Estalla una bomba de dinamita que hace temblar el suelo, produciendo en la muchedumbre sustos y gritos de sorpresa. De allí á poco, los primeros fuegos artificiales lucen esplendentes.

Una rueda cubierta de bengalas de distintos colores, gira vertiginosa en el espacio, derramando haces de chispas brillantes que, al deshacerse, se multiplican infinitamente. Luego... cuando menos se espera, aquellos derrames de luz, conviértense en copiosa lluvia de oro... La rueda gira más veloz cada vez, siempre arrojando fuego; después, entre estampidos y detonaciones, una soberbia corona sube al espacio dando vueltas, arrancando á la multitud un grito de asombro.

La música continua su wals chillón, que casi se oye entre los sonidos y ruidos mil que por todas partes se producen. La gente, al comenzar los fuegos, se ha subido á las sillas; se ha colocado ó encaramado donde mejor ha podido; algunos balco-

nes materialmente cuajados de humanos seres, parece que se van á venir abajo. Rápido, corre un cohete como una exhalación, por un alambre invisible que une los mástiles que rodean la glorieta de la Plaza, encendiendo rojas luces de Bengala, las cuales, una vez consumidas, dan fuego á otras verdes y azules.

—

Surcan los aires los últimos cohetes y estalla sordamente la bomba que finaliza el espectáculo. .

Y el público divertido
se vá por donde ha venido...

Hasta otro año.

Junio de 1888.





SAN FRUTOS Y LOS PAJAREROS.

SON las doce de la noche del veinticuatro de Octubre, víspera del Santo Patrón de Segovia.

Hace frío y del cielo encapotado se desprende una menuda lluvia, motivo más que suficiente para que las calles de la vetusta ciudad, á esa hora, generalmente poco concurridas, encuéntrense solitarias y «por ende» silenciosas.

Yo voy á suponer lector que eres forastero y que no estás al corriente de las costumbres tradicionales de esta tierra segoviana, y voy á suponer también que en esa noche fría y lluviosa del veinticuatro de Octubre, víspera de San Frutos, se te ocurrió dar una vuelta por las calles de la Cintería

ó Isabel la Católica, Juan Bravo y del Carmen, ó sea por la calle Real, que así se llamará siempre esa tortuosa y larga vía, porque así lo quiere el pueblo soberano.

La soledad que te rodea, la ausencia de todo ruido, excepción hecha del que producen tus pasos, y la influencia del medio ambiente, hacen que tu espíritu vuele por espacios más ó menos imaginarios; pero, hé aquí que, de improviso, viene á sacarte de tu abstracción el ruido de una puerta que se abre junto á tí para dar paso á un hombre embozado en «luenga capa», el cual, una vez en la calle, mira al cielo y extiende un brazo en dirección horizontal, murmurando algo que traduces debe de estar relacionado con la lluvia y la temperatura.

Tras del embozado susodicho aparecen otros dos, pero uno de ellos, el último que salió á la calle, lleva á la espalda y bajo la capa un bulto, á modo de joroba, de tan extraordinarias dimensiones que no puede menos de llamar vivamente tu atención.

Sigues andando y, á los pocos pasos, tropiezas con otro grupo por el estilo, pues en él distingues un embozado con joroba, de igual traza que el que momentos antes observaste.

Algún tanto sorprendido continuas caminando calle arriba y, ya cerca de tu domicilio, topas con otro grupo idéntico á los que has visto, con su jorobado correspondiente. Entonces, no pudiendo dominar la curiosidad y el asombro que de tí se apoderan, llamas á un sereno, le das las buenas noches y un pitillo y, acto seguido, le ruegas te explique el por qué en Segovia y en tal noche cómo la del veinticuatro de Octubre, víspera de San Frutos, algunos ciudadanos se echan á la calle, á horas un tanto sospechosas, haciéndose los jorobados.

El citado sereno que tal oye mientras enciende el pitillo en su linterna, se echa á reir en tus barbas (caso que las tengas), y después de *serenado*, contesta á tu pregunta diciendo que las jorobas que tanto te chocaron formábanlas algunas jaulas con verderones, jilgueros y pardillos, y que sus conductores y sus acompañantes eran... pajareros que iban á «coger puesto.»

Satisfecha así ¡oh lector! tu natural curiosidad, das gracias á la autoridad nocturna (*vulgo*, sereno) por su atención, subes á la fonda ó á la casa de huéspedes, pues quedamos en que eres forastero, entras en tu cuarto, te desnudas, y te metes en la cama como un santo, si es que lo eres, que

de eso yo no sé una palabra ni me interesa averiguarlo.

Próximos á unos zarzales de los que sirven de linde á las tierras de labor y rodeando la llama de una pequeña fogata, cuatro individuos charlan en voz baja, calada la gorra hasta las orejas y bien arropados en sus capas, sin dárseles un árdite, al parecer, de la menuda y copiosa lluvia que, sin cesar, vierten las espesas nubes que encapotan el cielo.

Son aquellos hombres: Jeromo, el zapatero; Rogelio, el sastre de la esquina de la calle del Angelete; Rufo, el guarnicionero de la Plaza; y Santos, el barbero del Azoguejo.

Aún no ha amanecido; pero ya una luz muy tenue, que aparece sobre los picos de la sierra, denuncia á la aurora que se acerca.

—¡Vaya, vaya!—exclama el señor Rufo, de pronto—basta ya de holganza; á echar un sorbo y á trabajar, que ya es hora.

Al mismo tiempo que esto dice, el señor Rufo, que es quien lleva la voz cantante en el grupo, destapa una botella, mediada de rico Monóvar, y después de echar un buen trago de este comfortable líquido, la alarga á sus compañeros, los cuales

imítanle, y á continuación, dan comienzo diligentes á la tarea. Mientras el nombrado señor Rufo unta de liga unas cuantas varitas de mimbre con los dedos bien impregnados en aceite, trabajo importantísimo y delicado para el que es menester cierta pericia, Santos, el barbero, desata las jaulas de los reclamos y las examina detenidamente, enterándose de si hay buena cantidad de cañamones en los comederos, y vertiendo agua en los bebederos, casi vacíos con el movimiento del transporte; Rogelio, el sastre deslía las «cañotas» donde han de encajarse las «varetas», ó sean los mimbres recubiertos de liga, y Jeromo, el zapatero, que ha desenvainado enorme chafarote, el cual llevaba sujeto á la cintura con un tahalí de los que usó la guardia del rey Amadeo, la emprende brioso á golpes y cuchilladas con el zarzal, para que reduciéndose y apretándose éste, sirva de firme sostén al artificio engañoso en el que han de aprisionarse las «incantadasavecillas.»

Ya está todo listo y en orden. Ya no falta más que el «rubicundo Febo» haga su aparición; que llegue esa hora en que los pájaros, despertando de su sueño, previos unos cuantos estirones de los miembros y sacudimientos del plumaje, se lanzan trinando á los aires en busca de la diaria pítanza.

Las jaulas de los reclamos hállanse ya bien colocadas junto al zarzal y sobre éste, véanse distribuidas, á regular distancia unas de otras, las «varetas» enligadas, cuyo color blanquecino destácase muy distintamente de los oscuros matices del espinoso arbusto.

Aparece de pronto en los aires un pequeño bando de jilgueros, el cual, visto por nuestros amigos (supongamos que lo son), desde un bajo del terreno donde se encuentran en acecho, es causa de que se agazapen hasta el punto de dar en tierra con sus cuerpos. Pero esta actitud no dura mucho tiempo, pues algunos pájaros del bando se prenden en la liga, y hay que cogerlos y apretarles el corazoncillo para con sus cadáveres formar el comienzo de la sarta en que triunfalmente han de ser conducidos más tarde, á media mañana, al sitio donde les esperan manos ágiles que los desplumen y una buena cazuela, mediada de arroz.

Las Nieves, Chamberí, La Piedad, Tejadilla... en todos esos lugares, especialmente en los dos primeros, verás en la tarde del día de San Frutos, ¡oh lector, que nada sabes de nuestras fiestas tradicionales! grande multitud formada casi en su

totalidad por gente artesana, la cual, dividida en grupos pintorescos y animados, merienda al aire libre, grita, corre, canta y baila que es un contento.

Pero ¿y el señor Rufo y sus compañeros? ¿dónde están?, ¿qué fué de ellos?

Ven conmigo, lector curioso, que yo he de procurar que tu natural curiosidad sea satisfecha...

Que ¿á dónde vamos? Á las Nieves, pues allí seguramente han de estar nuestros amigos los pajareros. Tendrás cuidado de no resbalar en las peñas y escabrosidades que en tal sitio abundan y de no quedar preso en algunos ojos negros ó azules, hermosos y picarones, los cuales quizá darán-te un *alto ahí* con tan brava gentileza, que has de quedarte hecho unas mieles de puro gozo.... Si-gueme lector y vamos de prisa, que es la tarde muy corta.

Ya estamos en las Nieves y cerca de nuestros famosos cazadores de pájaros.

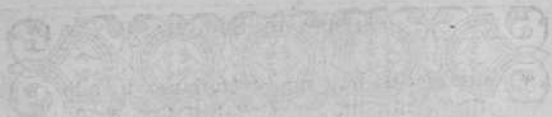
¡Qué bello cuadro tan rico de color se ofrece á la vista! Por todas partes, grupos de gentes rebo-sando alegría.... ¡Qué animación! ¡Qué ir y ve-nir! ¡Qué risas, qué cantares, qué bullicio....! El

furioso rasgueo de la guitarra alternando con el són acompasado del piano de manubrio, con los chillones sonidos del acordeón y con el golpeteo frenético y aturdidor del metálico y «clásico» almirez..... Sendas botas bien repletas de lo tinto de Arganda ó Ribera van por el aire, corriendo de mano en mano y de boca en boca, vaciándose con rapidez notable..... Pero ¿quiénes son aquellos bailadores que tanto llaman la atención, á cuyo alrededor se reúne la gente desternillándose de risa? Pues ni más ni menos que nuestros famosísimos pajareros, los cuales, en unión de sus esposas y de las respectivas proles, han «organizado» la más alegre danza que puede imaginarse..... Aquello no es bailar, sino un dar vueltas sin ton ni son, tropezando aquí, resbalando allá..... Las pobres mujeres de los exaltados cazadores de pájaros gritan hasta más no poder, asustadas, y ellos oprimiéndolas bien entre sus brazos para que no se escapen, rien estrepitosamente..... En fin, que hay que decirlo sin rodeos, de una vez:

Has de saber, lector amado, que nuestros amigos el guarnicionero de la Plaza, ó sea el Señor Rufo; Jeromo, el zapatero; Rogelio, el sastre de la calle del Angelete, y Santos, el barbero del Azoguejo, han «cogido una pítima» más que regular; pero

¡qué diablo! no hay que extrañarse de ello, pues «un día es un día» y el veinticinco de Octubre, aquél en que se festeja al santo segoviano, venerado patrón de esta querida tierra, el bendito San Frutos.





LA PLAZA DEL ALCAZAR

La Plaza del Alcazar es un espacio urbano de gran importancia en la historia de la ciudad. Desde sus orígenes, ha sido el centro de la vida social y política. En el pasado, albergó el palacio real y fue escenario de numerosos acontecimientos históricos. Hoy en día, sigue siendo un lugar de encuentro y de actividades culturales. Su arquitectura, que combina elementos de diferentes épocas, es una muestra del patrimonio de la ciudad. La plaza está rodeada por edificios de gran valor histórico y artístico, que contribuyen a su belleza y a su carácter único. En los alrededores, se encuentran algunos de los edificios más importantes de la ciudad, lo que hace de esta plaza un punto de referencia esencial para cualquier visitante. Su historia está ligada a la de la ciudad, y su evolución refleja los cambios sociales y políticos que ha experimentado a lo largo de los siglos. Hoy, la Plaza del Alcazar sigue siendo un espacio vivo, que sigue cumpliendo su función de plaza pública y de lugar de encuentro para la comunidad.



LA PLAZA DEL ALCAZAR.

DICE así el docto Colmenares en su Historia de Segovia, refiriéndose á la primitiva Iglesia Catedral de esta Ciudad.

«Su sitio era entre el Alcázar y casas que hoy son de los Obispos; su fábrica muy fuerte y una fortísima torre; la puerta miraba entre poniente y norte. Y al lado del poniente, tenían las casas Obispaes sobre los muros y postigo, que por esto se nombraba entónces del Obispo, y ahora se nombraba postigo del Alcázar. Como entónces (1) aun permaneciesen gran parte de la población y ciudadanos en lo que hoy y entónces se nombraba Puente Castellana y parroquias de San Márcos, San

(1) Año de 1144.

Blás, San Gil y Santiago, subían á la Iglesia Catedral, desde San Gil, por unos alcores anchos y empedrados, con pretilos ó antepechos á la parte de la cuesta y entraban en los muros de la ciudad, por un postigo arrimado á la caba del Alcázar fronterizo al otro del Obispo. Todo esto borró el tiempo, faltando la población baja, mudándose la Iglesia y cerrándose lo que hoy se nombra huerta del rey, siendo la humana inconstancia, constante efecto de los siglos.»

¡Hermosa frase, bello y profundo concepto este último del párrafo copiado: «siendo la humana inconstancia, constante efecto de los siglos.»

Así escribía el sabio Colmenares, hace más de dos centurias. ¿Qué escribiría ahora ¡Dios mío! en los actuales tiempos, hoy que ya mucho de lo que él vió en nuestra ciudad háse borrado, deshecho por la tenaz é incansable labor de los años; se ha derruido ó se ha desmoronado?

¡La plaza del Alcázar!

Al evocarla, yo no puedo menos de evocar también, algo de lo que fué, algo de lo que presencié, que no en balde la imaginación corriendo á galope, sin freno, por la memoria espoleada, á través de la Historia, en un instante reconstruye lo que los siglos mutilaron ó redujeron á polvo.

Yo veo así como en sueños el espanto y pavor que al Rey Sabio acometió en noche tormentosa, cuando un rayo penetró en el Alcázar, en la misma pieza donde aquél y la reina se aposentaban. Tal suceso lo consideró Alfonso como un castigo del cielo por haber dicho en secreto y en público, «que si hubiera asistido á la creación del mundo, algunas cosas se hicieran diferentes.»

Y aquella misma noche confesó arrepentido su impiedad, con Fray Antonio de Segovia, fraile franciscano, y algún tiempo después, mandó esculpir en derredor de la estancia donde el rayo cayera, un cordón que imitase al de San Francisco. Figúrome, asimismo, presenciar la entrada en el Alcázar, ya á punto de anochecer, de la reina Doña María y de su hijo, niño á la sazón de corta edad, que más tarde llamaríase Fernando el Emplazado, y veo también á Enrique III jurar solemnemente los privilegios de la nobleza segoviana, orar luego en el templo de San Martín y entrar después bajo palio por el puente levadizo del Alcázar famoso, como entró más adelante, quizás en igual forma, en 15 de Enero de 1407, el rey Don Juan II, á raíz de su coronación en la Iglesia Catedral.

Del Alcázar salió para coronarse en la Plaza

Mayor, cuando aún no contaba 24 años, la Reina Católica, la grande Isabel, entre los nobles y los gremios de la ciudad, sobre un palafrén, escoltada por cuatro reyes de armas, dando á los ojos contentamiento su belleza apacible, pues era «de estatura mediana bien compuesta, de color blanco y rubio, ojos entre verdes y azules, de alegre y severo movimiento, todas las acciones del rostro de hermosa proporción, en la habla y acciones natural agrado, y brío magestuoso.» Bajo rico palio de brocado recibiéronla hasta 18 regidores de la ciudad y después, subió en la Plaza al tablado construido exprefeso y, á seguida, un *faraute* gritó; «Castilla, Castilla por el rey D. Fernando y la reina Doña Isabel.» Y el real estandarte tremolose y sonaron músicas y aplausos estruendosos.....

Sobre su palafrén tornó la reina al Alcázar, luego de escuchar en la Catedral solemne *Te Deum* y de rogar al Poderoso «governase su corazón y el de su marido; y para aumento de la fé cristiana continuase tan favorables principios.»

Esa misma Catedral donde tal súplica elevó al cielo la Católica Reina, sirvió más tarde á los comuneros de robusta fortaleza para combatir á los leales del Emperador Carlos y defensores heróicos del Alcázar, á quienes capitaneaba D. Fernando de

Bobadilla, Conde de Chinchón..... ¿Cómo no interesarse ante aquella lucha encarnizada, ruda y tenaz, no obstante su horrible carácter de fratricida?

Aquél tesón y valor de un puñado de valientes parapetados en las torres del Alcázar; aquél furor ciego de los comuneros, encendido en el ideal hermoso de la libertad; aquél desprecio de la vida en unos y otros, ¿no son, quizá, una de las páginas más hermosas sinó la más hermosa de la historia segoviana?

—

Á consecuencia de esta larga y sangrienta lucha la antigua Iglesia Mayor quedó en tal estado, que hubo de abandonársela; de ella aprovechóse mucha piedra para construir la que hoy existe; sólo quedaron en pié algunos paredones, los cuales, andando los años, hiciéronse caer para formar la que hoy es Plaza de Armas del Alcázar, con motivo del desposorio del Rey Felipe II con Doña Ana de Austria..... El relato de la entrada en Segovia de esta princesa es ciertamente maravilloso. Segovia gastó un dineral en festejos, en arcos, en máscaras, que no en balde era entonces una de las ciudades más ricas y populosas de España.

En la Plaza del Alcázar, festejó, asimismo, nues-

tra ciudad, á otros reyes y príncipes, entre otros, á Felipe III, á Felipe IV y á su nuera Doña Isabel de Borbón.

.....
¡La Plaza del Alcázar!

En ella presenciáronse en otros tiempos magníficos desfiles de nobles y «ricos homes» vestidos de tafetanes, terciopelos, rasos y brocados; viéronse dentro de su recinto fantásticas mascaradas, extraños y admirables inventos que se exhibieron ante el asombro de reyes y magnates; en ella tronó la bombardarda entre aclamaciones entusiásticas de los gremios de la ciudad; en ella sonaron músicas de añafiles, atabales y clarines; en ella oyéronse choques de aceradas armas y disparos de arcabuces y ayes de agonía y gritos horribles de cólera, de rabia y de furor; y desde ella también vieron desolados los segovianos horroroso incendio, llamas monstruosas que subían crepitantes hasta el cielo para devorar en pocos momentos artísticos é inapreciables tesoros.....





EN EL "PUESTO,"

UN sol hermoso, ya de comienzos de verano, enviaba sus rayos brillantes y deslumbradores sobre la campiña. La vegetación, celebrando sus bodas entre aromas, rica de savia, ostentaba orgullosa el verde obscuro de su hojarasca, el pardo de la corteza de sus ramas y troncos, y el color de sus flores, las cuales cimbreábanse ó se estremecían al paso de la vivificadora brisa de la sierra, inundadas de luz.

En el chaparral mostrábase el comienzo de la estación veraniega con más vigor, si cabe, que en todo aquel contorno; por entre los tronqueuelos retorcidos y nudosos de los chaparros, salpicados de brotes y retoños, llenos de hojas, jugueteaban

los pájaros persiguiéndose y saltando, mientras que de sus gargantillas salían sin cesar piadas, gorjeos, trinos ó notitas dulces, prolongadas y cristalinas.

Por suave pendiente, siguiendo las sinuosidades de escabrosa vereda, caminaba de prisa un jóven, escopeta al hombro. Era de buena estatura, musculoso y delgado, de facciones correctas, algo pronunciadas, ojos oscuros, de viva y expresiva mirada y moreno el semblante, al que sombreaba una barbilla corta y negrísima.

Llevaba echado hácia atrás el ancho sombrero de fieltro, color café, y en la espalda sostenía enfundada jaula con un reclamo de perdiz. Por entonces era tiempo de cazar el *macho*, y nuestro joven, tirador consumado y cazador impenitente, aprovechaba lo claro y apacible de la tarde para ir al chaparral, sitio que pregonaba la fama como uno de los mejores cazaderos de perdices. Cuando llegó el joven al *puesto*, una especie de garita baja y sin techo, edificada toscamente con piedras menudas, se detuvo, y luego de desenfundar la jaula y colocarla convenientemente á unos seis metros de aquél, se acomodó en su interior, encendió un cigarrillo, metió un cartucho en la escopeta y empezó á atisbar por el agujero que de intento

ábrese como parte esencialísima en todos los «puestos» de perdices. Por esa aberturilla ¡cuántas de ellas caen asesinadas por el plomo mortífero del cazador traicionero!

La hembra, que estaba en la jaula, no bien se vió sola y envuelta en luz, se desperezó estirando las paticas; miró luego curiosa á todos lados, y, á poco rato, comenzó á picotear en los granos de trigo del comedero. Después, al contemplar la lozanía y verdor de la vegetación, al respirar aquel aire purísimo de la campiña, inició la perdiz una serie de alegres saltitos y revoloteos. Seguramente la invadió un íntimo goce, un grande placer, pues que enderezándose, echando adelante la redonda pechuga, ciñendo las alas á los costados y estirando el cuello, hizo salir de su garganta ese cloqueo especial de las perdices, canto de sonidos secos y entrecortados, que tiene algo del golpeteo de la carraca.

Este canto de la hembra no fué en balde lanzado á los vientos, pues no tardó en ser contestado por el más enérgico de un macho. El cazador, quieto en su escondite, preparóse á finalizar tan cariñosa correspondencia amartillando el gatillo de la carabina.

Pasaron unos dos minutos, siempre cantando la

hembra y el macho, aproximándose éste poco á poco á aquélla con cierta precaución.

No las debía de tener todas consigo. Quizá su instinto le indicase el peligro de muerte que iba á afrontar. Pero el amor le impulsaba y ¿cómo resistirlo? El cazador redoblaba su atención, no haciendo ni el más leve movimiento. De pronto, cuando todo marchaba á maravilla, cuando el ya confiado macho estaba casi á tiro, lanzóse inesperadamente á los aires, volando con rapidez suma.

—Deben de haberle asustado—pensó el jóven, sorprendido. De mal humor iba ya á levantarse para averiguar á qué obedecía aquello, pero, echando una casual y última mirada por el ventanuco del puesto, vió muy cerca, á pocos pasos..., ¡extraña, original y bella aparición!, á una joven lindísima.

Cayósele al jóven la escopeta de las manos, y el mayor asombro y estupor reflejóse en su semblante.

—¡Laura!—murmuró absorto,—Sí; es Laura...

Luego púsose á observarla, pues que el aspecto de la que así nombró, ofrecía en verdad algo de extraño. Venía andando despacio, contraído el rostro por una indefinible expresión de tristeza y melancolía, y muy bien conociase en su apostura y en la vaguedad de su mirar que su pensamiento

discurría por otros lugares distintos de aquéllos en que se hallaba. Vestía una sencilla bata de percal claro, algo corta; calzaban sus piés menudos, fuertes botitas de becerro, y en la cabeza llevaba un sombrero de paja, de ésos que usan en verano las aldeanas de Segovia, sombreros bonitos y artísticos, tejidos sólidamente, llenos de cintillos y lazos azules, verdes y encarnados; de alta y redonda copa y ala ancha prolongada hacia adelante. Aquella joven, por demás esbelta, de cintura estrechísima y redonda, elegante y distinguida en su porte, era blanca, muy blanca, de rostro oval, la nariz un poco aguileña, ojos rasgados y castaños, y el cabello del mismo color.

Quando llegó cerca de donde el cazador estaba oculto, se detuvo, poniéndose luego á contemplar las torres de la ciudad, que allá á lo lejos se divisaban, recortando con sus pardas siluetas el purísimo azul del cielo. Según se abismaba en tal contemplación, íbase marcando en su semblante un no sé qué triste y melancólico... hasta que dos lágrimas cristalinas se deslizaron suavemente por sus mejillas. El cazador que las vió sintióse invadido por una viva compasión, y sin poderse contener, se levantó emocionado, sombrero en mano.

—Laura... señorita Laura—murmuró.—Usted me dispensará si...

La joven no pudo contener un grito de espanto al ver á aquel hombre que á ella le pareció salía de las entrañas de la tierra. Luego se fijó en él y lo reconoció. Era un amigo suyo de la ciudad.

—¡Mariano!—exclamó asombrada—¿Usted aquí?

—Sí; vine de caza con el reclamo. Estaba ahí oculto y sin querer la he visto llegar muy triste y llorar después... Laura, yo soy como Dios me ha hecho; muy franco, qué sé yo, una especie de «hombre de las selvas» que sólo en la caza y en andar por el campo cifra todos sus placeres... Si usted me confiase la causa de su pesar y me utilizase en lo que quisiera... ¡Caramba! que yo no puedo ver que nadie se apene y llore en mi presencia.

Y con esto, el cazador terminó sus explicaciones, quedándose luego tan cortado y mustio, que la joven no pudo menos de sonreír. Le refirió ella que hacía cuatro días llegara á aquellos sitios con su familia, á la casa de campo donde todos los años, por aquella época, acostumbraba á pasar una temporada. Aquel día fué á dar un paseo al chaparral y si estaba triste y había llorado era... Aquí Laura interrumpió su relación ruborizada y confusa. Luego, después de muchas dudas y vacilaciones,

le contó que tenía un novio (ya le conocía Mariano) un novio que era muy ingrato. Le escribía todos los días y él, nada, ni una carta desde que ella estaba en el campo. Por eso estaba triste..... ¡Le quería tanto!

A todo esto la perdiz, desconsolada, sin duda, con la precipitada huida de aquel macho galante y rendido que antes la cortejara apasionado, había vuelto á iniciar su canto, dándole ahora tonos así como de queja, dejos amargos y sentidos. De súbito, á lo lejos, vióse contestada por otro canto «varonil» Mariano, entonces, sintiendo de improviso despertarse todas sus aficiones cinegéticas, por un instante olvidadas, todos sus terribles instintos de cazador alevoso y empedernido; no parando mientes en que estaba á su lado la candorosa joven, que nada menos que acababa de revelarle un íntimo secreto, confiándole también sus pesares; no pensando en otra cosa más que en dar muerte traidora al ave incauta que inocentemente acudía atraída por falaces cantos, cogió una mano á Laura nerviosamente, y la recomendó en voz baja, entrecortada y misteriosa, el más profundo silencio. Después, la condujo sigiloso dentro del «puesto.»

—Pero, Mariano—dijo Laura—explíqueme usted.....

—Por Dios, por Dios—contestó él ansioso y pálido—estése usted quieta, señorita, y siéntese, por lo que más quiera... La perdíz se acerca, ¿no oye usted cómo canta? No tarda ni un minuto en estar á tiro.

Laura, después de replicar algo, dominada por el tono y ademán enérgicos de Mariano que la decía ¡chits! poniéndose un dedo en la boca, alargando los labios con una expresión tal de misterio y de susto que al par que la daba miedo, casi la hacía retozar la risa, concluyó por sentarse y permanecer inmóvil, sin decir nada. Mariano se acomodó como pudo, pues las dimensiones del «puesto» eran muy reducidas.

El sol, rojo como un áscua, se iba ocultando en el horizonte. Ni una nube, ni un vapor empañaban la atmósfera. Los pájaros, entonando gorjeos de despedida, saludaban al crepúsculo; reunidos en pequeños y bulliciosos grupos, ibanse retirando á sus nidos, donde les esperaban impacientes los hijuelos. Las montañas de la sierra, obscureciéndose, parecían agrandarse, simulando sus crestas de roca formas de animales fantásticos y gigantescos. Oíase á los lejos el sordo rumor de un torrente que caía espumoso envuelto en ligera neblina por entre barrancos y quebraduras. Ocho ó diez cuervos re-

montaban calmosos los pinares de Valsain, y una pareja de gordos y corpulentos buitres volaba torpemente, estirando el cuello implume y con las fuertes garras recogidas, hacia uno de los peñascos más altos del chaparral.

Mariano no reparaba en tan agreste y hermosa escena; escuchaba anheloso el canto de las perdices, esperando con la escopeta al brazo, amartillado el gatillo, á que apareciese el macho á su vista por entre los matujos. Laura, que había sacado de uno de los bolsillos de su bata una carterita, escribía en ella de prisa, sobre una de sus rodillas.

El impenitente cazador, *el hombre de las selvas*, que cifraba todos sus placeres en vagar por los campos tras inofensivos cuadrúpedos y volátiles, abandonándolo todo, aun lo que fuese más de su agrado, con tal de cobrar dos ó tres piezas; Mariano.... miró á Laura y sintió latirle con fuerza el corazón. ¡En verdad que estaba hermosa é interesante la joven! Se había quitado el sombrero y ¡vaya una cabeza bonita! ¿Y su cara, llena de gracia y de atractivo? ¿Y sus mejillas, sonrosadas con el sonrosado de las manzanas maduras? ¿Y sus labios, unos labios rojillos como fresa en sazón?

El macho, el esperado macho de perdiz, se apro-

ximaba al puesto arrogante... Llegó ya á estar á tiro; no había más que enviarle una perdigonada, y, sin embargo, Mariano no se dió trazas de hacerlo. Había dejado deslizar la escopeta hasta el suelo, y toda su atención la reconcentraba en Laura. ¿Qué escribiría? ¡Siempre sería al novio! Semejante idea, aparecida de pronto en su mente, le mortificó. Sintió así como ira, despecho y pena, todo junto.

Sin que nada le hiciese temer, se acercó el macho de perdiz á la hembra hasta casi tocarla. Huecas las alas, púsose á hacerle la rosca, parándose de cuando en cuando para acariciarla con el pico por entre los alambres de la jaula. Mariano no vió esto y aunque lo hubiere visto, es seguro que dejara al macho entregarse en paz á sus devaneos.

Estaba abstraído en la contemplación de Laura, teniendo en ello un goce tan puro é inefable, que bien hubiera querido permanecer así toda la vida.

Terminó la joven de escribir y después miró al cazador.

—¿Y la perdiz?—le interrogó en voz alta.

Mariano iba á responder algo; pero antes de que dijera palabra echó á volar el macho de perdiz, batiendo las alas estrepitosamente. Laura, entonces, lanzó una carcajada argentina y sonora que

amoscó un poco al cazador; y después, consultando el lindo reloj que llevaba escondido en el pecho, y advirtiéndole que ya el sol trasponía el horizonte, se ruborizó... Dobló con precipitación las hojas de papel que había escrito, y en seguida, algo confusa y vacilante:

—Mariano—dijo temblándole la voz,—espero que no diga á nadie que hemos estado aquí juntos... Había escrito á mi novio... Pensaba, aprovechando el ofrecimiento de usted, abusando de su bondad, que usted... le llevase estas líneas.

Mariano, lívido, sin darse cuenta de lo que hacía, mordiéndose los labios, cogió la escopeta; luego dirigióse rápido hacia donde estaba el réclamo, metió la jaula en la funda, la sujetó á la espalda en un santiamén, y, sin despedirse de la joven, echó á correr por entre los chaparros, á pique de estrellarse.

Laura quedóse absorta; pero comprendiendo ó mejor dicho, explicándose el proceder de Mariano, así como lo que en su alma había pasado, de sus ojos se desprendió una lágrima y ¡extraño contraste! en sus lábios se dibujó una dulce sonrisa.

La lágrima al evaporarse, desvaneció cariñosos recuerdos, y la sonrisa al aparecer, creó un amor ardiente, apasionado é inacabable.



LA PROCESIÓN DEL CORPUS.

PPRIMERO, un soberbio estandarte bordado en oro; luego, otro más sencillo perteneciente al Hospicio; á continuación doce pendones y doce mangas parroquiales, más ó menos ricas y valiosas, rematadas por cruces de plata ó de metal, casi todas artísticas, magníficas algunas, góticas ó platerescas; después, la música Hospiciiana, luciendo los muchachos que la componen uniforme azul y rojo; seguidamente, el bello carro triunfal que conduce la Sagrada Forma dentro de lindísimo templete de aflagranada plata, reluciente, esplendoroso; más atrás, el señor Obispo bajo el palio, las autoridades, el concejo, la banda de la Academia de Artillería, que entona una marcha solemne y,

por último, el piquete de honor formado por brillante sección de alumnos artilleros.

Preséntase así á los ojos la procesión; si á narrarla se pusiera un detallista, seguramente encontraría en ella materia sobrada para escribir muchos pliegos, pero ¿á qué detallar? Yo sólo veo en el soberbio cortejo (aparte de su significación) una mezcla de vivos colores, un conjunto de sones y ruidos bulliciosos, centelleos que rielan entre la masa de la multitud, brillos de joyas, de galones, de bordados; la plata y oro de los sagrados símbolos, el albo y negro ropaje de los sacerdotes, el relucir de las armas... Contemplo extasiado aquel desfile majestuoso que se retuerce por las vetustas calles de la ciudad á las cuales hace retemblar con su clamor, mientras las campanas todas de los templos, briosamente lanzadas á vuelo, llenan el espacio con sus metálicos gritos de intensa alegría, de desbordado gozo.

Los antepechos de los balcones, el trozo de fachada sobre el que se abre una ventana, desaparecen bajo las colgaduras, á cuál más vistosa, á cuál más variada, entre las que suele aparecer medrosica la colcha *tradicional*.

.....
Lo más característico de la procesión, su más

hermoso detalle, fué siempre aquel llover de hojas de rosa que, perfumando el aire, van poco á poco cayendo sobre la esplendente carroza, sobre la cabeza y sobre los hombros de los sacerdotes, sobre los apuestos militares que aquella custodian, y sobre la rica tela del palio.

Se disuelve la procesión en la Catedral; pendenes y mangas parten en distintas direcciones, de prisa y corriendo; se les vé culebrear por entre los cañones y armones del Regimiento de Artillería en la Plaza Mayor situados, y los cuales pónense en movimiento, con el aviso de los sonoros clarines... De allí á poco, organizase, en la acera de los Soportales animado paseo, donde la joven casadera luce garbosa el vestido acabadito de hacer, y el «rancio» segoviano, el guardador de usos y costumbres, ostenta la ropa de los días que repican gordo.

Es el día de *Corpus* de aquellos pocos en que nuestra *vieja* Segovia sálese de sus casillas, tornándose de tranquila y apacible, en alegre y clamorosa; que no en balde dice la española musa popular:

Tres días hay en el año
que relumbran más que el sol:
Jueves Santo, *Corpus Christi*
y el día de la Ascensión.



LOS CADETES NUEVOS.

DIERON el último abrazo de despedida á la madre cariñosa que con lágrimas en los ojos encargales, entre otras cosas, tengan mucho cuidado con el frío y con las humedades; que sean muy formales... ¡ah! y que estudien mucho y que por la noche se recojan pronto.

Las mismas manos maternas que estrecharon contra su corazón al hijo adorado, fueron las que hicieron el baul, empleando en tal faena solicitud incomparable. ¡Con qué mimo doblaron el flamante uniforme de dorados botones, tan serio y elegante! Junto á él colocaron el ros y la teresiana, bien envueltos y en el mejor sitio para que no se abollen. Nada falta en el baul. Bien cerrado y lia-

do, échalo el mozo de cordel sobre sus duras aspal-
das; se va calmoso; su paso suena sordamente en
la escalera cada vez más lejano... No hay tiempo
que perder; estallan los últimos besos, y con voz
ahogada, repítense una vez más las prevenciones
y recomendaciones paternas. La madre condensa
todas en una al deslizar en los oídos del hijo, an-
helosa, breves palabras: «¡Que no pierdas el es-
capulario»; ó bien: «No dejes de besar todos los
días la medalla de la Virgen.»

Ya subió al tren el joven militar. Campos, pue-
blos, montes, ríos y valles sucédense ante sus ojos.
Casi los ve, que su mente está preocupada, inquie-
ta con los candentes recuerdos de lo que abandona
y con lo desconocido que le aguarda. De pronto, de
uno de sus bolsillos extrae una cartera; la abre y
sonríe placentero; la fé brilla en sus ojos. Ante
ellos muéstrase un retrato. Es el de una cabeza
hechicera y juvenil, de frente pura y ondulados
bucles, la cual contará apenas diez y seis abriles...
¡Niña hermosa que la ostentas, yo te saludo al
evocarte, como también saludo al que es dueño
afortunado de tu corazón!

Las casas de huéspedes están repletas de alum-
nos de Artillería; en los cafés, en los paseos, en

todas partes se les observa agrupados ó en parejas; casi nunca solos. Cuando salen de la Academia, materialmente inundan la población; se esparcen por ella en todas direcciones, con los libros de texto bajo el brazo, caminando de prisa, alegres...

Pero no. No es esto verdad en absoluto; los *nuevos* no van alegres. Si los observais bien, notaréis en su semblante una vaga expresión de melancolía ó de tristeza, algún tanto disimulada por el amor propio de los jóvenes.

La mayoría de ellos, al venir á Segovia, al vivir en Segovia, comienzan á ser hombres para dejar de ser niños. Encuéntranse únicos dueños de sí mismos. La vigilante mirada paternal ha cesado de pesar inmediata sobre sus acciones. Una vez cumplidos sus deberes en la Academia, sin dejar de tener en cuenta otros que el honroso uniforme les impone, véense libres; pueden ir á donde gusten, á donde se les antoje dentro de la ciudad; divertirse, vagar por los sitios que mejor les acomode... En cambio, falta en su casa el celo de la madre, el celo de la hermana, aquel celo que prevé los menores deseos, que se preocupa de palideces, de ojeras, de inapetencias, de que la ropa esté limpia, la camisa bien lavada, las botas relucientes, el cuarto sin polvo, mediada de agua la jofaina, la toalla en su

sitio, la cama bien mullida, tersa, blanda... Luego ¿cómo llenar aquella ausencia de las voces queridas é inolvidables, con los varoniles acentos de los compañeros y el rudo é indiferente de la patrona?

El hijo de Euskaria y el de la Montaña, y muy principalmente, el astur y el gallego, sorpréndense no poco al oír á cada momento en lugar de los dejes de su tierra, los enérgicos relieves de la palabra castellana, pronunciada aquí en la región, cuna del idioma.

El meridional admírase también de nuestros usos, y no transige con la seriedad y gravedad propias del nacido en esta parte central del país.

Si el gallego y el astur echan de menos la perla neblina que de continuo flota en torno de sus verdes montañas, el *fungar* del carro en la *corre-doira*, la música encantadora de sus alboradas, de las giraldillas, «alalalas» y «muiñeiras» finalizadas por el *aturuxo*, grito salvaje, estridente y lúgubre, sin duda heredado del guerrero grito céltico; si echan de menos—digo—el astur y el gallego, sus bellísimas playas, su mar azul, su ambiente suave, sus brisas aromosas y frescas, el meridional no puede olvidar aquella su tierra de *María Santísima* en que vió la luz, la tierra hermosa que arde bajo un cielo brillante al que abrasan los ra-

vos de oro de un sol espléndido; risueño edén en que todo vibra exuberante de sonidos y colores, donde los cantares son ayes armoniosos, sollozos del corazón apenado, lamentos del amoroso desengaño, penas del querer, á las cuales envuelven quejumbrosas armonías, vapores de lágrimas, nacidos en las cuerdas de una guitarra...





BUÑUELOS Y CASTAÑAS.

EN la plaza del Azoguejo, junto á uno de los arcos del magnífico Acueducto, se armó el tenderete; colocóse en su interior una gran caldera mediada de aceite y debajo de ésta, prendióse fuego, á un brazado de ramas de pino, las cuales arden alegres y crepitantes, lanzando á lo alto negra nube de humo.

Ya el líquido oleaginoso borbotea esparciendo en derredor su olor picante, del cual ha dicho alguien (creo que Eusebio Blasco) que es el rey de los olores en la española cocina.

Un hombre con los brazos remangados hasta el codo, ceñido al cuerpo largo y blanquísimo mandil, exhibe su pulcra persona iluminada por la luz

intermitente de la hoguera y la muy viva y flameante de dos mecheros de gasolina.

Con solemne ademán coge el hombre indicado un poco de masa de la contenida en un barreño; la modela con sus dedos ágiles, la estira, la redondea, la abre por el centro, y acto seguido, altivo, soberbio, con desdeñoso gesto digno de olímpico dios, la arroja en el hirviente aceite, el cual con sus chasquidos, rumores y erupciones de burbujas, parece que se revuelve airado contra la inesperada intrusión...

Prontamente acude otro hombre enmandilado á voltear rápido la masa con un alambre, y, de allí á breves momentos, colgada de este, sácala ligero y donairoso de tan horrible suplicio. Con lo cual, cádate ya hecho el dorado y rico buñuelo, el manjar «clásico» que el segoviano rancio saborea el 1.º de Noviembre, día de todos los Santos, porque así lo manda la tradición.

Ved ya dentro de su cajón ó del portal, á la castañera, dale que le darás al fuelle, agitando con frecuencia la cribada olla donde se asan las castañas, crujendo y chasqueando.

Las rojas brasas chisporrotean en la hornilla, en tanto que una nubecilla de humo brota de ellas sin

cesar para volar por la calle, como diciendo: «Aquí están las castañas, las ricas castañas.»

—¡Calentitas, calentitas y gordas!—grita la castañera de cuando en cuando, sin interrumpir su faena.

Grupos de chicuelos se acercan al «puesto» ansiosos, registrando los bolsillos.

¡Qué placer si poseen dos ó tres perros chicos, que poder cambiar triunfalmente por castañas!

¡Qué decepción, qué pena, si, luego de inútil requisa en la vestimenta, tienen que contentarse con mirar codiciosos cómo van aquéllas del cesto á la olla y de la olla al plato!

A pique de quemarse el rostro, se arriman al hornillo para..... ya que no con la boca hecha agua, comerse las castañas con los brillantes ojuelos, relamiéndose de gusto, meneando á un lado y á otro la cabeza, diciéndose con triste acento:

—¡Mecáchis!

¡Bulliciosos chicuelos; lindas y graciosas costurerillas; parejas enamoradas que al anochecer transitais por la calle Real...! Yo bien sé que entra alegre en vuestros oídos el grito gangoso de la vieja castañera:

—¡Calentitas, calentitas y gordas!



JUEGO DE LUZ.

ROMANA es fea, horriblemente fea, pero en cambio, su alma es muy hermosa. Posee una imaginación viva y soñadora y un corazón accesible á delicados y tiernos sentimientos.

Todos los días, en invierno y en verano, salva de prisa el corto trayecto que separa su casa de la Catedral, no más el sonoro esquilón comienza á voltear en lo alto de la robusta torre con su golpeteo acompasado, el cual no cesa durante el cuarto de hora que precede á las nueve de la mañana.

Una vez dentro del templo, Romana oye misa devotamente, leyendo en su devocionario ó recitando á media voz oraciones y plegarias.

.....
Cierta mañana tibia de primavera, mientras sus

labios temblaban con el murmurio de un rezo, vagó su espíritu por regiones luminosas y fantásticas; voló embriagada por ellas, sintiendo germinar en su pecho ardientes deseos.

Brotaban del órgano armónicos acordes que se deshacían en arpegios delicados; modulaba con exquisita dulzura un tiernísimo canto, el cual destacábase temblando entre el potente son de las notas bajas y el fugaz plañir de las altas, que semejaban suspiros y lamentos ó risas argentinas y entrecortadas.

Tan armoniosa y bella música se tradujo en el exaltado espíritu de Romana en amorosos cantos, en apasionados acentos. Latió su corazón precipitado, vibraron sus nervios, brillaron de placer sus ojos... se sintió feliz; pero, de pronto, un doloroso recuerdo, el de su fealdad, apagó aquella luz esplendente que su sér iluminaba, reflejo engañoso de una dicha que no estaba á su alcance. Los encantos, las dulzuras del amor no existirían nunca para la pobre fea, condenada por su sino á forzoso retraimiento, á continua tortura... Súbitas resbalaron por las descoloridas mejillas de Romana ardientes lágrimas que fueron á perderse entre las hojas de su devocionario... Maquinalmente comenzó á leer en él por cualquier parte, á la ventura:

«Semejante al pelícano y al buho que se van á los desiertos, huyo cuanto puedo de los hombres.»

¡Qué bien respondía esto á sus pensamientos! También ella huía de los hombres porque todos la menospreciaban, no la comprendían, burlábanse de su fealdad.

«Paso las noches enteras llorando y como ave solitaria busco los rincones escondidos de mi casa.»

«No encuentro gusto en el alimento que me es preciso tomar y mezclo mis lágrimas con mi bebida.»

(Un sollozo oprimió su garganta...)

«Mis días pasaron como sombras; estoy marchito como el heno ya segado.»

Leyó aún Romana este salmo tan sentido... Luego cerró el devocionario y exhaló su alma acongojada en una fervorosa oración.

—

Por las grandes puertas de la Catedral penetraba dulcemente la brisa tibia y húmeda, y con ella, bullendo entre sus alas, trinos y gorjeos de pájaros, alegres gritos y risas de chicuelos que corrían jugando por la calle, sonos confusos de pianos, voces de vendedores ambulantes, sonoro y clamoroso repiqueteo de campanas... La vetusta ciudad se re-

juvenecía al sentirse acariciada por el ambiente primaveral.

Un ciego parado junto á una de las entradas del hermoso templo, cantaba, con plañidero y gangoso tono, coplas ininteligibles, rasgueando en una guitarra desafinada y cascajosa.

De improvise, dos golondrinas volaron vertiginosas por encima del lugar donde se hallaba Romana, casi rozando con sus alas el artistico enrejado del presbiterio, al tiempo mismo en que el sol, desgarrando las entrañas de una nube, descomponiendo su luz esplendorosa en los pintados vidrios de las altas ventanas ojivales, penetró á través de ellos, inundando las soberbias naves con policromos y vivos resplandores.

Al notarse envuelta Romana entre los rayos de aquella luz, la invadió un estremecimiento de dulce bienestar...

De nuevo las golondrinas tornaron á pasar con rápido vuelo, piando, sobre la cabeza de Romana, quien siguiólas con la vista como embelesada, sonriendo levemente...

Cómo entonces fué transformada por un juego de luz, será siempre misterio indescifrado, sibilino enigma, pero á él debido, bella fué la sonrisa dibujada en los labios de la pobre fea, dulce y expre-

sivo su mirar, agraciada la expresión de su semblante, linda su actitud, hermosa su presencia.

.....

Ocultóse repentino el sol y Romana volvió á mostrarse cual era realmente.

Su belleza creada por la influencia mágica de un juego de luz, duró el tiempo que dura un rápido beso.

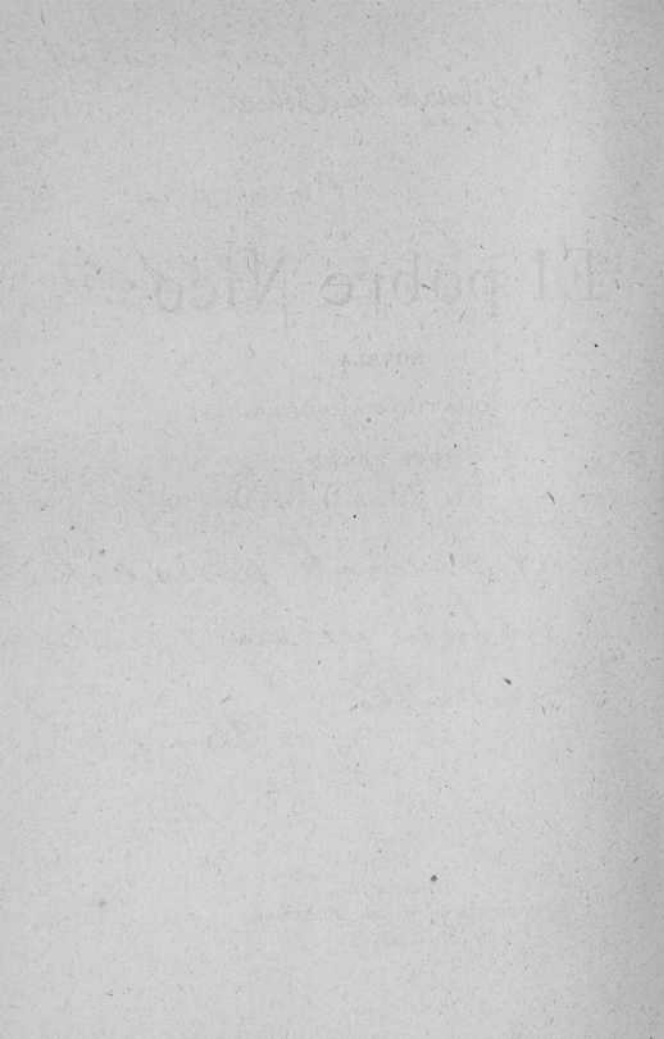
FIN.

A D. Faustino Navarro
yrete

Recuerdos de
El autor

EL POBRE NICO suplica
al brillante periodista una
noticia de su vida al
mundo.

Por el
To



Silverio de Ochoa

El pobre Nico

NOVELA

CON «CUATRO PALABRAS» DE

JOSÉ RODA O



SEGOVIA:
Imprenta del DIARIO DE AVISOS.
1901



*A la ilustre Sociedad Econó-
mica Segoviana de Amigos del
País, en testimonio de consideración
El Autor,*

Segovia y Marzo de 1901.

CUATRO PALABRAS

Al espirar la tarde, una de aquellas tardes tristonas y frías, tan frecuentes durante el pasado Febrero; terminada en la redacción nuestra diaria tarea, salimos Silverio de Ochoa y yo á la calle, con el propósito de que el aire libre refrescase nuestras cabezas caldeadas, más que por lo fatigoso del trabajo, por lo enrarecido de la atmósfera que se respiraba junto á la enrojecida estufa, inmediata á la que llamamos mesa de batalla.

Una llovizna empalagosa, con honores de nieve comenzó á azotar nuestras mejillas, medio ocultas con los embozos de las capas y, de vez en cuando,

quedaban por completo al descubierto nuestros rostros, á impulsos de la ventisca que los maltrataba brutalmente.

Era, en fin, una de esas tardes que han conquistado para Segovia el triste privilegio de figurar siempre á la cabeza de las poblaciones donde la temperatura llega á lo verdaderamente pasmoso.

¡Y pocas veces estará tan justificado el empleo del calificativo!

—No nos queda, amigo Pepe, otro refugio que el hermoso y bienhechor refugio de la lectura—dijo Silverio, con esa gravedad suya, nada fingida, que le acredita de hombre formalote y que hasta llegarla á darle aspecto de orgulloso, si no pudiéramos, cuantos le tratamos, testimoniar de su modestia y de su sencillez encantadoras.

—Pues... ¡á leer tocan!—exclamé medio cantando, como si comenzara á entonar un himno guerrero, y á los pocos minutos entrábamos los dos en el cuarto de trabajo de Ochoa, dispuestos á encontrar, entre su pequeña y bien elegida biblioteca, alguno de nuestros autores favoritos, que nos endulzara aquellas horas de amargo aburrimiento, tan frecuentes en poblaciones como Segovia, para los que consideraríamos como un castigo tremendo y cruel que se nos obligara á permanecer

dos horas seguidas, oyendo en el café el machaqueo insoportable de las fichas del dominó, ó el envido y quiero de los que entretienen sus ocios en el casino.

—Aquí—dijo Silvio, que así le llamamos los compañeros, desde que hizo simpático ese pseudónimo, al esgrimir sus primeras armas literarias—encontraremos los predilectos...

Y, acompañando la acción á la palabra, abrió el cajón de su mesa de despacho en el que, cuidadosamente atadas con balduque, había un montoncito de cuartillas que, aunque pretendió con disimulo ocultar á mi vista, no pudo conseguirlo.

La candorosa y tímida doncella, á la que la madre sorprende leyendo la primera carta de amor, no siente el rubor y la contrariedad que se reflejaron en el rostro de Silvio, al notar que yo había advertido la existencia de aquellas cuartillas, seguramente allí depositadas con tanto cariño como desconfianza de que un día pudieran ser lanzadas á los vientos de la publicidad.

—Hay que leer eso—dije casi imperativamente, y, parapetándome en la confianza fraternal que engendró nuestro frecuente trato y nuestra identidad de aficiones y de tareas oficinescas y lite-

varias, eché mano al legajito de cuartillas, incurriendo en la indignación de mi amigo.

—Lo leeremos—exclamó Ochoa—puesto que no me queda otro remedio; pero te advierto que esas cuartillas, escritas al correr de la pluma, sin retoque alguno y, como suele decirse, á ratos perdidos, están destinadas á dormir en ese rinconcito el sueño eterno. Se trata de una novelita ligera y candorosa; mejor, de un conato de novela, desarrollada con más entusiasmo que fortuna, que he escrito sin ulteriores propósitos y sólo por dar rienda suelta á estas aficiones pecaminosas...

Y como, aun dándome por convencido, apremiase á Silvio para que no retrasara la lectura de las cuartillas, ruboroso y casi trémulo, como mozalbete á quien se obliga á recitar la última lección aprendida, ante desconocido auditorio, leyó mi querido compañero la novelita que habrá de quitar á ustedes el mal sabor de estas líneas.

No he de consignar la impresión que la lectura me produjo, porque algún mal pensado podrá sospechar que yo trataba de escribir un prólogo con cierto disimulo, que disculpara un atrevimiento, del que Dios me libre. Pero lo que no he de callarme es que á mi tenaz insistencia cerca de Silverio, se debe la publicación de EL POBRE NICO-

Y conste, para justificar mi tesón en la campaña, que aunque Silvio es uno de los gallegos más entusiastas de su tierra, cuando se propone ser terco dá quince y raya al baturro más empedernido.

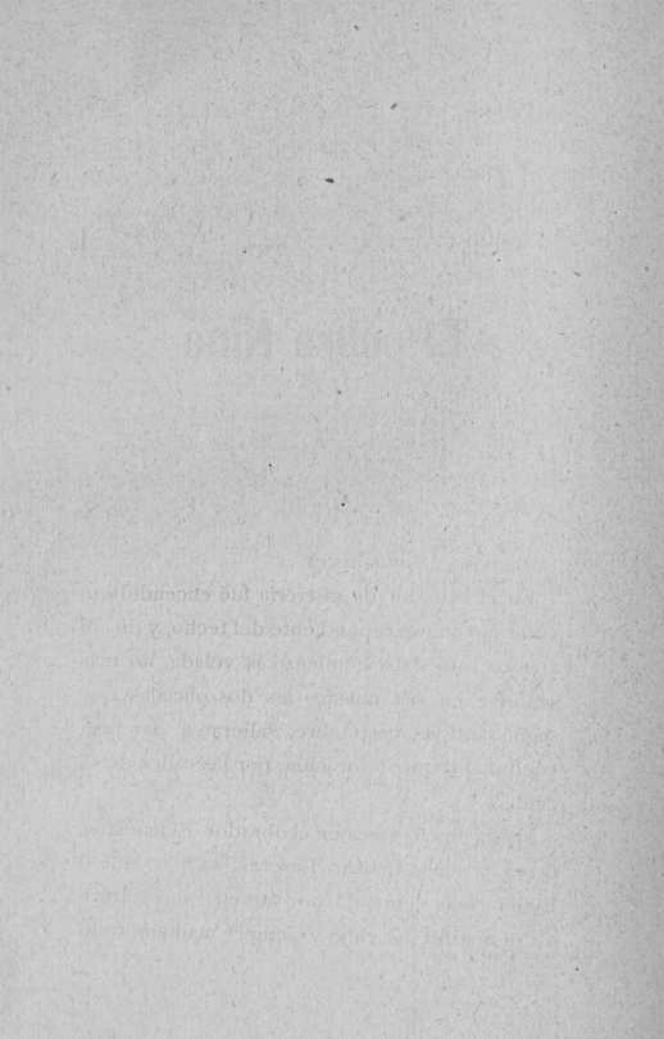
Soy, pues, el único acreedor al castigo que, ante los severos señores de la crítica, pueda merecer, si alguno merece, esta hazaña y ¡ojalá me pertenecieran con igual justicia los aplausos que han de tributarse al autor de EL POBRE NICO!

No soy, y lo lamento, el padre de la criatura; pero no renuncio á los elogios que como buen comadrón me correspondan.

¡Porque, cuidado que he tenido que emplear el fórceps de mi insistencia, para que Silvio se decida á dar alas y vida á EL POBRE NICO!

JOSÉ RODAO.

Marzo, 1901.



El pobre Nico

I

Acababa de anochecer.

En el obrador de sastrería fué encendido el veterano quinqué, pendiente del techo, y de allí á poco rato daba comienzo la velada, no más sentarse en sus puestos las dos oficialas que según antigua costumbre, salieran á dar una vuelta, al toque de oración, por las calles de la ciudad.

Había mucha tarea en el obrador. El maestro, ó sea el señor Urbano Laseras, su hijo Mile ó Emilio, más conocido por aquella abreviatura de su nombre; el viejo y siempre malhumorado

Crispulo, que era como una institución en la casa donde llevaba trabajando más de veinte años; las oficialas Andrea y Juana, hermanas las dos, mbrenas, vivaces, jóvenes, no feas y siempre tentadas de risa que brotaba de sus labios con el más fútil pretesto; y, por último, Nico ó Nicomedes, un pobre mozo de muy corta estatura, regordete, cariancho, que soportaba con admirable resignación descomunal joroba, continuo blanco de burlas, las cuales sufría riendo filosóficamente; he aquí cuantos en el obrador á que se alude dieron comienzo á su trabajo en una cierta noche de invierno, del riguroso invierno de Puentealta, la castellana ciudad que vive hoy entre soberbias ruinas de su pasado, espiritual vida de gloriosos recuerdos.

El señor Urbano debía de tener en lo más oculto de su cuerpo algún curioso mecanismo con sinnúmero de ruedecillas, muelles, palancas y cremalleras, en vez de corazón y nervios sensitivos y motores, pues sólo así fuera posible explicar sus movimientos automáticos, sujetos todos, sin excepción, á riguroso compás, pero un compás lento, hasta cierto punto magestuoso. Salían las palabras de su boca con igual

y reposada entónación; si andaba, sus pasos no se diferenciaban ni un centímetro los unos de los otros; alargaba ó encogía los brazos y las manos, movía en distintas direcciones la cabeza, doblaba y enderezaba el cuerpo y sus extremidades inferiores, cual si tales partes del sér en que estaba domiciliada el alma del señor Urbano Laseras, no fueran de carne y hueso, sino propias de un maniquí, obra acabada de genial artífice.

Había que ver al señor Urbano cuando de pié y detrás de su mesa de cortar se entregaba de lleno á los preliminares de esta tarea de su oficio, germen ó sustancia del mismo, quinta esencia del arte indumentario, matriz de la cual brota la inspiración para guiar el jaboncillo de sastre que febrilmente va trazando las piezas de una levita ó un pantalón, el aristocrático frac ó la democrática chaqueta; había que ver al hombre dibujando sobre el paño extendido en su mesa de cortar, concienzudos planos de donde salían las partes componentes de un traje de varón, según los últimos figurines. Mile se volvía todo ojos, al parecer; Crispulo dirigía al soslayo alguna mirada á la obra de su maes-

tro; las muchachas se ponían serias, clavando sus agujas en lo que traían entre manos con cierta solemnidad, y Nico, dejando su labor, entreabría la boca que casi le llegaba de oreja á oreja, enderezando su desgoznado busto cuanto podía para no perder ninguno de los trazos del dibujo.

De vez en cuando el señor Urbano, con su voz acompasada que parecía salida de un tubo de órgano, interrogaba á su hijo:

—¿Ves hombre?

Mile contestaba afirmativamente y parecía embeber más sus ojos en la tarea de su padre, hasta que acabada esta, el señor Urbano se apartaba de la mesa, sentábase en una silla á el destinada, liaba un cigarro y hacía una seña á su hijo, el cual, cogiéndola al vuelo, metía el filo de la tijera por las líneas del dibujo paternal. Entonces las muchachas volvían á sonreír mirando á Nico, quien abatiendo el busto, la emprendía de nuevo con su labor; y en tanto Crispulo carraspeaba y tosía adrede, entregándose ardorosamente á la suya.

Dábanle á Mile cuando al corte de prendas de vestir se dedicaba, frecuentes calofríos, aun-

que en el aire reinase bochornosa temperatura, y es que el muchacho, ya talludo, pues frisaba en los veinticuatro, al hacer aquella operación, era cosa sabida; empezaba á decirse mentalmente, influido, sin duda, por algún genio malféfico: «Que me equivoco, que me equivoco...» y aunque él realizase esfuerzos inauditos para no perder la serenidad, vencía casi siempre, por no decir siempre, aquel diablejo que le soplabá al oído, y Mile se equivocaba, ó lo que es lo mismo, ras... cortaba la tijera por donde no debía y él quedábase como quien ve visiones.

Las muchachas, siempre atentas á lo que á su alrededor acontecía, se esforzaban por contener la risa; Crispulo tosía más fuerte; Nico impasible, como si tal cosa, y el maestro ¡ah, el maestro! El maestro, sin que se le notase el menor cambio en el rostro, enderezábase con mucha parsimonia, daba un paso, luego otro y otros dos más reposadamente, llegaba junto á la mesa, clavaba sus dos ojos grises en Mile, movía un poco la cabeza hacia un lado, y el mozo, recobrándose como por ensalmo, salía del obrador con extraordinaria ligereza, pues si así no lo hiciera, iba la vara de medir á cho-

car bruscamente en su cuerpo sin reparo á sus veinticuatro abriles.

No había fuerzas humanas capaces de inculcar á Mile, con toda extensión, el oficio de su padre; sin querer, la aguja y el dedal se le escapaban de los dedos; el jaboncillo y la plancha le causaban náuseas; detestaba las tijeras y demás adminículos de la sastrería, no pudiendo convencerle de su bondad y utilidad los consejos del autor de sus días, quien no desperdiciaba ocasión de sermonearle en tal sentido, pero Mile, aunque apreciaba iban encaminadas á su futuro bienestar las paternales filípicas, y aunque se propusiera cien veces tomar cariño al oficio, el propósito nunca llegaba á resolverse en pruebas fehacientes, porque es el caso que cuando en el obrador se entregaba Mile á la tarea, de pronto, acudía á su mente un lindo compás de vals ó de mazurca, el cual sonaba en sus oídos como escapado de arpa eólica ó discreto laud. Procuraba librarse del encanto que le producía la improvisación, pero á aquél compás seguía otro y otro venía luego arrebatador, hasta que el encanto, se revelaba: primero, en ligeros vaivenes de cabeza, luego, acentuándose estos,

en un siseo debil al principio, que adquiriendo cuerpo, convirtiase en un silbar medrosico; y más adelante, en tarareo bullicioso, coincidiendo invariablemente tal grado de entusiasmo filarmónico, con el abandono de la costura que Mile tenía entre manos, todo lo cual paralizaba el trabajo en el obrador, poniendo á Andrea y Juana casi á punto de estallar de risa.

En la noche cruda del invierno puentealtense de que antes se habló, cuando el señor Urbano, Mile, Crispulo, Nico y las risueñas oficiales, daban comienzo á la velada, esperábales árdua labor, cual era rematar unas vestiduras sacerdotales, con su complemento de bonetes y solideos, que á todo hacía el acreditado taller del maestro Laseras.

Aquella noche se prolongó la velada más de lo acostumbrado; desfilaron las horas, y aun no acabaran de sonar las nueve en la torre de la cercana catedral, cuando por el hueco de la puerta que al obrador daba acceso, entróse con gran bullicio una lindísima joven, como de veinte primaveras, muy blanca de rostro, los ojos negros y habladores, algo baja de estatura y talle primoroso.

—Vamos, padre, Mile, á cenar— exclamó, retozándole la alegría en el semblante, que era un prodigio de animación.

Y dió á Crispulo un papirotazo en la gorra y pellizcos á las oficialas y á Mile; le encasquetó á Nico un bonete, púsose ella otro con gracia picaresca, y delante de su padre que estaba sentado en un sillón de cuero tras de la mesa de cortar, inició un bailoteo atolondrado, palmo-teando regocijada é imitando con su boca hechicera el plañido de la dulzaina.

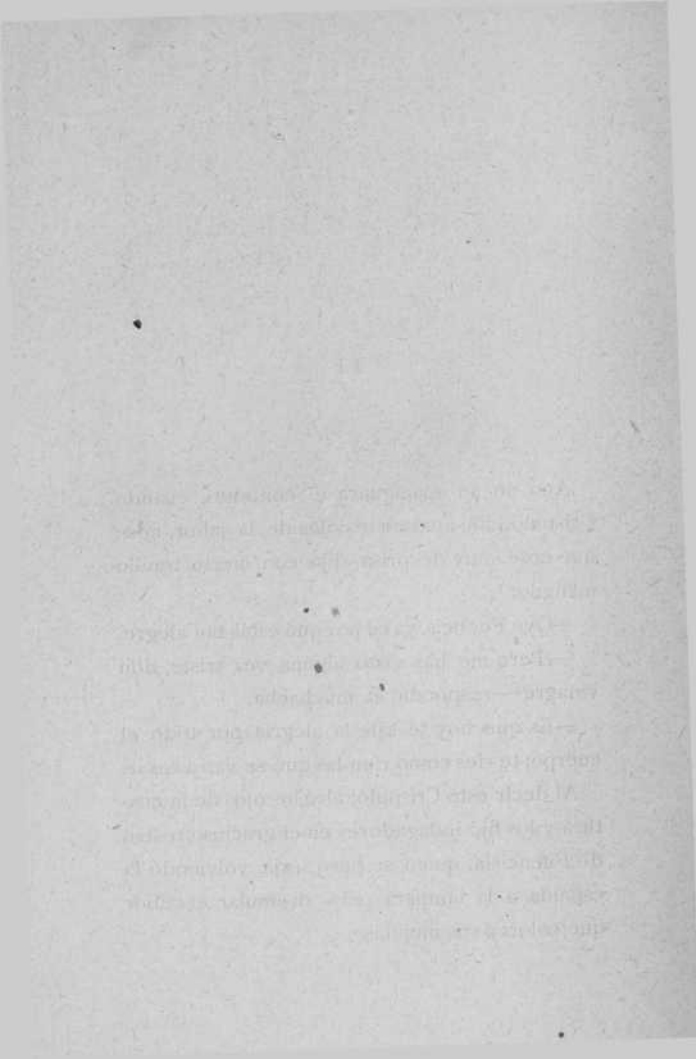
El señor Urbano, sin levantar la vista de un cuello de capa talar en que respunteaba, dijo con su voz calma:

—Fuencisla, ten' juicio; ahora, vamos.

Crispulo levantó la cabeza, y colocándose bien la gorra que el papirotazo inclinara sobre una de sus grandes é hirsutas orejas:

—Vaya un respeto que tienes á tu padre— murmuró con avinagrado gesto, que la linda muchacha acogió: primero, riendo á todo reir, y luego, poniéndose frente á él como en actitud de gatita encoraginada, dejando escapar de su boca, ahuecándola, sonidos guturales, mezclándolos con algunas palabras burlonas.

—U..... u..... u, Crispulón, Crispulín, Crispuloon—decía la chica con tanta gracia, que todos los que en el obrador trabajaban, rieron de la mejor gana, incluso el maestro, cosa extraña en él, y hasta el mismo burlado, pero este con risa de conejo.



II

Aun no se apaciguara el contento, cuando Crispulo, sin apartar los ojos de la labor, cose que cose muy de prisa, dijo con cierto tonillo maligno:

—Oye Fuencis, ya sé por qué estás tan alegre.

—¿Pero me has visto alguna vez triste, don vinagre?—respondió la muchacha.

—Es que hoy te sale la alegría por todo el cuerpo; te ríes como ríen las que se van á casar.

Al decir esto Crispulo, alzó los ojos de la costura y los fijó indagadores en el gracioso rostro de Fuencisla, quien se puso seria, volviendo la espalda á la lámpara para disimular el rubor que coloreó sus mejillas.

—Mucho sabes Crispulo—dijo con acento que intentó hacer indiferente, pero le temblaba la voz.

Las oficialas se miraron guiñando los ojos, tentadas de otro acceso de risa que se esforzaban por contener; Mile tosió con cierto desabrimiento, interrumpiendo el silbido tenue con que improvisaba una habanera, la cual le iba entusiasmado; el maestro continuó imperturbable, afanándose en su tarea, y Nico concentró el alma en los oídos.

¿Qué si sé?—respondió el oficial—Más de lo que tú supones..... El mozo es hasta allí, guapo, rico, un marqués.

—¿De veras?—repuso la joven cada vez más turbada.

Compadecido Crispulo de la mirada suplicante que le dirigió Fuencisla, quiso tranquilizarla, diciéndola en tono confidencial: «No te importe, boba.»

Luego prosiguió:

—Vaya y lo que son las cosas; hoy, por suerte, he sabido que te casas Fuencis; he sabido que te casas con Santiago Nolasco.

El indiscreto hablador, dejó en el suelo la

costura que tenía sobre sus rodillas, animósele el rostro macilento y ágrío de continuo, brillaron sus ojuelos como nunca malignos, y entre la admiración de cuantos le escuchaban, siguió hablando:

—¿No sabe usted, maestro que Fuencis, hace algún tiempo, habla por las noches con su novio, mientras usted duerme y en tanto Mile está de guitarra en casa de Blasillo, el hijo del señor Blas el zapatero?

El señor Urbano se levantó rápido de su asiento y dijo colérico: «Mira lo que dices, Crispulo.»

—Sé lo que digo, maestro. Iba á hablar á usted de esto cuando acabara la velada, pero ya que vinieron rodando así las cosas, sepa usted es muy cierto que Fuencisla, si ella quiere, se casará muy pronto con el hijo de la viuda de Nolasco.

Las oficialas, Mile, Nico, todos abandonaron por completo la tarea y escucharon afanosos; Nico reprimiendo la emoción que le acertaba el aliento.

—El ama de llaves de esa señora y cuñada de mi mujer—continuó el oficial, en voz queda,

poniéndose también de pié, entre risueño y grave—fué al mediodía á casa y me dijo: «¡Crispulo, quien lo creyera!—Tú dirás—la respondí! según estaba comiendo.—Pues hijo, que mi señorito se casa con la Fuencisla, la chica de tu maestro—Tú no estás buena—la dije yo—ó tienes gana de broma—Sí, no está mala broma;—contestó ella—son veras y muy veras, y no es decir sienta yo que lo sean.....

Fuencisla aturdida, sofocada, exclamó en un arranque de enfado pueril: «Mentiroso, trapalón, sepultura. No me han dicho nada de lo que dices.....

—Pues te lo dirán esta noche, boba—repuso Crispulo, como indignado de que se pusiera en duda su relato.

El señor Urbano, entonces, en tan grave ocasión, fué á donde permanecía su hija, y agarrándola por un brazo, dando á su voz el tono más hueco y solemne, aunque sin perder la calma en él habitual:

—Oye Fuencis—clamó—¿Sabes algo de eso? Di la verdad.....

La joven, por una transición característica de su modo de ser, rompió en alegre y sonora

carcajada, y desprendiéndose con movimiento de pájaro de la mano de su padre, brincó por entre las oficialas; dos ó tres bonetes medio armados rodaron por el suelo, más un cesto con botones y corchetes y una tabla para planchar, y Fuencisla desapareció tras la puerta del obrador, la que cerró con estrépito, pero entreabriéndola casi al momento, asomando su rostro bello y picaresco, cariñosa y burlona:

—Uuu..... sepultura, trápala, don vinagre—dijo á Crispulo, simulando un enfado que estaba muy lejos de sentir—Por estas cruces (se besaba los dedos pulgares) que me las pagarás, mosca, títere.....

Luego, abriendo algo más la puerta, con acento conmovido, vergonzosa, quebrando las palabras en sus labios, poco obedientes á soltar la dicha que á ellos fluía, suspiró, más que habló Fuencisla:

—Padre, es verdad; creo no tardarán en venir á pedirme para Santiago Nolasco, y..... si usted quiere, nos casaremos.

Dicho esto cayó en brazos del señor Urbano, quien estrechándola con la cara en alto, revolviendo los ojos y tragando saliva, quería hablar

sin poderlo conseguir, hasta que Mile, adivinando el pensamiento de su padre, le dijo con tristeza, luego de besar á su hermana que era única: «Se acuerda usted de madre ¿verdad?»

—¡Pobre madre!—murmuró Fuencisla llorando—No verá mi boda, pero sí; si la verá...., desde la gloria.

Y luego volvió á reír, sintiéndose feliz.

III

¡Qué bien se estaba allí entre aquellos pinos tan verdes y chiquituelos, que se encaramaban por el monte como deseando llegar á lo alto para ver cuanto pasaba en las tierras del otro lado.

Chasco se iban á llevar si creían que más allá del monte, se erguía una ciudad tan aseñorada cual aquella de Puentealta con su gran catedral amarilla, que dejaban atrás sobre otro cerro de peña viva, pasados el arroyo y las amenas huertas que separaban las dos vertientes.

Cavilando así el bueno de Nico se acomodó en un altibajo del terreno alfombrado de hier-

ba, á la sombra de un pino, pues hacía sol, un sol de últimos de Abril, que picaba más de la cuenta, anunciando los próximos ardores del verano.

Nico escondió el rostro entre sus brazos cruzados, según estaba boca abajo, y se abismó dolorido en la negrura de sus pensamientos, los cuales antojáronsele cuervos que le aturdían la memoria con sus graznidos.

Uno decía:

—Nico ¿quiénes fueron tus padres?

—Expósito—chillaba otro—te recogieron en el torno de la inclusa.

—Es verdad—respondió Nico—soy inclusero

Y los cuervos seguían graznando implacables:

—Nico, repara en tu joroba; de ella sale tu cabeza como la de un galápago por debajo de su concha.

—Inclusero y jorobado ¿pretenderás que te quiera ninguna mujer? Inclusero y jorobado ¿te atreviste á poner los ojos en Fuencislilla?

Nico chepa, trepa, trepa,

Ya caiste para atrás.

Con la chepa morirás.

Así te cantan los chicos de Puentealta. Un

día, poco después de sacarte tu maestro del hospicio, fuiste á nidos y quisiste coger uno que estaba en lo alto de un sáuce; deseabas sobrepujar á otros chicos, los cuales no se atrevían á subir hasta donde se hallaba el nido, y cuando llegaste á las primeras ramas del árbol, caíste y te abriste la cabeza. Desde entonces empezaron á cantarte: «Nico chepa, trepa, trepa.....»

—El novio de la hija de tu maestro es un arrogante mozo y tiene dinero hasta dejarlo de sobra. Él se enamoró de ella y ella se enamoró de él. Tu creíste al principio, cuando llegaste á saber sus amores, que eran un juego para Fuencislilla y un capricho para Santiago Nolasco; aun así pasabas las de Caín, pobre Nico, sabiendo que la hija de tu maestro nunca había de quererte... ¡Hospiciano, jorobado y pobre como las ratas! Nico chepa, trepa, trepa.....»

—Cuando supiste aquella noche en el obrador que la iban á pedir en matrimonio, te quedaste como bobo. Echaste á andar después que acabó la velada, sin darte cuenta de por donde ibas, hasta que ya pasadas las doce, te volviste á encontrar frente á la casa de tu maestro. Fuencis, sin miedo al frío, estaba en el balcón,

y Santiago Nolasco, embozado en su capa, hablaba con ella desde la acera.

—Se te revolvió la sangre en el cuerpo. Tuviste deseos de matar, echaste mano á la navaja, y de repente, Fuencis empezó á reir, á reir como loca, diciendo después, entre burlona y lastimera: «Pero Nico, ¿eres tú el que está ahí? ¡Vaya hombre....! ¿Qué haces por la calle á estas horas? Anda á acostarte, simple.

—No acertaste á contestar nada acorde y Santiago Nolasco te dijo con desprecio: «Sí, hombre, vete á casa, que se te va á constipar la joroba.» Y tú volviste á andar, despacio, muy despacio, arrebuñado en la capa, con la navaja abierta en la mano, y volviste á pararte oyendo á Fuencislilla decirle á su novio: «Santiago no te burles del pobre Nico; buena desgracia tiene. A los diez años vino á mi casa desde el hospicio. No sabe el infeliz quienes son sus padres, y debajo de su joroba créeme que hay un corazón de oro. Somos de la misma edad; cuando niña me acompañó en mis juegos, siempre tan humilde, tan respetuoso..... No, no, Santiago, no te burles del pobre Nico. Hasta que ha empezado á ganar en el obrador un jornal que le dá

para mal comer, ha vivido en mi casa; es fiel como un perro, bueno como el pan; yo le quiero como si fuese hermano mío.»

—Santiago Nolasco llegó hasta donde tú estabas, y apoyando sus manos en tus hombros: «Oye Nico—habló—te quiere Fuencisla y yo te quiero también. Perdona si te he ofendido.»

Guardaste la navaja avergonzado, aunque él no la vió, y venciendo tu pena, acertaste á responder al arranque generoso del novio de Fuencislilla, ocultando en el embozo de la capa el llanto que se vertía de tus ojos, sin reparar en que la calle estaba casi á oscuras: «Don Santiago..... quíerala usted bien, porque se lo merece.»

—Te fuiste á casa. Revolviéndote entre la ropa de la cama, creíste que ibas á perder el juicio. No te habías desnudado. Echaste otra vez mano á la navaja, la abriste, y ya te ibas á herir en mitad del corazón, cuando, una voz muy dulce, la de Fuencislilla, la de un ángel, murmuró en tu oído: «Nico, acuérdate de Dios á quien tantas veces hemos rezado juntos, guiando padre el rosario.» Y se te serenó el alma.

—Al día siguiente eras otro, respetuoso, humilde como siempre. A poco de llegar al obrador, Fuencis empezó á mirarte y remirarte de cierta manera, entre seria y risueña, moviendo la cabeza de arriba á abajo, como sorprendida; y dándote, de pronto, con el revés de su mano primorosa un cachete que te supo á gloria, te dijo, haciéndose la enfadada: «Tonto, simple; á quien se le ocurre andar á deshora por las calles, tomando frío; acechando conversaciones de enamorados.»

En el obrador no había en aquel momento nadie más que tú y ella. Aun no diera comienzo la tarea de la tarde. Con los ojos bajos, lleno de confusión, el alma te golpeaba en los labios, deseando decir: «Fuencisla, es que te quiero, es que me muero de pena y de rabia porque tú no puedes querer al pobre Nico.» Ella advirtió tu trastorno y debió de adivinar lo que pretendías decirle, pues, sonriendo, algo colorada, temblándole la voz y asomando lágrimas á sus preciosos ojos, habló lo que nunca olvidarás, lo que será siempre dulce consuelo de tu desgracia.

IV

¿Te acuerdas, te acuerdas?—parlaba un ruiseñor, allá abajo, en las huertas del otro lado del arroyo.

Y los cuervos graznadores que aturdían la memoria del hospiciano, fuéronse alejando con vuelo reposado, llevándose su negrura.

—¿Te acuerdas?—seguía hablando el ruiseñor
—¿Te acuerdas, Nico?

¡El sol! ¡Qué hermoso era el sol! Fuencis debía de ser chispa de aquel fuego deslumbrador que ardía allá en lo alto, alimentando la vida, y él, Nico ¿de dónde venía? De la noche, de las tinieblas. Ella risa, risa como la del sol que asoma abriendo una nube; él lágrimas,

dolor, quejas, manando en el fondo de una cueva. ¿Cómo habían de unirse la luz y la sombra, la alegría y la pena?

—¿Te acuerdas?—cantaba el ruiseñor—¿Te acuerdas de aquella tarde oscura del invierno, cuando Fuencislilla, convirtiéndose en rayo de sol, se entró por tu alma para decirte: «Nico, sé lo que te pasa, sé que me quieres.»? Al oírla hablar así te olvidaste de la inclusa, de tu facha, y con una voz que no te pareció la tuya, la dijiste, casi llorando, casi riendo: «Fuencisla, si que te quiero.»

Y ella se echó á reír.

¿Te acuerdas, te acuerdas Nico? La risa de ella no era de burla, no era de desprecio, era una risa como la del cielo cuando alborea. Te dijo: «Oye Nico, si se enderezase tu cuerpo, quizá yo fuese otra para tí, porque te he llegado á tomar cariño. Mira..... no lo tomes á mal, pero te comparo al perro sin dueño que se nos mete en casa. Al verlo por primera vez, buscamos la escoba y lo echamos á escobazos, pero el pobre animal, vuelve al otro día y se acuesta en un rincón, temiendo que lo veamos. Y allí se está quieto, quietecito, hasta que volvemos á echar

lo. Él es terco, muy terco, los palos no le asustan aunque le duelan, y vuelve mañana y al otro día y al otro, y consigue despertar nuestra compasión y llega un momento en que decimos: Pobrecillo. Cuando empezamos á compadecerle es señal de que ya lo hemos de dejar tranquilo en su rincón. Él, entonces, viendo que ya no incomoda su presencia, se atreve, arrastrándose, golpeando el suelo con la cola, á pedirnos una caricia. ¿Cómo negársela? Levantamos las manos para librarlas de sus lametadas, le reñimos un poco, él aulla como si le pegaran y..... ya nos conquistó, le hacemos fiestas, le queremos. Aquel bichejo venido de no se sabe donde, ya tiene amor, ya tiene pan; sin embargo.....

Fuencis se quedó suspensa. Quiso como reír y sus labios apenas si se entreabrieron. Se la humedecieron los ojos, pero de ellos no salió ninguna lágrima. En su garganta se quebró un suspiro. Por fin dijo lo que quería decir:

—Desde hace mucho tiempo te quiero, te quiero..... como á Mile, como á mi hermano. Y nada más. ¡Pero si te enderezaras, Nico, por un milagro de Dios....!

—Si me enderezara, Fuencis—la respondiste—seguiría siendo inclusero y pobre como las ratas. La pobreza es también una joroba, y el ser inclusero otra joroba mayor. Por eso, aunque me pusiera derecho por fuera, me quedarían dentro las otras jorobas y tú nunca podrías quererme.

¿Te acuerdas Nico? Ella al oírte hablar así, te miró con recelo y luego, volviendo la cabeza, te dijo muy de prisa: «No debo engañarte, Nico; no mereces que yo te engañe. Aunque te enderezaras yo no había de quererte para novio. Santiago se llevó mi cariño y no le suelta. Aunque lo soltase, se iría con él; le seguiría como si fuera su sombra. Eso no se puede remediar..... Pero mira, Nico, yo comprendo que ninguna mujer ha de poner en tí los ojos...»

Luego de decir esto Fuencis, se rió un poco, sin ganas, y luego siguió hablando: «Figúrate que yo te quiero como tú me quieres. ¡Me das mucha lástima! Ahora te digo: «Nico, por un momento vamos á ser novios, dos novios que se acaban de casar..... ¡Me das mucha lástima Nico y.... «¿Y qué?»—la respondiste poniendo el alma en los labios. Ella entonces, casi lloran-

do, te abrazó y luego echó á correr hacia la puerta del obrador que comunicaba con la casa.

Según abría aquella puerta, te dijo con voz queda, muy triste: «Cómo á Mile ¿sabes? Te quiero como á Mile. Nada más.» Y se fué. Y tú caíste de rodillas con las manos en alto.

—¿Te acuerdas Nico?—seguía hablando el ruiseñor—Ese recuerdo es para tí como la llama para las mariposas: te alegra y te mata. Ninguna mujer ha de quererte y Fuencislilla hizo que te quiso. No pidas otra cosa. Confórmate Nico.

—¡Confórmate Nico!—exclamó el hospiciano en alta voz.

Y el sonido de aquellas palabras tuyas, le estremeció, pareciéndole que él no las había dicho. Se levantó frotándose los ojos y echó á andar.

Era casi de noche. El ruiseñor seguía cantando. Entre las copas de los pinos alguien se quejaba. Era el viento.

Puede que él también tuviese sus amores.....

Querer es llorar.

Frente por frente de la casa del señor Julián Laseras, se alzaba la iglesia de San Miguel, un templo muy espacioso, desnudo de todo adorno por fuera, pero bien decorado por dentro.

Un parroquiano bastante leído del maestro Laseras, dijo cierto día, mientras le probaban una levita en el obrador, que la iglesia de San Miguel la comparaba á una monja guapa.

Era por la tarde. Fecha, el 30 de Abril.

Fuencisla entró en el obrador muy ligera, prendiéndose la mantilla y gritando:

—«Mile, Mile.....

—Qué quieres á Mile—dijo el maestro con su flema habitual, aunque con algún enfado,

que en él sólo se traducía, cuando le asaltaba, en la mayor gravedad del son abocinado de su garganta.

Padre..... no se incomode; es que van á subir á la virgen de las flores en San Miguel. La muchacha está á lavar al río y quería que Mile me acompañara á la iglesia.....

—Mile tiene que hacer. Ya sabes que hay mucho trabajo. Pero bueno..... que vaya. Así comó así, hoy no se puede hacer carrera de él

Mile salió del obrador rápidamente, sin decir palabra, subió á su cuarto por el sombrero y á cepillarse un poco, y de allí á unos momentos atravesaba la calle, acompañando á su hermana y diciéndola:

—Oye; mientras ves subir á la virgen, voy á hablar con Blasillo, que ahora estará en casa, por si quiere aprender en la guitarra una mazurca..... Es preciosa. La he compuesto esta tarde y temo olvidarla. Verás, empieza así: Larán, larán, larán, larán.....

Fuencisla, sin hacerle caso, mezclóse con la multitud que se arremolinaba en la entrada principal de la iglesia y á los pocos instantes vióse dentro de ésta, zarandeada por un tropel

de mujeres, muchas de las cuales llevaban en brazos tiernas criaturas, y agarradas á los vestidos, otras ya mayores con la cara impaciente y jubilosa.

Quedóse de pronto, Fueacisla, cortada, inmovil, frente á Santiago Nolasco, quien la ofrecía galantemente agua bendita.

Pugnando por dominar su turbación, acercó una mano á la que le tendía su novio, tomó el agua, no sin que él la acariciara los dedos, y estremecida, acertando casi á pronunciar un «gracias» tembloroso, se escabulló entre la concurrencia, deteniéndose junto á uno de los bancos enfilados á lo largo del templo.

En aquel momento comenzó á sonar con furia en el órgano la marcha real, y de la multitud partió un bullicioso rumor. En la torre volteaban las campanas.

Una apariencia de nube brotaba del suelo como por arte de magia, delante del altar mayor y casi rozando con él, ascendiendo poco á poco á la virgen, intensamente iluminada, vestida de blanco, adornada con brillantes joyas, llevando á ambos lados bien sujetos, dos lindos chiquillos que ángeles parecían, con

túnicas azules sembradas de espejuelos, sus diademas de áureas estrellas, y sus alas rígidas de cartón plateado que abiertas prendíanse tras de sus bracitos, los cuales agitaban saludando, al par que gritaban con las agudas vocezuelas: «¡Viva la virgen!»

—Vivaaa—respondía gozosa la grey infantil que envidiosa los contemplaba.

Uno de los angelillos, en deliciosa media lengua, añadió: «del amó emozo.» Y allí fué el celebrar la gente toda que llenaba el templo, aquella exclamación encantadora, con un dulce murmullo del que pareció brotaban miles de besos.

Fuencisla casi dábase cuenta del sorprendente espectáculo. Había visto á Santiago un momento en que ella volviera la cabeza, de charla con una mujer bien parecida, elegante, de ojos luminosos. Aquella mujer..... ¿Quién era aquella mujer? Volvió otra vez la cabeza. ¡Ah, si....! ¡Vaya una pájara! Era una viuda de mucha historia, «la bella Elena.» Sintió la joven como un latigazo que la suspendió la respiración. Tornó á volverse, buscando con afán los ojos de Santiago, pero sólo los encontró un instante,

inquietos, azorados..... La pájara no dejaba de hablarle al oído sonriente.

Seguía subiendo, subiendo poco á poco, la virgen del amor hermoso, sobre su mágica nube, acercándose á la guerrera imagen de Miguel Arcángel que pisoteando á Lucifer se mostraba en el centro del retablo barroco del altar mayor; y el órgano, con sonos rechinantes, gangosos, á los que se mezclaba un ruido sordo, entrecortado, producido por la desvencijada armazón del fuelle creador de tales sonidos, no cejaba en su empeño de subordinarlos á las valientes notas de la marcha real; y en la torre el campaneo arreciaba y el bullicio de la multitud congregada en la iglesia, también subía de tono, descollando sobre él, con frecuencia, nutridos vítores que contestaban á los otros vítores lanzados por los angelillos de carne y hueso que en su ascensión acompañaban á la virgen.

Sintió Fuencisla la dolorosa mordedura de los celos. El alegre bullicio que en el templo reinaba le pareció que se detenía en sus orejas menudas y rosadas, cual si estas fueran gruesas paredes de cal y canto, figurándose, en cambio, advertir distintamente el cuchicheo de la pájara

pinta, y aun llegó á creer brotaban de él palabras como tontuela, niña boba, cursi, dichas entre risitas burlonas y centelleante y movido mirar que juraría la picaba en la espalda.

Fuencis no reparó en que llegaba á su término la ascensión de la virgen.

Acabó de chillar y roncar el órgano, debilitóse el campaneó, partieron de la multitud demandas de silencio, reinó este profundo, y uno de los angelillos con su media voz encantadora, y luego el otro, que hablaba más claro, aunque no mucho, recitaron versos en los cuales aludíase á la función que se estaba celebrando.

Después, la gente, agolpándose en los huecos de las puertas, comenzó á salir del templo, y de allí á poco, dentro de él sólo quedaban media docena de devotas, y entre ellas Fuencisla, que intentaba rezar, pero el rezo fluía de sus labios maquinalmente, sin traducir el sentido de las palabras.

Sentíase como pegada á la loa sobre la cual se había arrodillado.

La tocaron levemente en un hombro y rápida se irguió conteniendo un grito. Nico, sor-

prendido, confuso, asustándole el aspecto de la joven, apenas si acertó á decir:

—Soy yo, Fuencis. El maestro me mandó á buscarte. Desde el obrador hemos visto salir la gente de la función, y como no parecías, ni Mile tampoco, me dijo el maestro: Anda, Nico, vé á buscarlos. Diles que vengan en seguida. Pero ¿y Mile?

—Se fué á casa de Blasillo—contestó la joven, procurando dominar su emoción.

Y acompañada del hospiciano, echó á andar vacilante, muriéndose de pena.

Ya fuera del templo, al cruzar la calle que separaba este de la sastrería, unos chicos que corrían persiguiéndose, se detuvieron al ver á Nico, y poniendo las manos ahuecadas á ambos lados de la boca, gritaron silabeando: «Ni... co... che... pa... tre... pa... tre... pa...»

Fuencisla, con un despego, con un desdén muy extraño en sus labios, le dijo al hospiciano, según entraban los dos en casa:

—Mira Nico, nunca vuelvas á acompañarme. Eres horrible. No puedo verte....

Agonizando se quedó el pobre en el portal, junto á la entrada del obrador.

VI

Durante unos días no se habló de otra cosa en la ciudad puentealtense que de la fuga de «la bella Elena», la viudita de mucha historia, la pájara pinta, en unión de Santiago Nolasco. El casorio, se decía, era un hecho. ¡Buena cuenta daría ella de los dineros del mozo, porque era fina como el más fino coral!

Y véase por cuanto la hija de Laseras, aquella muchacha tan bonita, se quedaba compuesta y sin novio. ¡Lástima de chiquilla! Contaban que ni comía ni dormía ni hacía cosa de provecho.

En las ciudades de escaso vecindario todo se sabe, todo se comenta, todo se convierte en sustancia.

Las uñas de la murmuración cúdanse muchos de afilarlas diariamente para que sus arañazos siempre hagan sangre. ¿Por qué la hija de Laseras le tomara manía, cual era sabido, al hospiciano que trabajaba en su casa?

¡Misterio!

Y las narices de la gente chismosa se alargaban, se alargaban y olfateaban como lebreles, hasta que chasqueadas, tocándose las unas á las otras, dijeron: «A otra cosa, que por aquí no huele más que á desventura. Esto no va con nosotras. Con la música á otra parte. Zape.»

¡Pobre Nico!

Era cierta la rara manía atribuída á Fuencisla.

Él, queriendo explicársela, razonaba así: «A Fuencis cuando la quería don Santiago, la sobraba cariño y yo probé algo de las sobras. Ahora, como la falta, rabia porque admití aquel poco que me dió. ¿Será eso?»

Nico dijo cierta mañana en el obrador:

—Maestro, me voy.

¿A dónde, hombre? ¿Estás malo?

—No señor. Es que me voy de Puentealta.

—¿Y por qué te vas?

Esta interrogación la pensó un poco el maestro. Antes de pronunciarla, volvió la cabeza hacia donde estaba Mile trabajando afanoso, cosa en él muy extraña, sin que mostrara apariencia de entusiasmo melómano. Al volver la cabeza el señor Urbano, no intentaba observar á Mile; es que sentía cosquillas en los párpados y se le llenaban de agua los ojos.

—Pues ya lo puede usted suponer, maestro —respondió Nico tristemente—Fuencis, la pobre, no puede verme y yo me marchó. No quiero que por mi causa padezca..... ¡Si yo supiera curarla!

El maestro, Mile, Crispulo, Andrea y Juana, miraron fijamente al hospiciano.

Aquella exclamación: «Si yo supiera curarla» la dijo Nico, no en tono lastimero, pesaroso, sino con una voz colérica, amenazadora, una voz que nunca, nunca le oyeran salir del pecho. Sus ojos relampagueaban; su cara, siempre tan

bondadosa, tan humilde, se había ensombrecido; pareció que estirándose su joroba, creciera una cuarta.

Pero casi al instante volvió á encogerse Nico, inclinando la cabeza, otra vez humilde, resignado.

—Yo no¹ soy nadie—exclamó quedamente, rebotando amargura—Yo no sirvo más que para agradecer y para querer. Si con matar se arreglase todo.....

Sus ojos tornaron á despedir lumbre; se creció otra vez.

—Cuantos le oían se enternecieron. El señor Urbano tragaba saliva acompasadamente, alargando la cara. De ese modo aquel admirable mecanismo revelaba su emoción.

En esto penetró Fuencisla en el obrador, como distraída. Parecía una Dolorosa.

Al reparar en Nico se encolerizó.

—Vete—le dijo—vete; no puedo verte.

Su voz subía de tono. Su ademán era el de una loca.

—Vete, vete.....

Nico, sin chistar, cogió su gorra y salió del obrador.

Al llegar á la calle, aun oyó la voz de Fuen-
cista que gritaba: «Vete, vete.»

Y perseguido por el latigazo de aquella pala-
bra, se alejó veloz, quizá para siempre, del
obrador de su maestro.

VII

Sin darse cuenta, se apartó Nico de la carretera, y á campo traviesa, salvando tomillares, peñascales y arroyos, fué á parar á la falda de una de las más altas montañas de la sierra de Puentealta.

Entonces miró atrás y vió lejanas las torres de la catedral de la ciudad que amarilleaban iluminadas por el sol poniente.

Esparcidos en las ondulaciones del suelo, surgían, aquí, la mancha verde oscura de un pinar, allá el casejío terroso con pintas blancas y matices encarnados, de un pueblo; en lontananza, á la izquierda, esfumada por la distancia, la prolongación de la sierra, y al frente el llano

inmenso de Castilla que se confundía con el horizonte, alternando el pardo color de los barbechos con los tonos dorados de las mieses que aguardaban la siega.

Una idea se le clavara á Nico en la voluntad, la de quedarse allí entre los riscos de la sierra. ¿Qué iba á hacer en Madrid, la ciudad grandona donde se perdía la gente (según oyera decir) con sus agujas, su dedal y su joroba? Encerrarse otra vez, si lo empleaban, en un obrador «más majo» que el del señor Urbano Laseras, pero mucho más triste, porque en él alegre ó llorosa, cuerda ó loca, no estaría Fuencisllilla, el amor suyo, guardado en su alma como entre espesos murallones, amor que era para él lo que para los campos el sol, aquel sol flotante en los cielos.

La sed de cariño que tantas veces sintiera en el hospicio cuando en las horas de juego se escondía en un rincón para librarse de las chanzas de sus compañeros, solo Fuencis la apagó, compadeciéndole primero, diciéndole después: «Oye Nico, te quiero... como á Mile,» dándole las sobras del amor que á ella también la consumía, en un dulce abrazo que nació

¡bien lo viera! estre lágrimas; abrazo cuyo recuerdo llevaba bien fijo allá dentro, donde manan las oraciones que tienen alas y llegan á Dios.

Subía Nico por la vertiente áspera de la montaña, insensible al calor y á la fatiga, abandonándose más y más á la idea de quedarse en aquellas soledades de la sierra, desde las cuales contemplaría á su sabor la ciudad donde estaba la luz de su vida, luz mortecina como la de la luna que alumbrando entristece, pero siempre luz.

Llegó Nico á una cumbre y vió á su derecha una barranca en cuyo fondo pacía un hato de ovejas guardadas por un pastor que en medio de ellas veíase de pié, inmóvil, apoyando los brazos y el pecho en su larga cayada.

Entonces se dijo Nico, según contemplaba á aquel hombre: «Guardar ovejas, llevarlas, traerlas, estar siempre con ellas, cuidando de que no se pierdan, creo yo que es fácil. Seré pastor.»

—He, buen hombre—gritó.

—¿Que se ofrece?—le contestaron una voz ruda y sonora y un bronco ladrido, el de un mastín que salió del hueco de unas peñas, corriendo furioso hacia donde Nico estaba.

—¿Quiére usted oír una palabra?

Corría el pastor tras el mastín para detenerle y le llamaba y amenazaba al mismo tiempo. Trabajo le costó, pero pudo sujetarlo, agarrándole por el carlanca ceñido á su cuello.

Entonces respondió levantando la cabeza y fijando en Nico la mirada:

—Tú dirás.

El perro seguía ladrando, esforzándose por desprenderse de la mano que lo detenía.

Nico descendió al fondo de la barranca y vacilante, turbado, expuso su deseo á aquel hombre, mientras este encendía lumbre para guisar su cena, pero no transcurriera media hora, cuando el pobre jorobado volvió á la altura de donde descendiera, llorando de rabia. El pastor le había despedido con malos modos, amenazándole con su cayada.

Comenzó á oscurecer. Un resplandor como de áscua, allá lejos se apagaba dejando lucir á las estrellas.

—¡Las estrellas... que serán las estrellas!— pensó Nico. Luego se adormeció soñando.

Dos luceros, vestidos con túnicas de oro, traían de las manos á Fuencislilla, que reía juguetona, más guapa que nunca.

—¡Vaya hombre!—exclamó al ver á Nico—
ya estoy aquí con intenciones de casarme con-
tigo, si estos señores luceros cumplen cierta
promesa que me han hecho.

—¿Cuál, Fuencis?

—Quitarte la joroba.

—Tienes gana de broma. Eso no puede ser.
Los luceros, entonces, cogieron un poco de
la luz que brillaba en sus frentes y tirándosela
á Nico, dijeron arrodillándose:

—Dios todo lo puede.

Y Nico sintió, de pronto, que el alma se le
desprendía del cuerpo para alojarse en otro
derecho y bien formado, el de Santiago Nolas-
co. Fuencis reía loca de contento.

Las estrellas bajaron á la tierra vestidas to-
das como los luceros, con túnicas de oro, y
cantaron una bonita canción que daba gloria
oir. Un resplandor como el de las nubes que
despiden al sol cuando se va á otras partes del
mundo, asomó en lo alto, y bajando con mucha
calma se apagó al llegar al suelo y luego salió
de él sosteniendo una nube sobre la cual esta-
ba la virgen de las flores con su traje blanco y
sus dos angelillos, uno á cada lado, como cuan-

do «subía» en San Miguel la víspera del primero de Mayo.

Y cayó Nico de rodillas, y Fuencisla también junto á él.

La virgen habló y les dijo:

—¿Querías tú, Fuencis, casarte con Santiago? Pues haz cuenta que ya lo estás, Y tú Nico ¿querías casarte con Fuencisla? Pues yo te la doy por esposa y santas pascuas. A mi no me hacen falta papeles para casar. Daos las manos y andando...

Nico, antes de irse á casa con Fuencis, se atrevió á preguntar á la virgen milagrosa:

—Diga, señora, aquella joroba mía ¿fué á parar á quien yo me sospecho... á don Santiago?

—Claró está, hombre; él la tiene. Bien la merece.

—Señora, era justo.

Despertó Nico de su ensueño oyendo junto á él roncós ladridos. Se levantó azorado y entonces sintió un vivísimo dolor en una pierna y echó á correr por la montaña abajo, exponiéndose á matarse.

El perro del pastor se saliera con la suya: le había mordido.

Ya amaneciera cuando otra vez se vió Nico en el camino de Madrid, y mientras ataba un pañuelo sobre la mordedura, la cual le dolía bastante, pensó ahogando una queja:

—Esto creo yo que no es justo.



Faint, illegible text is visible in the lower half of the page, appearing as ghosting or bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several lines and is too light to be accurately transcribed.

VIII

Pasó el tiempo.

En un pueblo cercano á Puentealta había función de títeres.

Sobre de slucida alfombra echada en el suelo, una mujer y un hombre, muy escasos de ropa, verificaban algunos ejercicios gimnásticos, mientras un extravagante payaso hacía corro á golpes de zambomba.

En los titiriteros pocos fijan la atención. El payaso es el rey de la fiesta.

—¡Nico!—le dice sorprendido, un joven delgadillo, de color enfermizo—¿Pero eres Nico?

—Calla Mile; tú por aquí...

—¡Quién te conoce!

—¿Y tu padre y... Fuencis?

—Mi padre no pasa día por él. Fuencis la ¿sabes? se casó. Aquella pasión de ánimo que tuvo, se la fué...

—¿Y con quién se casó?

—Con Blasillo.

—¿El que tocaba la guitarra contigo?

—El mismo.

—Adíos Mile.

—Oye ¿Por qué no vuelves á casa? Te echamos mucho de menos. Fuencis, que vive con nosotros, raro es el día en que no dice: ¡El pobre Nico! ¿Qué será de él?

—Bueno; iré mañana.

¿Para quedarte?

Nico no contestó. Una angustia muy grande le subía del pecho á la garganta y en los párpados sentía la quemazón del llanto.

Llegó otra vez á sus oídos la voz de Mile que preguntaba con viveza:

—Dí, hombre... ¿Para quedarte?

Y Nico respondió:

—Sí.



Esta obra es propiedad.
Queda hecho el depósito
que previene la ley.

ERRATAS

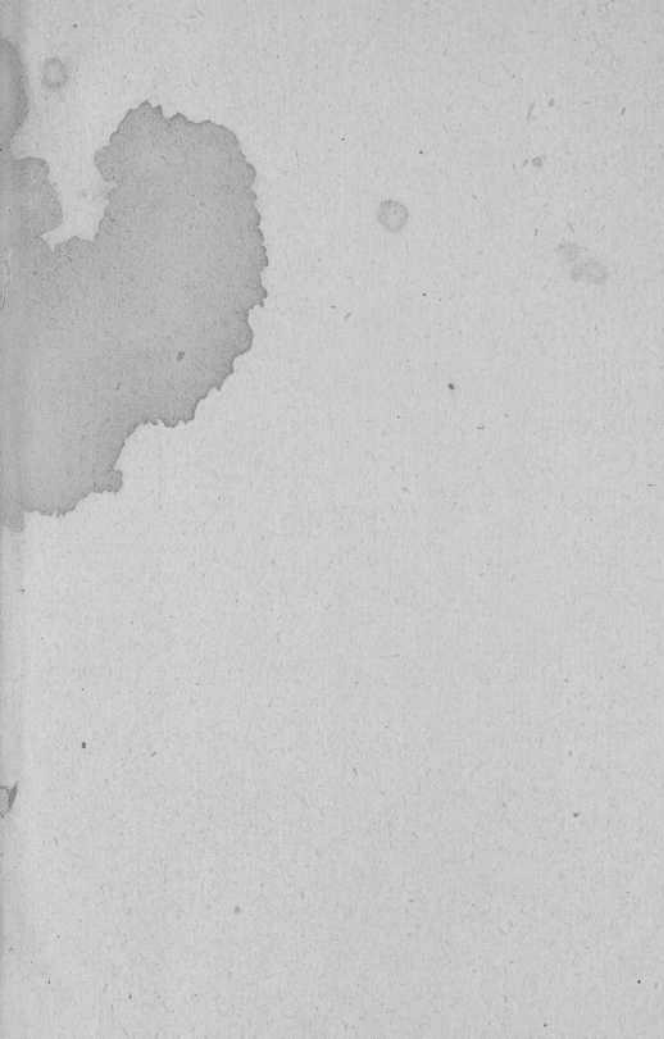
<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
II	6. ^a	de figurar siempre	de que esta figure siempre
IV	21	podrá	podría
57	1. ^a	estre	entre
57	20	He	Eh
58	15	descen- diera	bajara

OBRA DEL MISMO AUTOR

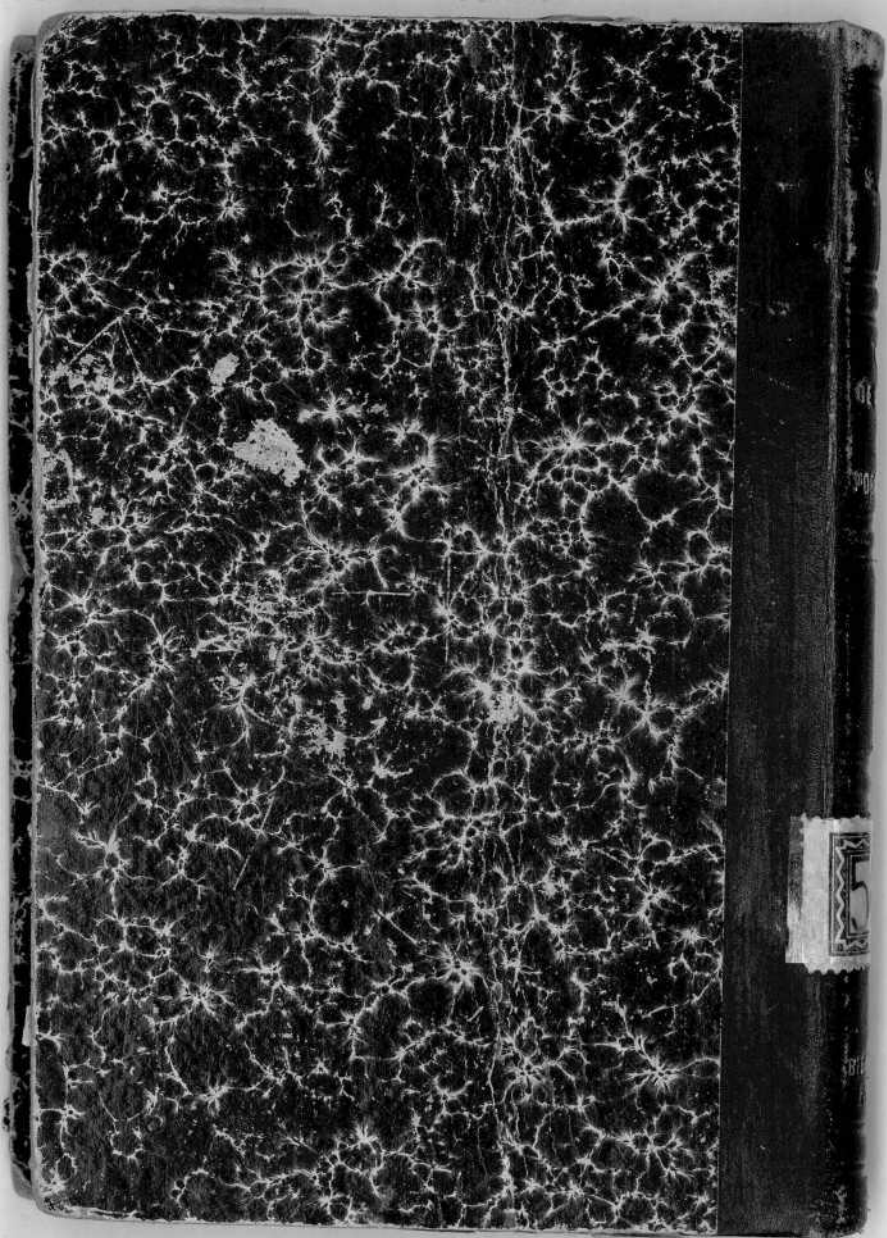
TIERRA DE SEGOVIA (Dibujos y Ficciones)

Precio: 2 pesetas









OCHOA

TIERRA

DE SEGOVI

Y EL

LIBRE NIO



BIBLIOTECA

POPULAR